

Cuaderno del ausente

Vicente Battista



COLECCIÓN CONTINENTES

Cuaderno del ausente

Vicente Battista

Cuaderno del ausente



- 1.ª edición en Editorial Arte y Literatura, 2012
1.ª edición en Editorial El Ateneo, 2013
1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2023

Cuaderno del ausente

© Vicente Battista, 2023

DIAGRAMACIÓN

David Arneaud

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2023.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2023001386

ISBN: 978-980-01-2375-1

A Matías, mi nieto

I

Repitió que sería mejor para los dos. No hubo ni insultos ni portazos. «Yo te llamo», dijo, recogió sus cosas y se fue. Benavides no hizo un solo gesto para detenerla. Han pasado cinco días desde aquella promesa, y Laura no ha llamado. Benavides acaba de entrar en su departamento y descubre que titila la señal del contestador telefónico. Aprieta la tecla, pero en lugar de oír la voz de Laura, oye la voz de Ripoll. Pese a su apellido, fácil de vincular con algún laboratorio especializado en pastillas para la tos, nada tiene que ver con la farmacología.

—Te espero mañana a las tres —escucha Benavides.

Jorge Ripoll dirige una pequeña productora de contenidos que vende notas para revistas de todo el país. Raúl Benavides suele escribir para esa productora. Ni a Ripoll ni a Benavides se los puede catalogar como periodistas de la vieja escuela. ¿Qué se entiende por periodista de la vieja escuela? Ripoll no suele formularse esta pregunta; Benavides, tampoco. Ambos trabajan al mejor postor y no se demoran en conflictos éticos. Benavides acaba de cumplir cuarenta; Ripoll le lleva diez, y se le notan. Fumador empedernido, suele acompañarlo una tos seca y un respirar entrecortado. En eso sí se parece al

arquetipo del periodista que nos ofreció el cine norteamericano de los años cincuenta. Benavides es más actual, no fuma ni bebe, llega al metro setenta y cinco de altura, y no está excedido de peso. Le gustan las mujeres en general y Laura en particular. Pero ni las mujeres en general ni Laura en particular dejan mensajes en su contestador. Ripoll es el único que ha llamado.

Benavides se dirige a la ventana y mira la calle, no ve nada que pueda interesarle. Recuerda que antes de medianoche debe enviar su nota semanal a *La Provincia*; cierra la ventana y va hacia la heladera. ¿Coca-Cola o leche? Elige leche; con el vaso en la mano, se sienta ante la computadora. Bebe un trago y entra en el correo electrónico. Hay diez mensajes, nueve son *spams*; el décimo es del Banco Francés, le brinda el saldo de su cuenta: tiene un rojo que empieza a ser alarmante. Abre la carpeta «PROVINCIA» y baja la nota. Lee lo que ha escrito, le agrega algunos detalles de color local, a gusto de los canarios, y aprueba en silencio. Ahora vuelve al correo electrónico, apunta corresponsal@epi.es y manda la nota. Tarea cumplida. Se recuesta en el sillón, justo frente al televisor. Aprieta el control remoto, bebe otro trago y busca de canal en canal algo que pueda interesarle. No tiene nada que hacer hasta mañana a las tres de la tarde. Mira el reloj: las once de la noche. Le queda el consuelo de que el sueño venga pronto y que dure mucho, diez o doce horas sería el ideal. Seguramente, se dormirá pensando que en cualquier momento suena el teléfono.

A las diez y media de la mañana se levanta. No hay ningún llamado de Laura. El contestador telefónico no registra ningún mensaje, por lo que debe aceptar que no llamó. Ahora prepara un jugo de naranja y un café, en ese orden. Bebe ambas cosas, también en ese orden. Piensa en el saldo en rojo y confía en que la propuesta de Ripoll sea buena.

La productora está en el corazón de San Cristóbal. El barrio aún conserva calles de adoquines, árboles que dan buena sombra y casas bajas, de paredes estropeadas y largos corredores. En su primera visita, Benavides quiso saber por qué la habían instalado allí. Por lo que el barrio tiene de pintoresco, fue el argumento. Aunque la verdadera razón habrá sido el bajo precio de los alquileres. Alguna vez él tuvo una novia que vivía en una de esas casas bajas, de largo corredor y jardín en el fondo. Solo la recuerda cuando va a la productora. Es un recuerdo vago que invariablemente se borra, no bien entra en la oficina. Hoy no llegó tan lejos: se borró apenas salió del ascensor.

Ripoll se acerca a recibirlo y elogia su puntualidad. Benavides le pregunta por su esposa y por sus dos hijos. Durante algunos minutos mantienen una charla protocolar. Por fin le informa la razón de esa visita.

—Meneses, Evaristo Meneses. El Comisario. Se cumplen quince años de su muerte. Una nota de no más de diez mil caracteres.

Benavides tiene una vaga idea de quién fue ese Comisario.

—No hay mucho para hablar a su favor. Tipo jodido, se metía en los hoteles alojamientos, y les creaba problemas a las esposas y a los esposos infieles —enumera, y de inmediato pregunta—: ¿Lo presentamos como un cruzado de la moral y las buenas costumbres o como un enemigo de todo lo bueno?

—Estás hablando del comisario Margaride —interrumpe Ripoll—, y yo te hablo del comisario Meneses.

Benavides dice que se parecen.

—En nada —señala Ripoll—; uno era un tibio que se ocupaba de joderle la vida a las parejas. El otro fue un duro que le jodió la vida a los chorros más pesados de su época.

Benavides insiste en que se parecen.

—En el apellido, los dos comienzan con eme. Además, los dos fueron comisarios, es fácil confundirse.

Ripoll ignora ese razonamiento, se pone de pie, va hasta un armario, regresa con una carpeta y se la alcanza.

—Acá tenés material.

Benavides revisa el contenido.

—No es mucho —dice.

Así le hubiese dado veinte carpetas en donde se detallara la vida entera de Meneses, igual se habría quejado. Es un rito que cumple invariablemente. Ripoll ahora dice que es suficiente para una nota de cuatro páginas.

—No te pido que escribas la historia de Meneses. Solo una nota en la que destaqués sus casos más notables. Hablá de su valentía. Un verdadero solitario. Nunca se casó.

Benavides pregunta si era homosexual. Ripoll parece no haber escuchado esa pregunta, busca algo en la carpeta. Ahora tiene un recorte en su mano, se lo muestra. Es una noticia de prensa que habla de una tal Fetiche, «de llameante cabellera y enfundada en ceñido *soirée* que resaltaba su ampulosa geografía hecha de golfos, cabos y bahías». No entiende nada.

—¿Quién es esta Fetiche? —pregunta.

Ripoll se asombra de que no sepa nada de Fetiche. La noticia es del diario *El Mundo*: 21 de junio de 1962. Benavides explica que por esa época él aún no había nacido.

—¿Qué tiene que ver esto con Meneses? —pregunta.

Sin esperar la respuesta, comienza a leer la nota. Se entera de que en el cabaret Amok cantaba Fetiche. Esa mujer «de llameante cabellera» era peruana y, por lo que dice la noticia, la noche del debut «representantes de la prensa, artistas y diplomáticos de la tierra de Santos Chocano habían sido invitados a la velada». Fetiche ocupaba su atención en Evaristo Meneses. El Comisario y la cantante compartían una mesa y charlaban en voz baja. Al cabaret había llegado el embajador del Perú, el representante de Fetiche le pidió a la cantante que se acercara a saludarlo. Fetiche intentó ponerse de pie,

pero Meneses la obligó a sentarse otra vez. «Que venga a saludarte él», le ordenó y fue suficiente para que Fetiche obedeciera sin más trámite.

—¿Te das cuenta de quién se trata? —pregunta Ripoll.

Benavides dice que sí y recoge la carpeta con los recortes. Acuerdan el precio y el plazo de entrega. En siete días, Benavides podrá cubrir el rojo de su cuenta. No es un mal negocio. Saluda a Ripoll y vuelve a su casa.

Ningún mensaje en el contestador. Corre peligro de convertirse en un solitario como Meneses. Hace ya seis días que Laura recogió sus cámaras, sus *flashes* y rollos, los acomodó en la valija de cuero y dijo que lo llamaría. Hasta hoy no ha cumplido con su promesa. Benavides va hacia la cocina. No tiene muchas opciones: café, Coca-Cola o leche. Faltan diez minutos para la seis de la tarde. Ahora está otra vez en el *living*, con una taza de café en la mano. Meneses impidió que Fetiche fuera a la mesa del embajador del Perú. Él, Benavides, no impidió que Laura se fuera de su casa. Se acomoda en el sillón y enciende el televisor. Mañana comenzará a trabajar con la nota del Comisario.

El material que le han dado no sirve de mucho. Los recortes se refieren a la crónica de algunos de los casos más famosos. Entre tanta sangre derramada se destaca alguna noticia frívola, la supuesta relación con esa tal Fetiche y la posibilidad de hacer una serie de TV basada en las aventuras del Comisario. No sabe en qué habrá terminado el romance con Fetiche, la serie nunca se hizo. Por otros recortes, se entera de que alguna vez lo demandaron civil y penalmente; fue sobreseído en todos los casos. Descubre que en sus ratos libres, que por lo que lee no eran muchos, se dedicaba a la lectura de Verlaine. Esta puede ser una buena punta: un duro interesado por la poesía simbolista y, sobre todo, por un poeta que abandona a

su esposa e hijos para vivir una aventura amorosa con Arthur Rimbaud; cosas de poetas. Podría explayarse acerca de esa paradoja. Desecha la idea antes de que crezca su entusiasmo: no cree que los lectores de la revista en la que saldrá su artículo se interesen por Verlaine o por Rimbaud. Habrá que buscar otra punta. La pintura, tal vez. Acaba de leer que desde chico, Meneses tuvo un especial talento para la pintura. Incluso hay fotos de algunos de sus cuadros. No son más que meras copias de obras clásicas, carecen del mínimo interés. La posibilidad es Internet. El Google lo puede orientar. Escribe «Evaristo Meneses» en la ventana de buscar, acciona la tecla ENTER y se dispone a recibir los informes. El nombre Meneses aparece en trescientos sesenta sitios, pero solo diecinueve de ellos podrían servirle de algo. Se entera de que Francisco Solano López y Carlos Sampayo crearon una historieta que lo tiene como personaje, pero según señala la enciclopedia Wikipedia: «no se trata de una representación fidedigna del verdadero aspecto del comisario Meneses». Sigue buscando y encuentra algo que puede ser su tabla de salvación. Es una mujer, se llama Yderla Anzoátegui y se especializa en biografías; escribió las de Alem e Yrigoyen, la de Crisólogo Larralde, la de la difunta Correa y la del comisario Meneses. *Meneses contra el hampa* se llama el libro, y Benavides lo acaba de ubicar en Deremate.com. Su ilustración dura poco, debajo de la foto de la tapa un cartel anuncia: «EL ARTÍCULO BUSCADO YA NO ESTÁ EN NUESTROS LISTADOS». No tiene otra referencia de la señora Anzoátegui, salvo que escribió unos poemas dedicados a Sarmiento y que el 27 de julio de 1977 recitó unos versos del *Martín Fierro* en el Club Cultural Croata-Argentino. Sin embargo, no todo está perdido: aún queda la posibilidad de encontrar *Meneses contra el hampa* en la feria del Parque Rivadavia.

El sol del mediodía castiga sin piedad, pero a Benavides parece no importarle, le resulta placentero caminar por ese

mercado de pulgas de la literatura. Los puestos ofrecen libros de segunda mano: todo por dos pesos. ¿Cómo se sentirán sus autores? Es un conflicto que no afecta a Benavides: él solo escribe artículos, a tanto la página. Una vez —hace de esto algo más de diez años— prometió (y se prometió) que iba a escribir una novela; incluso el título tenía: *El sentido de las cosas*, se iba a llamar. Solo queda el título y veinte o treinta páginas guardadas en algún cajón de su escritorio; también queda la promesa de que en cualquier momento retomará su escritura. Pero por ahora se limita a las crónicas de Buenos Aires, que mes a mes manda para las revistas que Jordi Estrada edita en Barcelona, a las notas de color para su corresponsalía de *La Provincia*, un diario de Las Palmas de Gran Canaria, y a artículos dispersos que interrogan acerca de la existencia del unicornio o explican cómo lograr la felicidad mediante el sexo tántrico. A veces, cuando tiene poco material, el Parque Rivadavia lo saca de apuros. Hoy no tiene fortuna. Revisa y pregunta, pero va de fracaso en fracaso. Ahora se ha detenido ante un volumen muy viejo y gastado con la palabra HAMPÁ en el título. Lo abre, pero no es lo que busca. Lee la dedicatoria, no la del autor del libro sino la de quien habrá sido su primer dueño. Está escrita con trazos muy cuidados, letra clara de un buen alumno de caligrafía: «Para Marcela, con la esperanza de que esta historia triste nos una con más fuerza y para siempre». La firma un tal Fernando. Con el apuro, el hombre olvidó poner la fecha. Benavides piensa en Fernando, ¿qué día de qué año le habrá regalado a Marcela este libro que guarda una historia triste? ¿Los habrá unido con más fuerza y para siempre? Todo indica que no. Ahí están el libro y la dedicatoria, exhibidos sin pudor en un puesto de compraventa. Benavides está convencido de que Marcela se hartó de Fernando. La imagina en el Parque Rivadavia y casi puede ver cómo Marcela vende al mejor postor todos los libros que Fernando le había regalado, con y sin

dedicatoria. ¿Laura venderá en el Parque Rivadavia los libros con dedicatorias que él le regaló? Decide que no, que Laura va a volver, por eso ahora apuesta a que Fernando y Marcela se unieron con más fuerza y continuaron unidos hasta el día de su muerte. Entonces sus hijos o sus sobrinos («A quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos») decidieron liquidar la biblioteca de sus padres o de sus tíos, cargaron los volúmenes en cajas de cartón y durante el traslado del estante a la caja vieron más de un libro dedicado (el bueno de Fernando solía dedicarlos, aunque omitía la fecha) y pudieron haberse reído o emocionado. Poco importa si hubo risa o emoción, lo cierto es que el libro terminó junto con los otros en uno de los puestos del Parque Rivadavia. Duró más que el romance de Fernando y Marcela. Ahora Benavides lo tiene en su mano y no le sirve de nada. Lo deja entre otros libros, en el rincón más apartado, y sigue buscando *Meneses contra el hampa*. Está a punto de darse por vencido cuando el puestero, a quien le acaba de preguntar, asegura que alguna vez lo tuvo, cree que todavía le queda un ejemplar. El hombre se pierde en el interior del puesto y poco después regresa con un libro en la mano. Le dice el precio y Benavides sabe que se lo está cobrando tres o cuatro veces más de lo que realmente vale. Pero lo consiguió, lo tiene en su mano y no puede demorarse en discusiones mercantiles. Paga y se lo lleva, como si realmente se tratara de un incunable.

Entra a su departamento y ve que en el contestador hay un mensaje. No es de Laura. Una señora de voz cordial se empeña en explicarle las ventajas de contar con un servicio de urgencias médicas. Borra el mensaje. Mira la hora: casi las dos de la tarde. No ha comido nada. Piensa que una manzana será suficiente. Abre la heladera, pero en el interior no hay manzanas; decide continuar con la dieta. Se sienta en una silla y se dedica por entero a *Meneses contra el hampa*. En el viaje de regreso lo había hojeado. Los párrafos que leyó no eran para

entusiasmarse. Casi ningún libro entusiasma si se lo lee en el interior de un taxi, con más de treinta grados de calor y sin aire acondicionado. Benavides no tiene aire acondicionado en su casa, pero el ventilador ayuda. Adelante entonces. En la primera página hay una advertencia, fue puesta con un sello de goma, en tinta negra; dice: «Las ganancias que obtenga con este libro las destinaré totalmente en ayuda del hijo menestero del hombre preso. Evaristo Meneses». Pintor aficionado, lector de Verlaine y filántropo, Meneses encierra más de una sorpresa. Benavides acaba de descubrir que el Comisario es coautor del libro de la señora Yderla Anzoátegui: desde la página 7 hasta la 155, ella cuenta la vida del Comisario; desde la página 157 hasta la 330, el propio Meneses se refiere a algunos de sus casos más emblemáticos. Todo indica que la señora Yderla tenía especial admiración por su biografiado. Anuncia que Meneses nació un 26 de octubre; era el quinto hijo de Cornelio y Gilda Angela Carrizo; después llegarían seis hijos más. Según la señora Yderla, «desde muy niño, Evaristo se distinguía por su clara inteligencia». Una inteligencia que volcó en la Bolsa. En las operaciones de Bolsa, asegura la señora Yderla; dice que «llevaba una estadística “sui generis” de los valores. Nadie imaginaba que este chiquillo de nueve o diez años, tuviera semejantes preocupaciones, cuando otros niños de su edad solo se interesaban por los juegos y las confituras». Se hace difícil imaginar al futuro comisario pendiente de las cotizaciones en la Bolsa de Comercio. Por fortuna, según la señora Yderla, una mano divina le señaló el camino. Benavides lee: «Pero Dios, sabio y omnipotente, creaba sentimientos, modelaba el carácter y cimentaba la personalidad de este chiquillo con materiales indestructibles, como son el sentido de la responsabilidad, la defensa del honor, la práctica de la moral y la potestad del bien y la verdad».

Con tan preciado bagaje, el joven Meneses se largó a transitar otros caminos: de agente de Bolsa a peón de campo. Benavides lee: «Al rayar el alba, ya se lo veía al pequeño Evaristo ordeñando sus vacas, rasqueteando sus caballos y luego regar sus canteros. Más tarde, ensillaba su zainito y se dirigía a la escuela para retornar a toda carrera, entrar a su quinta y arrojar al suelo para mirar al ras de la tierra si las semillas habían germinado. En horas de la tarde, luego de haber estudiado, se entregaba a la preparación de manteca». El Meneses descrito por la señora Yderla era el hijo ideal con el que todo padre sueña: «Le gustaba aprender cualquier trabajo, las ocupaciones tenían para él un atractivo especial: lo estudiaba todo, lo investigaba todo. Presa de vértigo, su alma volaba a los cuatro puntos cardinales buscando dónde descansar su inquietud».

El niño creció y tuvo que cumplir con el servicio militar. Le tocó la Marina: dos años. «Evaristo era un niño patriota», revela la señora Yderla. Benavides se entera de que el conscripto Meneses estuvo seis meses en Zárate, en la Artillería de Marina, y otros seis en Río Santiago. Durante ese primer año, demostró que era un «soldado sobresaliente», por lo que fue elegido para integrar la tripulación de la fragata *Sarmiento*.

Benavides lo abandona por un instante en el muelle y va hasta la cocina. Recuerda que en la heladera no había manzanas, pero tal vez encuentre algo que se pueda comer. Ese trozo de queso, que desde hace días descansa sobre un platito, puede ser la solución. No tiene mal aspecto, le quita la cáscara y lo lleva a la boca; tampoco tiene mal sabor. Vuelve al muelle en donde dejó al joven Meneses, a punto de embarcarse. La señora Yderla continúa: «Allá arriba, con su flamante traje de marinerito, con su gorra celeste luciendo la gloriosa inscripción de FRAGATA SARMIENTO, está un joven, alto, gallardo, serio; diríase que es un bronce, con la mirada fija, en posición firme, casi estatuaria; sus pupilas se enturbian, parecen más claras y

brillantes; es que acaban de aparecer lágrimas, que luego ruedan por las mejillas y van a enjugarse en el cuello de su traje. Confía en Dios. Su viaje será ejemplar».

La señora Yderla se dispone a narrar ese viaje y Benavides se dispone a seguirla, cuando suena el teléfono. «Laura», piensa y va a atender. No camina con paso gallardo, tampoco se le «enturbian las pupilas», pero se sabe triunfador: por fin llamó. Se felicita por haber dominado su ansiedad. Levanta el auricular y oye una voz de mujer:

—Lo comunico con el señor Ripoll.

Rota la ilusión, se dispone a escucharlo. Quiere saber cómo va el artículo. Benavides le anuncia que aún no va, que con el material que le dio poco se puede hacer.

—En el parque Rivadavia conseguí un libro. Creí que había encontrado el arca de la alianza, pero fue una ilusión vana: hasta ahora es tan pobre como lo que me diste vos.

Ripoll pregunta cómo se llama ese libro.

—*Meneses contra el hampa* —responde Benavides.

—¿Lo escribió una mujer?

Benavides explica que la parte biográfica se debe a la pluma de la señora Yderla Anzoátegui.

—Los relatos policiales aparentemente están escritos por Meneses. Digo aparentemente porque la pluma de la señora Yderla parece que también anduvo por allí.

Ripoll dice que no sirve para nada. Benavides no es tan inflexible, reconoce que esa señora tiene un estilo que seguramente gusta y fascina a un alto número de lectores. Ripoll insiste en que no sirve para nada.

—La señora Yderla Anzoátegui demandó a Meneses, reclamando derechos de autor.

Benavides recuerda el sello de goma impuesto en la primera página del libro. Meneses donaba sus derechos a los hijos de los presos. Benavides sospecha que la señora Yderla no era

tan pródiga, pero no tiene por qué compartir esa sospecha. Recuerda que en alguno de los recortes se habla de un juicio. Promete que lo buscará. Tal vez de allí salga algo interesante.

Ripoll le aconseja que no pierda el tiempo.

—Nadie se acuerda de ese libro y menos aún de su coautora. Andá directamente a los casos de Meneses. Acordate que te quedan cinco días.

Benavides promete que se dedicará exclusivamente a los casos y corta. Es una falsa promesa. Está interesado por la demanda de la señora Yderla. Revuelve los papeles que le pasó Ripoll hasta que encuentra lo que busca. Lee: «Meneses ganó un litigio. Ya puede adquirirse nuevamente la segunda edición de *Meneses contra el hampa*, cuyo secuestro fuera decretado por el juez doctor Cáceres, a raíz de la demanda entablada por Yderla Anzoátegui de Kastberger contra el comisario inspector Evaristo Meneses, por violación de los derechos de propiedad intelectual, literaria y artística, daños y perjuicios materiales y morales por la suma provisoria de cien mil pesos, con intereses y costas. La señora Anzoátegui de Kastberger señalaba que se había suprimido en dicha edición la biografía del autor, escrita por ella. Asimismo, sostenía que también había escrito los relatos que figuran en el libro bajo la firma de Meneses. El comisario Meneses, señalaba la demandante, no había hecho otro aporte que copiar de los sumarios los detalles de los sucesos policiales narrados, que se editaron con la firma del comisario, con el solo propósito de aumentar las ventas. Meneses apeló y la Cámara Civil de Apelaciones falló en su favor, desestimando la demanda».

Benavides piensa en la señora Yderla, en su desventura. Demandó a un hombre de quien ella había dicho: «por sus venas y su pecho corre un fuego inextinguible»; a un hombre que «había transitado siempre por la senda de la rectitud, de la justicia, de la integridad, del honor»; a un hombre

al que le había otorgado categoría de monumento: «diríase que es un bronce, en posición firme, casi estatuaría». ¿Qué habrá pensado la señora Yderla cuando decidió demandar «al monumento»? ¿Era mentira todo lo que nos había contado del incorruptible comisario Meneses? ¡Oh, biografías, cuántos embustes se cometen en tu nombre! La Cámara de Apelaciones, implacable, había fallado a favor del Comisario. Benavides imagina a la lastimada biógrafa en el momento de recibir el fallo, casi puede ver cómo se marcha indignada, con el acta judicial en su cartera y lágrimas en sus ojos. ¿Llora por todos los elogios que le dispensara al Comisario Inspector o porque la ley le acaba de jugar una mala pasada? Es imposible saberlo, habría que preguntárselo a ella. Aunque poco importaría su respuesta: a las palabras se las lleva el viento. En cambio, tanto el dictamen de la Cámara de Apelaciones como los elogios de la señora Yderla figuran por escrito: un fallo y un libro. El fallo estará archivado en alguna carpeta de los tribunales; el libro lo tiene Benavides ante sus ojos.

No cree que le sirva de mucho. Por ahora sabe que Evaristo Meneses nació un 26 de octubre, pero no sabe de qué año. La señora Yderla no lo consigna. Las notas de diarios y revistas que le dio Ripoll tampoco se ponen de acuerdo. Algunas dicen que nació en 1907, otras en 1910; la más irresponsable asegura que el nacimiento se produjo en 1917. Si esto fuera cierto, además de boxeador, policía y pintor hubiera sido un niño prodigio: habría hecho el servicio militar a los trece años e ingresado en la policía a los dieciséis. Benavides resuelve que nació después de 1905 y antes de 1910. No hay duda de que nació en un pueblito cercano a Bahía Blanca. El nombre del pueblito brinda pautas interesantes para la nota. Cuatrerros, se llama. Puede jugar con eso. El futuro policía se había criado entre cuatrerros. Lo escribe para no olvidarlo, pero lo tacha de inmediato. Lo que le había parecido

una idea ingeniosa termina por convertirse en una estupidez. Suele pasar. Por otra parte, los Meneses, papá, mamá y todos sus hijos, se mudaron poco después del nacimiento de Evaristo. No se alejaron de Bahía Blanca, eligieron un barrio en las afueras de la ciudad: Villa Mondongo, le decían. Un apodo hecho para las bromas; el problema es que la nota que le han encargado no admite bromas. Decide que los futuros lectores ignoren el nombre de ese barrio y fija su atención en el que va a ser el nuevo y largo sitio de residencia de los Meneses: un campo en Colonia, Uruguay.

No le cuesta mucho imaginar al pequeño Evaristo como un peoncito, siempre dispuesto para la tarea que le manden: siembra, cosecha, ordeña vacas y aún le queda tiempo para asistir al colegio. No va a decir que fue un alumno ejemplar, pero está seguro de que el dibujo le interesa más que las matemáticas. Mamá elogia la habilidad que tiene Evaristo para hacer esos paisajes tan bonitos y lo bien que le salen los caballos. Un juicio que no sirve de mucho: las madres siempre elogian a sus hijos. No es un chico pependenciero, pero se prende en cualquier pelea, sin importarle que el rival lo supere en peso y en tamaño. Lo entusiasman el boxeo y la pintura, con idéntica pasión pinta paisajes y rompe narices.

Es una nota de no más de diez mil caracteres. Tal vez deba omitir al pequeño Evaristo trabajando en ese campo de Uruguay. ¿También omitir su experiencia como boxeador *amateur*? ¿Callar, definitivamente, el viaje alrededor del mundo a bordo de la fragata *Sarmiento*? Una posibilidad es hablar exclusivamente de Meneses policía y citar apenas de paso su infancia como peón de campo, el viaje en la fragata y sus triunfos sobre el *ring*. Busca un buen comienzo; escribe: «No bien se inscribió en el Departamento Central de Policía supo que por fin había encontrado su destino». Lo aprueba con un ligero movimiento de cabeza. Es hora de comer. Recuerda

que la heladera está vacía. Piensa en un especial de jamón y queso y una cerveza sin alcohol. Tal vez en el bar de la esquina. Suena el teléfono. Decide que no es Laura. Si es ella, su alegría será mayor. Levanta el auricular, convencido de que oirá su voz. En cambio, oye la de Eugenio Iglesias y, aunque debería alegrarse, no se alegra. ¿Por qué debería alegrarse? Simplemente, porque Benavides e Iglesias son amigos. No es fácil ser amigos cuando se tienen pocas cosas en común. Iglesias es solo un año mayor que Benavides, sin embargo, parece bastante más joven; tal vez por esa sonrisa despreocupada que lo acompaña sin descanso. Reniega de su apellido, dice que lo hace sentirse parte de una diócesis; prefiere que le digan, simplemente, Eugenio. También reniega del periodismo. Asegura que Ripoll, Benavides y él configuran un trío de embusteros. Señala que los tres cobran para engañar a la gente. Eugenio es creativo en una importante agencia de publicidad.

—¿Estás ahí? —pregunta.

Benavides contesta con un gruñido. Eugenio quiere saber qué pasa.

—Hace mucho que no sé nada de vos —dice.

Benavides le cuenta que está cargado de trabajo; y se queja porque tiene que escribir una nota sobre el comisario Menses. Se produce un silencio que a Benavides le resulta muy largo. Finalmente, Eugenio pregunta:

—¿El que allanaba los hoteles alojamientos?

II

Ha pasado una semana. Laura sigue muda. «No me llames», dijo. Más que un pedido había sido una orden. Esto no lo inquietó. Desde la tarde en que se conocieron, Benavides está acostumbrado a aceptar las órdenes de Laura. La primera fue precisamente aquella tarde en San Isidro, en una caballeriza cercana al hipódromo. A Benavides le habían pedido una nota sobre caballos purasangre y le avisaron que una tal Laura se iba a encargar de las fotos. «Allí te espera», le dijeron en la redacción. Benavides llegó con casi media hora de atraso, iba a pedir disculpas por la demora, pensaba argumentar que el tránsito por avenida del Libertador estaba imposible, pero Laura no lo dejó pronunciar palabra, dijo que no soportaba la impuntualidad y agregó otra serie de cosas que Benavides prefirió olvidar. Dos horas después, la invitó a tomar una copa. «No tengo tiempo», fue la excusa de Laura; acomodó el equipo en el asiento trasero de su coche y se fue, casi de la misma manera en que se fue hace siete días. Aquella vez en San Isidro ni siquiera prohibió que la llamara, no era necesario: Benavides ignoraba el número del celular de ella. Ahora

lo conoce, pero no la va a llamar. Ella se lo ordenó y punto. Él debe volver al comisario Meneses. Se enteró que fue un duro de verdad, Bogart o Mitchum en sus mejores películas: implacable con los delincuentes que «eligieron el camino del mal», pero tolerante y generoso con los suyos. «El jefe siempre va adelante», dicen sus subalternos y aseguran que en todos los operativos, Meneses elige ir al frente, «a puro valor». Así al menos lo leyó en un reportaje que un anónimo periodista del *Correo de la Tarde* le hizo a tres ayudantes del célebre Comisario. Ahora se pregunta si realmente habrán sido sinceras esas palabras: infinitos son los caminos para lograr la simpatía de los superiores. Es una pregunta que no tiene sentido, por lo que vuelve al Comisario. Está seguro de que ha logrado un buen perfil; habló de su arrojo y valentía, y dejó en la ambigüedad aquellas cosas de las que no tenía mayor información. Cuenta los espacios escritos, le queda muy poco para llegar al final. Con algo de oficio y un poco de imaginación se pueden hacer buenas notas. El respetable público lector es fácil de convencer. También Ripoll. Solo se trata de cumplir con ciertas normas. La principal e inamovible: no molestar a las autoridades, bajo ningún concepto. «No quiero comerme un juicio», insiste Ripoll y Benavides es obediente. Lee una vez más la nota que acaba de escribir y comprueba que no ha molestado a nadie, ni siquiera a los delincuentes citados. Un modelo de pulcritud. Primero la imprime y luego la guarda en un disquete. Mira el reloj: las tres de la tarde. Ripoll lo espera a las cuatro. Tiene tiempo para afeitarse y para una ducha. Media hora después sale de su casa. Laura sigue sin llamar.

San Cristóbal no ha modificado su aspecto en estos últimos siete días. Benavides cumple con el rito de recordar a la novia que vivía en ese barrio, y un rato después devuelve el gentil saludo que le brinda la secretaria de Ripoll. Descubre que es

una mujer con cierto encanto. Se pregunta por qué no había reparado en ella antes. Podría invitarla a tomar algo. Piensa decirle que quiso invitarla desde el primer día que la vio, pero recién hoy, en este momento, logró vencer su timidez. Sobre el escritorio ve una foto enmarcada. La secretaria sostiene en sus brazos a un niño de cuatro o cinco años. Un hombre la sujeta del hombro. Los tres ríen felices. Tendrá que dejar la invitación para otra oportunidad. Ripoll acaba de abrir la puerta de su despacho y le pide que pase. Lo invita a que se siente, mira su reloj, junta el índice y el pulgar de su mano derecha y la mueve suavemente: un elogio a la puntualidad de Benavides. Se apoya en una de las esquinas de su escritorio, recoge las cuatro páginas que hablan del Comisario y comienza a leerlas.

Es el momento del examen. El maestro determinará si lo aprueba o no. Benavides mira la cara de Ripoll, sigue sus gestos: le ve el ceño fruncido, evidente señal de preocupación, tal vez un dato equivocado o una frase fuera de tono. Pero para su tranquilidad, ahora ve que afirma con pequeños movimientos de cabeza, y que nuevamente une el índice y el pulgar de la mano derecha: un elogio a la precisión de Benavides.

—Es lo que te pedí —dice. Abandona su sitio de lectura, se ubica en un sillón reclinable, frente al escritorio, abre uno de los cajones y saca una caja de metal—. Te voy a pagar en efectivo, así evitamos facturas y todas esas cuestiones.

Benavides dice que no hay problema, mientras no se entere Meneses. Guarda el dinero en el bolsillo y cinco minutos más tarde está de nuevo en la calle. Ripoll prometió llamarlo en cuanto necesite otra nota.

No bien entra en su departamento, comprueba que nadie lo ha llamado: la luz roja del contestador telefónico está quieta. Se tira vestido sobre la cama y no tarda en dormirse. El timbre del teléfono deja en suspenso algo que estaba soñando. Mira la hora: ocho y media de la noche. Es Eugenio.

Benavides le pide que aguarde un segundo, el tiempo necesario para aclarar su garganta; pero Eugenio no espera. Pregunta si sigue con Meneses. Benavides anuncia que ya lo liquidó.

—Hoy mismo, para ser exacto.

—Hoy mismo —repite Eugenio—, entonces no tiene importancia.

Benavides quiere saber qué es lo que no tiene importancia. Eugenio le cuenta que conoció a alguien que lo trató íntimamente. Benavides anuncia que ya escribió la nota, que la cobró y que cubrió el rojo. Meneses ya es historia pasada. Sin embargo, en lugar de cortar o de hablar de otra cosa, pregunta:

—¿Quién es?

Su madre le aconsejaba no ser curioso. Las madres rara vez se equivocan.

Eugenio le cuenta que es una mujer, con una historia muy loca. Y asegura que si esa historia llegara a ser cierta sobraría material para escribir una novela.

En este momento, Benavides tendría que haber cortado pero no corta. Nuevamente pregunta:

—¿Quién es?

—Érika, se llama Érika.

—¿Y qué hace?

—En todo caso, qué hacía —ríe Eugenio—. Era puta.

Benavides está harto de lugares comunes, si hubiera sido una monja tal vez gozaría de algún interés. Piensa explicárselo a su amigo, pero solo repite «puta».

Lo habrá dicho en tono de pregunta, porque Eugenio enumera:

—Prostituta, meretriz, mujer de la vida, gato... ¿Necesitás más sinónimos?

Benavides asegura que sabe muy bien lo que es una puta.

—También sé que aparece en cualquier historia de policías y ladrones.

—Estoy seguro de que te hubiese gustado conocerla —dice Eugenio.

Ahora sí, Benavides se dispone a cortar. Pero gana la curiosidad: quiere saber por qué le hubiera gustado conocerla, y sin esperar respuesta, pregunta dónde puede verla y cuándo. Eugenio propone encontrarse en una hora, comer en Nicodemus y luego ir por la dama. Benavides se pregunta por qué Eugenio eligió ese restaurante. Hace un par de años fue con Laura, aún eran compañeros de trabajo y estaban allí exclusivamente por trabajo, una producción fotográfica: «Los restaurantes mejor decorados de Buenos Aires». La revista que publicó esa nota dejó de salir y Laura lo acaba de dejar. ¿Por qué ese restaurante? ¿Simple coincidencia? Con Eugenio nunca se sabe.

Llega diez minutos tarde. Lo ve en una de las mesas del fondo, parece entretenido con el menú, pero se pone de pie en cuanto Benavides se acerca.

—Los restaurantes mejor decorados de Buenos Aires, una de las tantas tonterías que escribiste —dice y alza el brazo en un gesto definitivo—. La decoración continúa siendo un espanto.

No habla ni de Laura ni de sus fotos. «Sabe que me abandonó», piensa Benavides y decide seguir el juego. Acepta que sí, que la decoración continúa siendo deplorable, y pregunta qué puede pedir. Eugenio recomienda el ojo de bife, con una ensalada mixta.

Mientras comen, Benavides quiere saber cómo conoció a Érika. ¿Por Internet? «Soy la morocha de tus sueños, dispuesta a cumplir todas tus fantasías». Eugenio le pide que deje la tecnología de lado, que no tiene importancia cómo la conoció. Mira el reloj y se lamenta de que no haya tiempo para el café. Pide la cuenta. Érika los espera a las once y tienen veinte minutos de viaje.

El taxi va hacia el sur. Eugenio pidió que los llevara a avenida Cruz y Centenera. El taxista habrá decidido que no tenían aspecto de asaltantes, porque luego de un segundo de vacilación arrancó. No van precisamente por una zona residencial. Benavides prefiere ocultar sus temores, le pregunta un par de tonterías a Eugenio. Solo recibe monosílabos. Está arrepentido de haber hecho este viaje, pero ya llegan.

Eugenio pide que lo siga. Caminan unos cinco metros. Se detienen frente a una casa de una sola planta, con una gran puerta de madera y dos ventanas; todo herméticamente cerrado. La pared se ve descascarada, igual que la puerta y las ventanas. Está muy lejos de parecerse a un prostíbulo. A Benavides se le ocurre que puede ser una buena forma de disimular. Piensa decírselo a Eugenio, pero justo en ese momento se abre la puerta. No vio que su amigo tocara el timbre.

En lugar de aparecer una rubia platinada, cubierta con un *déshabillé*, aparece un chico que no llega a los quince años. Eugenio le acaricia la cabeza. Benavides no quiere pensar que su amigo sea un pedófilo, pero por un instante lo cree posible. Ahora siguen al chico, que los conduce hasta una habitación, al final de un largo pasillo. El chico desaparece con la misma rapidez con que apareció. Eugenio golpea la puerta y sin esperar respuesta la abre.

Ahí está Érika, y no es precisamente la de los pájaros.

Pero antes de hablar de ella, es conveniente hablar del cuarto al que acaban de entrar. Decir que es barroco sería ofender a esa forma del arte y la arquitectura que prosperó a comienzos del 1600. Infinidad de objetos, de diferentes colores y formas, cuelgan de las paredes y están distribuidos por el piso y los rincones. Es preciso acostumbrarse a la luz tenue que los ilumina para malamente distinguirlos. A unos pocos metros de Benavides, se alcanza a ver a un grupo de bestias de cerámica: un elefante —ornamentado a la manera hindú—,

una jirafa y un camello. Junto a ese zoológico inmóvil hay unos almohadones, desparramados sin ton ni son. Una de las paredes está cubierta con diferentes láminas, entre las que se distinguen la imagen de la Virgen Desatanudos, San Policarpo en la hoguera y el Gauchito Gil. En la pared opuesta solo está Gilda, sobre un escenario, cantando. La fila de velas debajo de la lámina testimonia su santidad. Un enorme cortinado cubre la otra pared. Sujetos a esa cortina —como sorprendidos en pleno vuelo— se ven unos cuantos pájaros de papel maché y de pañolenci. En medio de ese pastiche hay una mujer de casi ochenta años. Está de pie y ahora se acerca. Usa un vestido violeta largo, ajustado; mantiene el equilibrio sobre zapatos de tacos muy altos; tiene el pelo teñido de rubio brillante y la cara pintarrajeada. Benavides supone que tendrá voz chillona. Se equivoca.

—Yo soy Érika —dice la mujer en un murmullo sugestivo, cálido, que desentona con ese maquillaje y con esa decoración.

Los invita a sentarse. Pregunta si quieren beber algo. Casi a coro ambos dicen que no. Es la hora de las presentaciones.

—Él es el periodista del que te había hablado —dice Eugenio.

Ahora se distinguen otros objetos de esa habitación. Benavides ve la foto de un hombre cubierto con una *robe de chambre*; no le cuesta mucho descubrir que se trata de Sandro. A medio metro de Sandro, hay una enorme foto de la Madre Teresa. Entre ambos, un gran florero cargado de rosas artificiales. Sobre un estante, ve algunos libros: la Biblia, el *Martín Fierro*, tres tomos de *El tesoro de la juventud* y la *Divina comedia*. No entiende nada.

—¿Vas a escribir sobre Evaristo? —pregunta Érika.

Benavides piensa que ahora debe decir que no, que lo que tenía que escribir acerca de Meneses ya lo ha escrito. Sin embargo, asiente con un movimiento de cabeza.

—Sí —afirma, sin titubeos—, por eso vine.

III

Érika les está contando de qué modo se ha desprestigiado la profesión. Sostiene que antes no era así. Eugenio asiente en silencio. Benavides se vuelve a preguntar qué diablos hace ahí. «¿Por qué y para qué estoy?». Carece de respuesta, por lo que se limita a afirmar en silencio.

—Una profesión que ya no es lo que era —continúa Érika—. Hoy se ha llenado de pendejas. Aparecen en Internet y en los clasificados de *Ámbito Financiero*, *La Nación* y *Clarín*. ¿Captan? Son pendejas inexpertas que se ponen a trabajar sin conocer los secretos del oficio. No es cuestión de poner un clasificado y sentarte a esperar la llamada. Cuando sos puta lo sos a tiempo completo, las veinticuatro horas. En cambio, esos gatos, ¡mirá qué nombre les han puesto!, trabajan para pagar el alquiler del departamento, comprarse alguna ropita y pocas cosas más. La crisis aparece en donde menos lo pensás; antes no era así.

A Benavides se le ocurre que ahora Eugenio preguntará cómo era antes, pero por suerte no pregunta nada, ni siquiera aprueba, se lo ve imperturbable. Benavides ya no tiene dudas

de que ha sido un viaje inútil, una pérdida de tiempo. Es lo primero que le va a decir a Eugenio en cuanto salgan de esa casa. Pero para eso aún falta un largo trecho. Ahora Érika cuenta cómo conoció a Meneses.

—Fue durante un procedimiento. Por aquellos años, yo era una de las minas del zurdo Guastavino.

Benavides y Eugenio se enteran que Guastavino rara vez golpeaba a sus pupilas: un buen tipo, que sabía ser generoso cuando había que serlo. Tenía tres o cuatro chicas, nunca más de eso, y a todas las trataba como reinas.

—Daba gusto trabajar para él —asegura Érika—. No es fácil conseguir tipos así. Una noche, me dijo que tenía algo especial para mí. Y también para vos —dijo y señaló a Malva—. ¿Nombre raro, verdad? Y, sin embargo, no era de mentira: Malva se llamaba de verdad Malva. Una piba encantadora, que prometía mucho, sabía hacer su trabajo. Era una de esas que consiguen clientes fijos, capos de guita que pagan sin protestar. La mamaba como los dioses.

A Eugenio no parece interesarle la biografía de Malva, porque ahora quiere saber qué era eso especial que había anunciado Guastavino.

—Sí —dice Érika—, pero esperen que termine con Malva. Una historia triste la de esa piba. Mientras estuvo con Guastavino, todo bien. La muchacha peronista, le decíamos. De casa al trabajo y del trabajo a casa. Pero un mal día se piró, se agarró un metejón fuerte con Kaplan, un ruso jodido. La cosa no pasó a mayores porque Guastavino y Kaplan se entendían bien. Fue un simple canje, suele suceder. Malva pasó a ser de Kaplan y Kaplan le cedió una de sus últimas pupilas a Guastavino; ya ni me acuerdo cómo se llamaba, solo recuerdo que era muy joven, dieciocho años recién cumplidos, pero muy desabrida: no tenía futuro. En cambio Malva, que sí lo tenía, echó todo a perder. Kaplan la metió en la merca y la

boluda entró. Seis meses después murió por una sobredosis. Triste el final de esa chica.

Eugenio le pide que vuelva a lo que les estaba contando.

Érika continúa.

—Cuando te ponés a recordar viejos tiempos siempre pasa eso, te agarra como una cosa acá. Guastavino anunció que teníamos que ir a una fiestita privada en la casa de un pesado de verdad. El hombre cumplía años y sus amigos le hacían un festejo a lo grande. Como en las películas norteamericanas, en mitad de la comida aparecíamos nosotras, Malva y yo, pero no de adentro de una gran torta, como se ve en las películas norteamericanas, sino de debajo de la mesa. Malva se ponía a la izquierda del punto y yo a la derecha. Teníamos que quedarnos con él hasta la mañana siguiente. Solas con él, claro. Después de que todos los invitados se fuesen teníamos que demostrarle lo que sabíamos hacer. No fue posible porque se pudrió todo: cayó la cana.

Benavides y Eugenio se enteran de que al frente del operativo iba el comisario Meneses. Ahí fue cuando Érika y Meneses se vieron por primera vez. Érika sabía quién era él. Meneses ni siquiera la miró. Luego de un trabajo de inteligencia, que se había prolongado por algo más de tres meses, y de la oportuna traición de uno de los invitados a la fiesta, el Comisario pescaba a un pez gordo y a un buen número de pececitos. No tenía tiempo de andar mirando a esas dos mujeres, que con cara de espanto intentaban pasar desapercibidas. Era imposible, por la forma en la que estaban vestidas. O mejor: desvestidas.

—Ahí fue cuando Malva se mandó la cagada —dice Érika—. Hizo lo que no tenía que hacer. Falta de experiencia, creo. Empezó a chillar que ella no tenía nada que ver, que le habían dicho que era una fiesta, nada más que eso, una fiesta entre amigos; que ella era una buena chica, que no conocía a

nadie, que la habían llevado engañada, y sin más vueltas me señaló. Dijo que yo era la culpable, que yo la había engañado y se echó a llorar. Lloraba de verdad, créanme. Al principio pensé que era teatro, pero no, lloraba de verdad. Me dio lástima, pobre pendeja de cuarta. Evaristo no le prestó atención, pero vino hacia donde estaba yo.

En ese momento —según cuenta ahora Érika—, le preguntó si ella tenía algo para decirle. ¿O te vas a poner a llorar como tu amiguita? Érika lo miró a los ojos y dijo que no solía llorar. Meneses le preguntó si también ella había ido engañada. Érika admitió que no, que sabía bien adónde iba. Dijo que era su trabajo, que cobraba por eso. Meneses aprobó en silencio y le ordenó algo al policía que estaba junto a él. Por un segundo, Érika pensó que la subirían al camión celular, con los otros. Fue solo por un segundo, porque no bien llegaron a la puerta el policía le avisó que se podía ir. «Agradecele al Comisario», pudo oír, no bien estuvo en la vereda.

De pronto, a Benavides le preocupa el destino de Malva.

—¿Y Malva? —pregunta.

—Malva se había quedado ahí —continúa Érika—, y por lo que me batieron, se desmayó, aunque creo que eso sí fue teatro. Evaristo después me dijo que la dejó ir al rato, que no quiso que saliéramos juntas porque pensó que yo la iba a hacer mierda. Nada de eso, pobrecita. Ella misma se encargó de hacerse mierda.

Benavides sospecha que es una historia plagada de mentiras. Tal vez la muerte de Malva no fue por sobredosis, sino por un simple accidente de tránsito o por un repentino ataque al corazón; hasta es posible que siga viva: ha reemplazado su nombre verdadero por uno falso (Mabel, por ejemplo) y bajo ese nombre se casó con un hombre honesto, que la quiere bien y nada sabe del pasado de esa mujer que ahora es su esposa. Este final podría ser tan apócrifo o tan auténtico

como el final propuesto por Érika. Benavides exige pruebas, no de la muerte de Malva sino de la relación Meneses-Érika.

—¿Tenés pruebas? —pregunta—. ¿Algo para mostrar?

—Las fotos —dice Érika—, tengo las fotos.

Estira su brazo derecho hacia una cajonera, busca algo en el segundo cajón y retira algunas fotos sujetas con un cordel celeste. Desata el cordel, elige tres y se las alcanza a Benavides. Las tres muestran la imagen de una mujer muy joven y bonita, con algo de inocente y de perverso al mismo tiempo. Benavides se detiene en una de las fotos: el vestido liviano que lleva esa mujer permite descubrir sus formas casi perfectas. Mira a Érika y está a punto de preguntar si esa mujer de la foto es ella, pero comprende que sería un gesto poco cortés.

—No veo a Meneses. Estas fotos no prueban nada.

Érika no se inmuta, mantiene la mirada, ni pestañea.

—Prueban que fue hace mucho. Esa soy yo, así era cuando conocí a Evaristo.

A Benavides le resulta difícil aceptar que aquella muchacha y esta anciana sean la misma persona. Más allá de la belleza de una y el grotesco de la otra, le sorprende que la Érika joven no tenga el menor aspecto de una puta. No hay un solo detalle que la identifique como a una puta. Entonces lo era y ahora no. Cuando lo fue no lo parecía y ahora que ha dejado de serlo, no puede disimular su condición. Pero Benavides no está allí para hablar de paradojas y menos aún del paso del tiempo. En realidad, sigue sin comprender por qué está allí, en esa habitación recargada de objetos y con esas fotos amarillentas en sus manos.

—No veo a Meneses —repite.

—Ni lo vas a ver —asegura Érika—: jamás nos fotografiamos juntos. ¿Fotos tomados de las manos, como dos tortolitos? ¡Por favor, no jodas! Evaristo sabía hacer las cosas: no dejaba pruebas.

—Sin pruebas no hay caso —dice Benavides.

—Yo soy la mejor prueba —insiste Érika.

Lo ha dicho con un tono de voz insinuante. Por un segundo, Benavides la imagina tal como era a los veinte años. Hoy su cuerpo está destruido, pero tiene la certeza de que el tono de su voz sigue siendo el mismo.

Golpean la puerta. Son golpes respetuosos, de alguien que pide entrar. Érika da el permiso, la puerta se abre, y Benavides y Eugenio ven a una mujer joven, pelirroja (teñida de pelirroja) y con un vestido semitransparente. Pasa junto a ellos, pero ni siquiera los saluda. Ahora acerca sus labios a la oreja izquierda de Érika y le dice algo en voz muy baja. Ella asiente en silencio y con un movimiento de su mano derecha le ordena que se marche. La mujer teñida de pelirroja pasa nuevamente junto a Benavides y a Eugenio; tampoco esta vez los saluda.

—Me necesitan —anuncia Érika.

Benavides y Eugenio comprenden que es hora de irse.

—¿Y Meneses? —pregunta Benavides.

Érika promete que quedará para otro día. Es una historia larga, que no se puede liquidar en una sola noche.

—Fueron muchos años.

Benavides no disimula su gesto de frustración. Érika los invita a que elijan a un par de chicas, para que no piensen que fue una noche perdida. Pide que la sigan, propone presentarles a dos de sus mejores pupilas. Eugenio dice que no, que no es necesario. Benavides también se niega.

—Podemos esperarte aquí —sugiere.

Érika repite que no hay tiempo. Se dirige exclusivamente a Benavides y le asegura que con mucho gusto lo recibirá cualquier noche de estas.

—No tenés más que llamarme.

Ahora se dirige a los dos:

—La oferta de las chicas sigue en pie, son profesionales de verdad, no como esas que aparecen por Internet.

Los tres están en el corredor. Érika los despide con una sonrisa y camina hacia una puerta, a menos de dos metros. La abre y entra. La puerta se cierra, antes de que Benavides o Eugenio puedan ver qué hay en ese cuarto. Desde algún rincón aparece el chico que les sirvió de guía. Eugenio otra vez le acaricia la cabeza. Benavides piensa que es el hijo de alguna de las prostitutas. «Mamá trabaja y él la ayuda». Tal vez con los años se convierta en un cashio o en un predicador, ¿quién puede saberlo? No bien salen a la calle, a Benavides deja de importarle el futuro de ese chico. Ahora solo le preocupa conseguir un taxi, a esa hora y por ese barrio. Eugenio lo tranquiliza, dice que pidió uno.

Benavides nunca vio que su amigo usara el celular. Piensa que le ha dicho lo del radiotaxi para tranquilizarlo, pero en este momento aparece un coche y se detiene frente a la casa de Érika. Benavides siente algo de vergüenza: el taxista va a pensar que han salido de ese prostíbulo de mala muerte. Es natural que lo piense, se trata de un prostíbulo y de él han salido. ¿Cómo explicarle que estuvieron allí por otros motivos? ¿Cómo decirle que incluso rechazaron una invitación de la madame? Suben al auto y por un largo rato viajan en silencio. Benavides se dispone a hablar de cualquier cosa ajena a putas y prostíbulos. Pero Eugenio habla primero:

—Te pidió que volvieras —dice en voz alta.

Benavides está seguro de que el taxista pensará que él, Benavides, es un cliente habitual de ese prostíbulo de mala muerte. Decide que poco le importa lo que piense el taxista y le dice a Eugenio que no va volver, que Meneses ya fue, que sirvió para cubrir su rojo en el banco y basta.

Eugenio baja antes. Benavides ha quedado solo. Está a punto de hablar con el taxista, de explicarle por qué y para

qué fue a ese prostíbulo, pero continúa callado. Paga el viaje, deja una buena propina y ve cómo el coche se marcha. «No es lo que usted piensa», está a punto de gritar. Abre la puerta del departamento y dirige su mirada a la luz del contestador telefónico. Aprieta el botón para escuchar. El mensaje es de Ripoll, pide que lo llame. Es el único mensaje.

IV

Está tirado sobre la cama, mirando el techo. Piensa en Érika, y recuerda una de las fotos que ella le mostró. Se veía de cuerpo entero, un cuerpo casi perfecto, seductor. Sin embargo, en este momento, Benavides no recuerda el cuerpo sino la cara de Érika en la foto. Una cara limpia, casi angelical, iluminada por una ligera sonrisa. Sabe que esa imagen ya la ha visto, pero no alcanza a descifrar dónde. En situaciones así, hay que dejarse ir con la seguridad de que tarde o temprano se develará el enigma. Cierra los ojos y un rato después se queda dormido. Media hora más tarde despierta y, aún sin comprender por qué, piensa en *La primavera*. Recuerda el cuadro de Botticelli y, sobre todo, recuerda a Flora, la figura de Flora acosada por el Céfito, sus ojos claros y su tenue sonrisa. La primera vez que Benavides vio *La primavera* quedó impactado por la imagen de esa mujer. Le hubiese gustado conocerla, pero era imposible remontarse hasta el año 1480. Ahora descubre que Flora, la del cuadro, y Érika, la de la foto, se parecen mucho. Le hubiera gustado conocer a aquella Érika, pero es igualmente imposible retroceder hasta el año 1950.

Poco importa que en un caso haya que desandar algo más de cinco siglos y en el otro, algo menos de un siglo. En ambos casos, no puede realizar su deseo: debe contentarse con Flora, la del cuadro, y con Érika, la de la foto. Una, dicen, perteneció a Juliano de Médici; la otra, perteneció a Evaristo Meneses. ¿Realmente fue su amante o solo se trata del delirio de una vieja loca? Tendrá que preguntarle a Eugenio cómo y cuándo la conoció. Su amigo no suele frecuentar prostíbulos y menos aún de baja categoría. Eugenio seguramente inventará una historia y a Benavides no le quedará otro remedio que creerle. «Mientras haya una sola persona que se la crea, no hay historia que no sea cierta». La frase es de Paul Auster y Benavides la utilizó en una de sus notas. Mañana tendrá que hablar con Eugenio y con Ripoll, ¿para qué lo habrá llamado? Cierra los ojos, sabe que en un par de minutos se quedará dormido; tal vez sueñe.

No soñó. Y si soñó, no lo recuerda. Después de la ducha y cuando está a punto de preparar el jugo de naranja, suena el teléfono. Piensa en Laura, pero se trata de Ripoll. Le reprocha que no haya contestado su mensaje. Benavides le asegura que iba a hacerlo en ese momento, pero Ripoll no lo escucha.

—Alguien llamó para pedir datos tuyos: dirección, teléfono, *mails* —dice.

—¿Quién era?

Ripoll ignora quién era.

—No me lo dijo. Pero quedate tranquilo, no le di ninguna información.

Benavides asegura que está tranquilo, que no tiene de qué preocuparse. Ripoll le pide que vaya pensando en un tema para una próxima nota. Benavides promete que lo hará. Se despiden, pero antes de que Ripoll corte, pregunta:

—¿No será por lo que escribí sobre Meneses?

Ripoll no cree que haya sido por esa nota.

—La próxima vez que llame se lo pregunto —agrega, sin dar mayor importancia al asunto.

—Entonces va a haber otra llamada —se inquieta Benavides.

Ripoll le explica que se trató de una broma, de una frase hecha. Asegura que no habrá otras llamadas y le pide que ocupe su tiempo en pensar un buen tema.

En los siguientes tres días, a Benavides no se le ocurre nada que pueda servir para una buena nota. En varias ocasiones entró en Internet y buscó *La primavera* de Botticelli. En todos los casos, se quedó largo rato con la mirada fija en la figura de Flora arrojando flores al piso. Decidió que cada vez se parecía más a la Érika de la foto. En algún momento, pensó en la llamada que le habían hecho a Ripoll y también pensó en Laura, en el silencio de Laura. Ella solía hablarle del Machu Picchu, de la misteriosa energía que se acumula en el altiplano. Laura estaba segura de que esa energía sería buena para él. A Benavides no le entusiasma subir montañas y menos aún deambular por una ciudad de piedra. Algunos años antes, tres o cuatro copas bastaban para aportarle energía; ahora una pastilla de Prozac cumple la misma función. En este momento mira el teléfono y se le ocurre que tal vez Laura haya ido al Machu Picchu, no en busca de energía sino a tomar fotos, muchas fotos, para una futura muestra. Desde el altiplano no es tan sencillo comunicarse. Llega a esa conclusión justo cuando suena el timbre del teléfono. Atiende de inmediato y nuevamente se equivoca: es Eugenio, quiere saber si fue otra vez a lo de Érika.

—Para nada, no necesito el servicio de sus chicas —se burla Benavides.

Eugenio dice que no habla de eso. «Quedaste en que ibas a volver...». Y antes de que Benavides pregunte por qué o para qué, completa:

—... Para seguir con la historia de Meneses.

Benavides repite que esa historia para él ya fue. Sin embargo, le cuenta que llamaron a Ripoll.

—Querían datos míos.

—¿Quién?

—La mafia —bromea Benavides y de pronto siente un escalofrío: ¿quién le asegura que no sea cierto?

Eugenio al menos piensa que no es cierto, porque se ríe de la respuesta de Benavides y de inmediato habla de otra cosa. Por suerte, Laura no entra en esa conversación, pero podría entrar en cualquier momento, por lo que Benavides inventa una excusa para terminar con la charla; corta y otra vez se queda en silencio frente al teléfono. Casi mecánicamente marca un número. Escucha «Hola, hola», y se dispone a preguntar por Érika cuando descubre que se trata de una cinta grabada, «por favor deje su nombre y número de teléfono, y no bien podamos lo llamaremos». Está a punto de dejar un mensaje, pero desiste: ni una sola palabra, ni la mínima prueba de que él ha llamado. ¿También los prostíbulos tienen contestadores telefónicos? Solo falta que le mande un *mail*. Lo desorienta tanta tecnología. Decide que se equivocó de número y vuelve a llamar. Ahora lo recibe una voz de mujer; en un tono cálido y sugestivo le pregunta en qué puede servirlo. Benavides pide hablar con Érika. «¿La conocés?», pregunta la voz de tono cálido y sugestivo. Benavides aprueba con un gruñido y murmura su nombre. Un instante después oye la voz de Érika. «¡Qué alegría! Te esperaba, ¿venís para aquí?». Una frase hecha, que seguramente repite con todos los clientes que llaman. Benavides entiende que esas son las leyes del juego y dice que sí, que en menos de una hora llegará.

Se ha tirado sobre el sillón. Piensa que está a punto de cometer una tontería, ¿qué diablos tiene que hacer él en ese prostíbulo de cuarta? Decide no ir. Se levanta de un salto y

nuevamente marca el número de Érika. Lo atiende la voz femenina de tono cálido y sugestivo.

—Dame bien la dirección —pide Benavides.

Una hora más tarde está tocando el timbre de la puerta de calle.

Esta vez no viene el chico a recibirlo. Una mujer de cerca de cuarenta años, de *jean* y remera, le brinda una sonrisa que nada tiene de erótica y pide que la siga. Caminan por el corredor hacia la habitación del fondo. De pronto, la mujer se detiene, abre una puerta que está a su derecha y lo invita a entrar. Benavides supone que Érika lo recibirá allí y entra. Ahora está en un cuarto apenas iluminado por tres o cuatro lámparas de colores estratégicamente ubicadas. En el centro hay una cama, con sábanas negras, la pared que enfrenta a la cama tiene un enorme espejo. Está a punto de decir que se trata de un error, pero la mujer que lo acompañaba se fue. Está solo en esa habitación en penumbra y no sabe qué hacer. Esa duda dura poco. La puerta se vuelve a abrir y entra una mujer que no llega a los treinta años; detrás de esa mujer aparece otra, aún más joven. La primera tiene el pelo largo, teñido de rubio intenso; la otra también lleva el pelo largo, pero es negro azabache. Ambas usan un deshabillé transparente, que apenas les cubre la bombacha y el corpiño. Primero habla la rubia.

—Yo soy Solange.

Luego habla la morocha.

—Y yo Karina.

Benavides se queda callado. Está a punto de insistir que se trata de un error, pero Solange se ha ubicado frente a él y comienza a besarle los labios, le pasa la lengua suavemente. Karina está detrás de él, y le besa el cuello mientras con sus manos le busca el sexo. Benavides gira apenas la cabeza hacia el espejo. Ahí se reproduce la escena: él, de pie, junto a dos

mujeres que lo besan con ternura. Ahora no insiste con que se trata de un error. Deja que ellas se ocupen; después de todo, son dos profesionales. Lo desvisten de a poco y, una vez desnudo, lo conducen hasta la cama. Desde allí, no alcanza a distinguir el espejo, pero ya no importa. En este instante, Solange y Karina están haciendo maravillas imposibles de describir: hay que sentir las y quien ahora las siente es Benavides.

Lamentablemente, los momentos de placer son breves. Este ya terminó. Benavides está en la cama, boca arriba. A su derecha, Solange intenta algunas pequeñas caricias que no sirven de nada. A su izquierda, Karina le pregunta cómo lo ha pasado. Benavides asiente en silencio y las observa con mayor atención. Ahora no lucen con el brillo del principio: la que dice llamarse Solange decididamente tiene más de treinta años: en las piernas se advierten ciertas marcas de celulitis y el maquillaje de la cara no alcanza a disimularle las primeras arrugas. La que dice llamarse Karina se ve algo más entera, pero no es lo bonita que parecía ser en la semipenumbra del comienzo. Benavides quiere levantarse cuanto antes de esa cama.

—Vine a hablar con Érika —dice.

—Lo sabemos, pero pidió que te recibiéramos, y nosotras cumplimos con lo que Érika nos pide.

No puede distinguir cuál de las dos habló. Ahora las dos están al pie de la cama. Se han vuelto a poner la bombacha, el corpiño y el *déshabillé*. Benavides sigue desnudo. Se siente en inferioridad de condiciones. Ve que su ropa está tirada en el piso. Solange y Karina lo ayudan; primero lo limpian, luego buscan el calzoncillo y la camisa. Una le coloca el calzoncillo; la otra, la camisa. Entre las dos le ponen el pantalón. Después Karina se ocupa de calzarle la media y el zapato izquierdo; Solange hace lo mismo con la media y el zapato derecho. Parecen dos madres diligentes vistiendo al pequeño hijo que está a punto de ir a la escuela.

—Listo, Érika te espera —anuncia Solange.

O tal vez fue Karina quien lo dijo. Poco importa, las dos desaparecen con la misma rapidez con la que habían aparecido. Benavides está a punto de creer que se trató de un sueño, de una fantasía. Sin embargo, ha sido tan real como la mujer que ahora está en el cuarto. Es la que le abrió la puerta. Nuevamente pide que la siga y otra vez van por el largo pasillo, rumbo a la habitación del fondo.

La mujer golpea y espera el permiso para abrir. Entran y por fin Benavides se encuentra con Érika. El decorado de la habitación no ha cambiado, ella tampoco. Érika le pide que se siente y con un gesto le ordena a la mujer que se vaya.

—¿Fuiste bien atendido? —pregunta.

Benavides dice que no tiene quejas, y confiesa que no esperaba ese recibimiento.

—Tendrás que decirme cuánto te debo.

Érika sonríe.

—Nada, es un obsequio de la casa.

De pronto, Benavides se siente un funcionario público: policía o inspector municipal que controla prostíbulos y que a cambio de su silencio le dan a un par de chicas para que lo entretengan.

—¿Por qué el obsequio? —pregunta.

—Porque vos sos quien va a contar la historia.

—No entiendo nada —confiesa Benavides.

Érika otra vez sonríe y afirma que no hay nada que entender.

—Solo escuchá —pide con el tono de quien se dispone a pronunciar un discurso largamente ensayado—: Evaristo me lo había dicho. Mucho antes de morir me lo dijo: alguna vez alguien vendrá a buscar la verdadera historia. Anunció que él no iba a estar, que iba a ser yo quien debía contarla. Hace mucho que te espero, por fin llegaste. Ahora debo contarte la historia.

—¿Qué historia? —pregunta Benavides.

—La que Evaristo pidió que te contara.

Benavides quiere irse de allí. A simple vista, parece estar frente a una vieja loca. Pero oscuramente comprende que esto es algo más grave que hablar con una loca.

—Alguien anda pidiendo datos míos —dice.

A Érika le parece natural.

—Evaristo todavía es peligroso.

Ciertamente, se trata de una vieja loca. ¿Qué peligro puede significar Meneses, a quince años de su muerte? Benavides sonríe. A los locos hay que seguirles la corriente.

—¿Peligroso por qué? —pregunta.

—Por el cuaderno —dice Érika.

—¿Qué cuaderno? —quiere saber Benavides.

—No seas ansioso, el cuaderno es al final. Antes debo contarte la historia.

V

Benavides se dispone a escuchar. Conoce algunos episodios de la vida del Comisario. Para escribir la nota que le encargara Ripoll, además del libro de la señora Anzoátegui, leyó varios artículos periodísticos que daban cuenta de las aventuras de Meneses. Sabe, por ejemplo, que era un hombre solitario, de pocas palabras, sobrio en sus comidas y más sobrio aún con el alcohol. Sabe que solía cenar en el restaurante de La Casa del Boxeador: invariablemente, un bife con ensalada de chauchas, pan tostado y queso de postre, y nunca más de un vaso de vino.

Érika prometió contarle otras cosas, pero ahora solo lo mira en silencio.

—¿Cómo comía? —pregunta Benavides.

—Mirá las cosas que preguntás —dice Érika—. Comía como todo el mundo.

Benavides imagina a Meneses en una mesa apartada, en un rincón del restaurante. La vista sobre el plato, el cuchillo en la mano derecha, el tenedor en la izquierda: a punto de cortar un trozo de carne. La ensaladera está casi vacía y el vaso de

vino por la mitad. Muy cerca del vaso se encuentra el sombrero, lo apoyó sobre la mesa, como para que le haga compañía. Benavides supone que el sombrero no está ahí solo para eso. Ha decidido que debajo del sombrero, oculta por el sombrero, se encuentra su arma reglamentaria: nunca se sabe por dónde puede venir el golpe, y hombre prevenido vale por dos.

—¿Se sacaba el sombrero? —pregunta.

Érika dice que como cualquier persona educada. Evaristo era un caballero. Benavides quiere saber si debajo del sombrero ocultaba el arma. Érika se ríe y dice que así se sentaba en La Academia, en la confitería La Academia. Promete que ya hablarán de eso. Benavides está por decirle que quiere hablar ahora, pero justo golpean a la puerta. Érika mira la hora y da orden de que entren. Aparece una mujer que no tiene aspecto de prostituta, sino de mucama. Trae una bandeja en sus manos y sobre la bandeja se distingue una tetera y una taza. La mujer coloca la bandeja junto a Érika y se marcha sin decir una sola palabra. Érika llena la taza y lo bebe de un solo trago. Benavides supone que a Érika le gusta el té frío.

—¿Te gusta el té frío? —pregunta.

Érika dice que no, que no soporta el té frío.

—El que bebiste no estaba muy caliente.

Érika dice que eso que ha bebido no era té. Era ron, y el ron se bebe frío.

Ron disfrazado de té. Érika quiere ocultar que bebe alcohol. Benavides no entiende ante quién lo quiere ocultar. Ante él seguro que no, porque le acaba de confesar la verdad. ¿Habrá alguien espiando?

—No entiendo —dice Benavides.

Érika le pregunta qué es lo que no entiende.

—Eso de beber ron como si fuera té.

—Porque alguna vez bebí té como si fuera ron —dice Érika. Se sirve otra medida y nuevamente la bebe de un tra-

go—. Fue en El Avión. Así se llamaba un salón bailable o *boîte* danzante, como mejor te guste, que estaba en Pedro de Mendoza, en La Boca. Trabajé un tiempo allí, yo era una pen-deja y comenzaba a abrirme camino. Los tipos venían solos o en grupos. En las mesas estábamos nosotras; a veces éramos dos, a veces tres en cada mesa. Cuando los puntos pasaban los invitábamos a sentarse, a que nos hicieran compañía. Había que verlos, decían dos o tres boludeces y se sentaban como si fueran los reyes del mambo. Ahí mismo aparecía el mozo y preguntaba qué iban a tomar. Por lo que pedían te dabas cuenta si tenían mosca: un *whisky* importado era un buen cliente; una cerveza, un rata.

Benavides imagina a los bailarines: traje cruzado, zapatos negros, camisa blanca y corbata con nudo corazón. El pelo cargado de gomina y un bigote finito, que apenas se recorta sobre el labio. A Érika no la imagina, basta con que recuerde la foto que ella misma le mostró. Las fotos mienten, lástima grande que no sea verdad tanta belleza. Aunque alguna vez fue verdad. Alguna vez Érika tuvo dieciocho años y alguna vez fue la muchacha de la foto. Ahora Érika, no aquella sino esta, le cuenta que a los clientes se les servía lo que pidieran: *whisky*, ginebra, cubana sello verde o sello rojo, caña quemada, cualquier cosa menos ron. El ron se reservaba exclusivamente para las bailarinas.

—¡Los litros de té frío que habré tomado! —dice.

—No entiendo —dice Benavides.

—Las etiquetas decían ron, pero adentro tenían té frío. ¿Entendés ahora?

Pero lo que Benavides no entiende es por qué Érika le hace esas confesiones, ¿a dónde quiere llegar? Lo piensa, pero no se lo pregunta. Aunque no ha bebido nada siente un ligero mareo, esa sensación entre desprejuiciada y agradable que se experimenta luego de la tercera copa de *whisky*. Por un instante, se imagina

como un cliente de El Avión. Mira la cara de Érika y la ve tal como era sesenta años atrás. Érika era bella y Benavides aún no había nacido. Se perdió lo mejor de la fiesta; ahora debe contentarse con escuchar las confesiones de una vieja loca.

—Y entonces decidí hacer el cambio.

—¿El cambio? —pregunta Benavides.

—No me prestás atención —dice Érika.

Es cierto, pero no puede reconocerlo. ¿Cómo decirle que aunque no bebió una gota está borracho?

—No entendí el final, eso es todo —dice.

—Cualquiera lo entiende —dice Érika—, antes bebía té en envase de ron, ahora bebo ron en envase de té. Siempre creí que los periodistas eran rápidos, que pescaban las cosas al vuelo.

Benavides está a punto decirle que no todos, pero Érika continúa hablando:

—El Avión fue una buena escuela. A las que recién se largan, yo les aconsejo que hagan esa práctica. Es mejor que ir yirando por la calle. Estás protegida y podés conseguir buenos clientes. En El Avión solo podíamos bailar, no permitían ni un besito en la mejilla. Por ahí alguno te acariciaba el culo, como al descuido, pero no pasaba de eso. Éramos perfectas damas de compañía. Bailábamos dos o tres piezas, cuatro cuando más, y con cualquier excusa pedíamos volver a la mesa. Entonces de nuevo aparecía el mozo, venía con otra botella para nosotras y otra vuelta de lo que ellos habían pedido.

Benavides siente que debe defender a los bailarines de traje cruzado y zapatos negros.

—Eso era una estafa.

—¿Qué sos? ¿De la Liga de Defensa del Consumidor? —se burla Érika—. Cuando algún cliente protestaba, aparecía el más urso de los mozos, un gorila. Le explicaba que así eran las leyes de la casa: volver a la mesa significaba el fin del ser-

vicio. Estaba escrito en la etiqueta de la botella, en letra chica, pero estaba escrito. Los otarios entretenidos por nuestras tetas jamás lo leían. La mayoría se aguantaba el chubasco, pero en la segunda vuelta bailaban las veinte piezas. Se hacía matorador. Se ponía jodido si te tocaba un punto con mal aliento: estábamos cara con cara y los tipos no paraban de hablar. Es cierto que entre tanta charla aparecía la posibilidad de vernos a la tarde siguiente. Si nos interesaba, arreglábamos precio y lugar de encuentro. Se puede decir que éramos nosotras las que elegíamos, aunque más de una vez fui al pedo. Yo no los esperaba más de media hora. Ese era mi límite, después me iba al cine. Casi siempre a ver dibujos animados, me encantan los dibujos animados.

Benavides la imagina sola en el cine, riéndose con *Tom y Jerry*. ¿Se habrá reído con los mismos dibujos que se reía él? Está a punto de preguntárselo, pero no lo hace.

—¿Meneses te conoció en El Avión? —pregunta.

Érika lo mira fijo.

—Además de lento, sos desmemoriado, ya te conté cómo lo conocí.

—Pero solía visitar cabarets —dice Benavides.

—Sí. Después de un atraco gordo los chorros buscan putas con quien gastar algo de la guita que embolsaron. Evaristo contaba con un buen número de batidoras.

—Y seguramente se iba a la cama con ellas.

—No con todas, pero a más de una le habrá hecho el favor.

Érika lo ha dicho con orgullo. Ahora se sirve otra taza de té, que en realidad es ron, la bebe de un trago y se queda en silencio, esperando. Benavides pregunta:

—Y Fetiche, ¿qué podés decirme de Fetiche?

Érika no se inquieta.

—¿La peruana? —pregunta—. ¿Esa peruana que cantaba? Verso, puro verso.

—Pero algo te tuvo que haber contado —insiste Benavides.

—Evaristo era bien macho, no contaba sus asuntos con minas.

—Pero a vos...

—Conmigo hablaba de cosas importantes.

Benavides aprueba con un gesto.

—Hablame de ustedes dos —pide—. ¿Cómo era con vos?

Érika entrecierra los ojos. Puede ser a la búsqueda de recuerdos o como consecuencia del ron, disfrazado de té. A Benavides no le interesa resolver ese enigma, solo se dispone a escuchar lo que Érika va a contarle. Sigue sin entender para qué diablos está allí, pero algo superior a él, a sus propias decisiones, lo obliga a quedarse frente a esa mujer que ahora, con los ojos entrecerrados, dice:

—Me quería de verdad. Era un hombre de respeto.

—Así suele llamarse a los mafiosos —dice Benavides.

Érika lo mira otra vez fijo, pero sin disimular el desencanto.

—No entendés nada, creo que no sos el elegido.

Benavides comprende que está a punto de quedarse sin historia. Una buena oportunidad para saludar a Érika e irse para siempre de ese lugar. Sin embargo, casi en tono de súplica pide que continúe. Érika asiente y comienza a contar, le habla de aquella comida con los mafiosos, a la que había ido con Malva, cuenta cómo llegó la policía, de qué modo Malva se quebró y cómo Meneses las dejó ir. Benavides advierte que Érika lo está relatando casi con las mismas palabras con que lo contó la primera vez. Se le ocurre que repite un relato que ha memorizado o que le han obligado a memorizar. No bien Érika termina su narración, Benavides pregunta:

—¿Y después qué?

—Después volvimos a vernos. Evaristo arregló todo para volver a verme. Vos sabés que si los canas quieren encontrarte te encuentran. Evaristo me encontró. Se apareció con

el cuento de que yo tenía que hacerle un trabajo. Primero pensé que andaba buscando una mamada o algo de eso; pero no, me necesitaba para enganchar a un chorro, un estafador de poca monta. Le pregunté si me podían hacer boleta, y me dijo que me quedara tranquila: los estafadores casi nunca van armados.

—Te estaba usando.

—Sí, pero era una excusa para verme; me di cuenta enseguida.

«El largo brazo de la ley», piensa Benavides.

—¿Se lo dijiste? —pregunta.

—¿Estás loco? Ciertas cosas deben callarse. Si se lo decía corría peligro de no verlo más, y yo quería verlo. En ese momento jugué una carta brava: «Ahora estamos a mano», le dije. Él negó con la cabeza y dijo que de ninguna manera, yo tenía que estar lista todas las veces que me necesitara. Lo había atrapado. Lo confirmé algunas semanas después. Yo estaba en casa, sola. Entonces vivía en Villa del Parque, lejos de mi centro de actividades. En mi casa no recibía a nadie, salvo a alguna amiga o alguna compañera de profesión, siempre y cuando no se notara cuál era esa profesión. Faltaba poco para las doce de la noche y sonó el timbre. Me sobresalté por la hora y más aún me sobresalté al mirar por la mirilla y ver quién estaba del otro lado de la puerta.

A Benavides no le cuesta imaginar la escena.

—¿Solo? —pregunta.

—No, si iba a venir con la guardia real. Solo, claro —responde Érika—. Tenía el sombrero sobre la frente y aun así se le notaba el gesto de cansancio. Abrí y no esperé a que lo invitara a pasar. Buscó un sillón y se dejó caer. Por fin se quitó el sombrero, lo arrojó a un costado y dijo que necesitaba algo fuerte. Le acerqué un vaso con *whisky* y mientras él lo bebía, comencé a acariciarle suavemente la cabeza.

Benavides piensa que al destino le agradan las repeticiones.

—Según Lucas —dice.

—¿Lucas? —lo interrumpe Érika—. ¿De dónde salió ese tipo?

—El de los Evangelios —aclara Benavides—. Lucas cuenta que Simón el Fariseo invitó a Jesús a comer. Estaban los dos en la casa de Simón cuando de pronto aparece una mujer pecadora, una puta para entendernos, y sin decir palabra, con su llanto moja los pies de Jesús, luego usa sus cabellos para secarlos y por último los unge con un perfume que había llevado para la ocasión. Jesús perdona los pecados de esa mujer que, algunos aseguran, era María Magdalena.

Érika no disimula un gesto burlón.

—Mirá —anuncia—, yo no soy María Magdalena y te aseguro que Evaristo no era Jesús. Esas son puras historias, lo que yo te cuento es real. Evaristo había llegado hecho mierda, andaba necesitando a alguien que lo consolara y entonces se acordó de mí. Por eso tocó el timbre y por eso me contó lo que me contó. Desde aquella noche, yo me convertí en su única confidente. Evaristo podía hablar tranquilo, sabía que de esta boca no iba a salir una sola palabra.

Benavides niega moviendo la cabeza.

—Ahora me lo estás contando —dice.

—No porque tenga ganas. Evaristo me lo pidió. Dijo que alguien vendría a recoger la historia.

Benavides le pregunta por qué Meneses estaba hecho mierda.

—Por un procedimiento —continúa Érika—. Mejor dicho, por lo que pasó en ese procedimiento. A Robos y Hurtos llegó el aviso de que se había producido un asalto en una casa de Villa Devoto. Rodear la casa y reducirlos fue cosa de nada. Evaristo entró con cuatro de sus hombres y no hubo que disparar un solo tiro: los dos chorros, eran solo dos, tenían

un cagazo que ni te cuento. Habían encerrado al dueño de casa en el baño. La esposa del dueño y su hija, una chica de no más de doce años, estaban en un rincón del *living*. Madre e hija abrazadas, llorando. Parecía natural..., el susto, los nervios, esas cosas. Sin embargo, algo no encajaba: ¿por qué no estaban encerradas en el baño? Evaristo lo averiguó y ahí supo por qué lloraban. La mujer le contó lo que había pasado. Primero los chorros encerraron a toda la familia, con el aviso de que si gritaban los bajaban a tiros. Mientras uno de los chorros se ocupaba de desvalijar la casa, el otro abrió la puerta del baño y les ordenó a las mujeres que lo acompañaran; cuando te apuntan con una pistola no hay modo de negarse. Llevó a la madre y a la hija hasta un pequeño lavadero. Apoyó la punta de la pistola en el ojo izquierdo de la mujer y le dijo que no se moviera por nada del mundo, que al menor movimiento se le escaparía un tiro. Después se dirigió a la hija, la pobre chica estaba aterrada. «¿No querrás que mate a tu mamá?», le preguntó. La chica negó con la cabeza. «Bueno, entonces me vas a chupar la pija», le ordenó y se bajó el pantalón y el calzoncillo. La chica miró a la madre, al único ojo que se veía de su madre, pero ese ojo no supo darle ninguna respuesta. Entonces el hijo de puta le dijo que si mataba a la madre también tendría que liquidarla a ella. «Boluda, te vas a morir por no hacerme caso», dijo; puso su mano derecha sobre la cabeza de la chica, le puso la pija en la boca y le obligó a que se la chupara. Tuvo un solo gesto de bondad: «No es necesario que te tragues la huasca —dijo—, podés escupirla a un costado». ¡Hay que ser hijo de puta! La madre de la pendeja apretada a la pared, con una pistola apoyada sobre su ojo izquierdo, y la pendeja arrodillada chupándole la pija a ese recontraaguacho. Acabó rápido, se levantó el calzoncillo y el pantalón y volvió al *living* con las dos mujeres hechas mierda. Eso fue lo que le contó la pobre mina a Evaristo. Él pidió que

le señalara al hijo de puta. Después lo encaró; al turro le temblaban los dientes. Evaristo le preguntó cuál era la pistola que había usado. El hijo de puta se la señaló. Evaristo la levantó, comprobó que estaba cargada y la metió en el bolsillo de su saco. Luego se dirigió a la mujer y le preguntó si la casa tenía fondos. La mujer dijo que sí, que tenían un jardincito y que creía que por ahí habían entrado. Entonces Evaristo agarró al hijo de puta de un brazo y prácticamente lo arrastró hasta el jardín, le dijo que iban a hacer un reconocimiento. Un rato después se oyeron tres tiros. Evaristo volvió al *living* con su .45 en la mano. «Intento de fuga —le dijo a los otros canas—, me sacó la pistola del bolsillo e incluso llegó a disparar; tuve que reducirlo». Hicieron el informe, no había nada que discutir, y a la medianoche de ese mismo día vino a mi casa, buscando consuelo.

Benavides lo entiende: había liquidado a un tipo.

—No entendés nada —dice Érika—, a Evaristo, ese hijo de puta le importaba un carajo. Pensaba en las dos mujeres, en la madre y en la hija. Se preguntaba si alguna vez podrían quitarse esa carga de encima. Bebía el *whisky* y entre sorbo y sorbo repetía que ese hijo de puta les había cagado para siempre la vida.

Benavides asiente.

—El chorro les había cagado la vida para siempre —dice—, y Meneses se la quitó al chorro, también para siempre.

—Fue un intento de fuga —repite Érika.

—Eso te lo podés creer vos —la interrumpe Benavides—, yo no.

Érika se pone de pie.

—También te lo vas a creer vos, si no, no sigo.

Benavides levanta la mano derecha.

—Un intento de fuga —jura.

Érika vuelve a sentarse.

—¿Y después? —pregunta Benavides.

—Después nos fuimos a la cama. Ahí comprobé una cosa. Tenía aspecto de toro bravo, ¿viste?

Benavides dice que solo lo vio en fotos, pero por las fotos, sí, parece un toro bravo.

—Bueno —continúa Érika—, el toro bravo era de piel suave, tenía piel suave, daba gusto acariciarlo. Aquella primera vez le encajé un chupón en el brazo izquierdo, casi a la altura del hombro. Ese fue mi sello. Me ocupé de renovárselo cada vez que nos íbamos a la cama; así, hasta el último día, y mirá que fueron años. A Evaristo le gustaba llevarlo, era nuestra marca secreta. Esa primera vez me dijo «Negrita», justo cuando estaba acabando. Desde entonces para él ése iba a ser mi nombre.

Benavides recuerda que la piel, el color blanco marfil de la piel, había sido una de las cosas que le impactaron de Érika. Era como si jamás en su vida hubiera tomado sol.

—¿Negrita? —se asombra—, vos no tenés nada de negra. Érika ríe.

—Y vos te quedás solo con lo de afuera. Hay muchos modos de ser negra. Eso únicamente lo supo ver Evaristo, por eso Negrita era el nombre que mejor me cabía, pero exclusivamente para él. No permitía, ni permito, que nadie más me llame así. A él le decían el Pardo Meneses, yo era la Negrita Érika; como si hubiéramos nacido el uno para el otro.

La Negrita y el Pardo, a Benavides le cuesta creerlo. Sin embargo, le pide que continúe, quiere saber qué pasó después.

—Después llegó la mañana —dice Érika—. Cuando me desperté, Evaristo no estaba. Lo busqué por la casa, quería decirle que como él ninguno, y no mentía: ningún hombre me había hecho acabar así, y mirá que por entonces ya me había encamado con un montón de tipos. Pero el guacho se había ido. Sobre la mesa de luz había dejado unos pesos, como

quien paga por los servicios prestados. Esa fue la primera y única vez en mi vida que me sentí mal por ser puta.

Benavides está a punto de decir algo, pero Érika lo detiene con un gesto.

—Y lo sigo siendo, es hora de trabajar.

Benavides no puede creer que haya alguien capaz de acostarse con esa vieja. Hay gente para todo.

—Espero que vuelvas pronto —pide Érika—, porque la historia sigue.

Benavides afirma con movimientos de cabeza.

—Volveré —promete.

VI

En los últimos quince días, Benavides esperó en vano la llamada de Laura. En más de una ocasión pensó en regresar al prostíbulo y organizar una fiesta con Solange y con Karina, o con cualquier otra puta que estuviera dispuesta a consolar a un hombre abandonado; en definitiva, para eso están. Pero tal vez Solange y Karina solo eran una excusa. A Benavides le cuesta aceptar que Érika es lo único que de verdad le interesa. ¿Porque es la biógrafa oficial de Evaristo Meneses? ¿O por ese misterioso cuaderno que prometió entregarle al final de la historia?

El Comisario solo fue el tema de una nota. Esas notas y la corresponsalía del periódico *La Provincia* son el medio de vida de Benavides. Una vez por semana debe enviar a Las Palmas de Gran Canaria noticias locales, con sabor local, y varias veces al mes tiene que escribir notas referidas a diferentes temas. No bien se publican y las cobra, se olvida de ellas. También el anónimo lector las olvida, porque nunca nadie llamó para pedir sus datos. Ahora, después del artículo sobre Meneses, se repiten las llamadas. ¿A quién le puede

importar el Comisario? Benavides no tiene respuesta para esa pregunta. Tiene hambre, decide dejar la respuesta para otro momento y se dirige a la cocina, pensando en un par de huevos fritos. Diez minutos más tarde, los huevos están en el plato y él se dispone a mojar el pan en la yema, pero justo en ese instante suena el timbre del teléfono. Deja el trozo de pan a un costado del plato, va hacia el *living* y levanta el auricular. Es Ripoll.

—Tengo una nota exclusiva para vos —dice.

Benavides quiere saber cuál será el tema. Ripoll hace un corto silencio, como para aumentar la expectativa, y finalmente anuncia:

—Los prostíbulos de Buenos Aires. Están prohibidos, sin embargo, igual que las farmacias, hay más de uno en cada barrio —ríe de su chiste.

Benavides asegura que le van a dar un premio a la originalidad. Lo siente mucho, pero no le interesan ni los prostíbulos ni la nota. Está a punto de colgar y volver a los huevos fritos, pero Ripoll no se rinde; quiere saber la razón de esa negativa. Ahora es Benavides quien hace un corto silencio, se ha propuesto sorprender a Ripoll.

—No me gusta que me amenacen —dice.

—¿Amenazas? —se sorprende Ripoll—. ¿Qué amenazas?

Benavides no se molesta en contestarle. Solo quiere saber cuántas llamadas hubo y qué decían cuando llamaban. Ripoll pide que se calme. Asegura que hubo una sola llamada, que no fue de amenaza.

—Llamaron para pedir tus datos. No se los di y nunca más llamaron.

Benavides no le cree, pero decide que no vale la pena insistir. Tendrá que averiguar por qué Ripoll le oculta esas llamadas. Hablan otro par de minutos de temas sin importancia y por fin se despiden cordialmente. Benavides vuelve al plato.

Ahí continúan los huevos fritos, esperando a que le mojen el pan. Alguna vez escribió que huevos fritos con papas fritas es lo primero que piden aquellos que, por cualquier circunstancia, han pasado varios días sin probar bocado. Así lo escribió: «sin probar bocado». Podría haber escrito «sin comer», pero aquella vez, recuerda ahora, le pareció que «sin probar bocado» resultaba más dramático que «sin comer», daba mayor idea de hambre. Aunque en su plato faltan las papas fritas y él no ha pasado varios días sin probar bocado, igual moja el pan en la yema como si ese fuera un acto trascendental, el mejor momento de su día. Mastica la miga impregnada de yema. Está tibia, casi fría. No es lo mismo. Maldice la llamada de Ripoll y de pronto advierte que hay algo oscuro detrás de esa llamada. Ripoll se jacta de producir notas originales, todo lo relacionado con prostíbulos y prostitutas hace tiempo que ha pasado a ser un lugar común, ¿por qué entonces se le ocurrió pedirle ese lugar común? La repuesta surge de inmediato: Ripoll sabe de sus encuentros con Érika. Benavides deja los huevos fritos y se dirige hacia el teléfono. No se puede confiar en nadie, murmura, mientras disca el número de Eugenio. Teme tropezar con un contestador telefónico, pero es Eugenio quien atiende.

—¿Por qué carajo se lo contaste? —pregunta Benavides.

Eugenio pide que se calme. Quiere saber qué pudo haber contado y a quién.

—A Ripoll —dice Benavides, sin calmarse—. Lo del prostíbulo, lo de Érika y todo lo demás.

Eugenio le recuerda que Ripoll está lejos de ser uno de sus confidentes. Dice que solo lo llama cuando lo necesita para algo y asegura que hace más de dos semanas que no lo necesita para nada. Benavides le cree, Eugenio no tiene por qué mentir.

—¿Entonces quién se lo contó?

—¿Por qué no se lo preguntás a Ripoll? —sugiere Eugenio.

Benavides reconoce que no es mala idea. Le pide disculpas por el arrebato, se dispone a cortar, pero Eugenio le habla de Érika, quiere saber si volvió a verla. Benavides está a punto de decir que sí, pero decide mentir: no hay ningún motivo para que sus charlas con Érika se hagan públicas. Eugenio sugiere volver al prostíbulo, a ver a esa vieja loca. Benavides coincide con ese juicio, corta y regresa a lo que quedó de los huevos fritos. Comprueba que ahora están definitivamente fríos, los tira al tacho de la basura y pone el plato sucio en la pileta de la cocina. Va hasta el *living* y se deja caer sobre el sillón. A veces lamenta haber dejado el alcohol, esta es una de esas veces. Un *whisky* o una ginebra podrían ayudarlo a pensar. Si no fue Eugenio quien se lo contó a Ripoll, tuvo que haber sido una de las chicas del prostíbulo. Pudo haber sido la propia Érika. Benavides imagina a Ripoll en la habitación de Érika, escuchando y anotando todo lo que ella le cuenta. Se levanta de un salto, va hasta el teléfono y marca un número. Después de pasar por los diferentes filtros («¿Quién le habla?», «Voy a ver si está», «Ya lo atiende») oye la voz de Érika.

—Por fin llamaste —dice.

Benavides le explica que estuvo muy ocupado, que no tuvo un minuto libre. A Érika no parece preocuparle tanta actividad: solo quiere saber cuándo piensa ir. Benavides asegura que pronto y dice que quiere hacerle una pregunta.

—¿Qué le contaste a Ripoll? —pregunta.

—¿Ripoll? —repite Érika—. ¿Quién es Ripoll?

Benavides le explica quién es. Érika se ríe. Le recuerda que ellas dan nombres falsos y lo mismo hacen los clientes.

—Si vino, vaya a saberse qué nombre dio.

Benavides dice que él dio su nombre verdadero.

—Vos sos diferente —dice Érika.

Ese privilegio no calma a Benavides.

—¿Qué le contaste de Meneses y de mí? —pregunta.

Ahora es Érika quien se indigna.

—De Evaristo solo hablo con vos —dice—, y de vos no hablo con nadie. ¿Queda claro?

Benavides entiende que va por mal camino. ¿Por qué no optar por algo más lógico y sencillo? Decide que todo ha sido fruto de la pura casualidad. Ripoll se acostó con Solange y con Karina, y seguramente la pasó mejor de lo que él mismo esperaba. Luego llegó el momento del descanso: los tres desnudos sobre la cama. Ahí fue cuando Solange, a la izquierda de Ripoll, le preguntó a qué se dedicaba. «Soy periodista», dijo Ripoll. ¿Por qué dijo la verdad? Porque sabe que ante las putas, los periodistas, igual que los policías, despiertan una extraña sensación de odio y respeto. No bien Ripoll dijo que era periodista, Karina se echó a reír y recordó que unos días atrás habían atendido a un periodista. Ripoll, por pura curiosidad, pidió que lo describieran y de inmediato descubrió que se trataba de Benavides. Karina dijo que había ido a buscar datos sobre un comisario retirado, y a Ripoll ya no le quedaron dudas.

Imaginar este posible episodio le ha llevado a Benavides menos de un minuto. La imaginación suele ser vertiginosa. No obstante, para Érika, que está del otro lado del teléfono, ha pasado mucho tiempo. Por eso pregunta si se ha quedado dormido. Benavides dice que no, y dice que quiere ver a Karina y a Solange. A Érika le alegra que le hayan gustado las chicas, las elogia como profesionales y promete reservárselas para cuanto vaya.

—No entiendas mal —aclara Benavides—, solo quiero hacerles unas preguntas.

Érika vuelve a reír.

—Así se empieza —dice—, preguntando.

Benavides quiere saber si están hoy y se entera que estarán hasta las seis de la tarde; después tienen un trabajo afuera.

Mira el reloj y dice que llegará a las cinco y media. Le sobra tiempo para terminar la nota que debe enviar a *La Provincia*, pegarse un baño e incluso dormir una corta siesta. ¿Quiere estar descansado para una nueva sesión? Decide no dormir la siesta. Bajo la ducha piensa si de verdad importa saber quién se lo contó a Ripoll. Mientras se seca decide que no irá al prostíbulo. Sin embargo, un rato después está en la calle, buscando un taxi que lo lleve.

Lo recibe la misma mujer que lo recibió la última vez. Caminan por el pasillo en penumbras hacia la habitación del fondo. Igual que la última vez, se detienen frente a una puerta, pero se trata de otra puerta. La mujer lo invita a entrar. La habitación es muy parecida a lo poco que él recuerda de la otra habitación: luces tenues, una cama con sábanas negras y espejos distribuidos en las paredes y el techo. Karina y Solange están allí, sentadas en la cama; parecen parte del decorado. En cuanto lo ven, se ponen de pie y van hacia él. Andan sobre zapatos negros de tacos altísimos, usan un *déshabillé* corto y transparente; debajo del *déshabillé* solo una mínima bombacha. Benavides las detiene con un movimiento de manos. Explica que no ha venido para eso. Solange construye un mohín de reproche y pregunta si no ha quedado conforme.

—Quedé muy conforme —dice—. Solo vine a hacerles una pregunta.

Esto no parece preocuparles ni a Karina ni a Solange; ya están junto a él y proponen que lo que tenga que preguntar lo pregunte después. Benavides retrocede un paso y vuelve a levantar las manos. Afirma que lo preguntará ahora y agrega que tampoco ellas tienen mucho tiempo: hoy les toca un trabajo afuera. Esa información le otorga cierto poder, porque Karina y Solange bajan los brazos.

—¿Qué querés saber?

Benavides pide que le hablen de ese periodista que atendieron hace unos días, describe a Ripoll sin omitir detalles y queda esperando respuesta. Las putas que trabajaban para Meneses le brindaban toda la información que el Comisario necesitaba. Benavides está seguro de que Karina y Solange harán lo mismo con él. Pero una cosa son los deseos y otra la realidad. Karina y Solange insisten en que nada tienen para decirle.

¿Por qué creerles? La mentira es una condición natural de toda puta. Te mienten su nombre y te mienten su goce. A Meneses no le mentían.

—¿No me mienten? —pregunta Benavides.

Solange dice que no tienen por qué mentirle.

—Sos un protegido de Érika —completa Karina.

Benavides acepta que le están diciendo la verdad. Agradece a las chicas y les promete regresar cualquier día de estos. Solange lo besa en una mejilla; Karina en la otra, y se van. Se ha quedado solo en ese cuarto y no sabe qué hacer. Abre la puerta, el pasillo está desierto. Tiene ganas de golpear las manos, pero no es necesario: aparece la mujer que lo había guiado. Dice que Érika quiere hablar con él y sin esperar respuesta se encamina hacia la habitación del fondo. Benavides la sigue.

VII

Érika lo recibe de pie. Lleva un vestido negro ajustado y zapatos de taco alto, la cara maquillada, los labios pintados de rojo fuerte y pestañas postizas. Le sobran cincuenta años: lo que podría ser seductor se hace ridículo.

—¿Qué tal las chicas? —pregunta.

Benavides reconoce que muy bien.

—Pregunté y me contestaron.

A Érika no parecen inquietarle ni las preguntas ni las respuestas. Asegura que Karina y Solange son dos profesionales de verdad, de lo mejorcito que ella tiene. Benavides oye que la puerta se cierra a su espalda: la mujer que lo condujo hasta ahí se acaba de marchar. Érika le señala una silla, espera a que se siente y luego ella ocupa el sillón.

—Es hora de continuar con el relato —anuncia.

«Es hora de continuar con el relato», ha dicho Érika. Aca-so sin saberlo, pronuncia las mismas palabras que en otros tiempos y en otras tierras Scherezade repitió noche a noche. Érika está lejos de ser la princesa persa, pero igual que la princesa, cuenta historias. Scherezade lo hizo con el único fin de

salvar su vida, y logró su propósito. Érika, lamentablemente, no correrá la misma suerte. Pero aún falta para esto. Por ahora, Benavides imagina que Érika es Scherezade y comprende que a él no le queda otro remedio que ser el rey Schahriar.

—Lo habíamos dejado cuando liquidaba a ese violador.

Pero Érika no se comporta como Scherezade.

—Yo no te lo conté así —dice—. El hijo de puta cayó en un intento de fuga. Atacó a Evaristo y le costó caro. Defensa propia. En el fondo, Evaristo le hizo un favor.

—¿Un favor? —se asombra Benavides.

Érika le explica que en la cárcel no hay perdón para los violadores.

—Te puedo asegurar que salió ganando —dice—, el pabellón entero le hubiera roto el culo. ¿Vos qué hubieras preferido?

Benavides dice que no le gusta la idea de que lo maten. Érika se ríe.

—¿Y que te rompan el culo? —pregunta.

Benavides niega moviendo la cabeza y quiere saber a cuántos más, Meneses evitó que les rompieran el culo. Érika dice que por suerte no abundan los violadores.

—Evaristo era un duro —agrega orgullosa—, pero no era un gatillo fácil. Podés preguntárselo a los propios chorros.

Benavides le recuerda que están todos muertos.

—Por vejez o por enfermedad —afirma Érika.

—¿Todos? —pregunta Benavides.

Érika reconoce que algunos cayeron en enfrentamientos, pero asegura que Meneses no comandaba esos enfrentamientos.

—¿Oíste hablar de Hidalgo, José María Hidalgo? —pregunta.

Benavides tiene una vaga idea de ese nombre. No recuerda haberlo citado en la nota que escribió.

—Un compañero de Meneses —arriesga.

Érika se ríe. Dice que no pega una y le explica que Hidalgo era un chorro que no vacilaba en voltearte de un tiro si lo molestabas.

—Entre otros muchos, mató a un cabo de la 38.º, Baistroti, creo que se llamaba. El pobre infeliz estaba dirigiendo el tránsito en la garita de Rivadavia y Membrillar y bajó un segundo, a comprar cigarrillos o algo parecido. Cuando volvía a la garita vio que en la otra esquina había dos autos cruzados. Quiso averiguar qué pasaba y ahí la cagó. Hidalgo y su gente acababan de chorear a los pagadores de la Nestlé. El cabo no tuvo tiempo de sacar el bufoso. Hidalgo lo bajó de tres tiros. Baistroti, estoy segura de que se llamaba Baistroti, murió antes de llegar al Churruca. Evaristo citó a los pagadores y les mostró algunas fotos. Los pagadores señalaron a Hidalgo. El punto estaba identificado, solo había que pescarlo.

Ahora Benavides recuerda ese caso.

—Lo encontró en San Justo, en una noche de lluvia —dice. Érika lo corrige.

—No fue en San Justo, sino en La Plata; pero, sí, fue en una noche de lluvia. Llovió la mañana en que Hidalgo liquidó al cabo y llovió la madrugada en que Evaristo encontró a Hidalgo. Lo tenía entre ceja y ceja. Llegaba a la noche, cansado y sin ánimo de nada. Yo le servía una *grappa* o un *whisky* y al tercer o cuarto cigarrillo, él recién hablaba. Me contaba que a Hidalgo casi lo habían pescado durante una *razzia* en Merlo, pero el hijo de puta otra vez se le había escapado; siempre se las arreglaba para desaparecer. Una semana después, la misma historia. El procedimiento había sido en Barracas y nuevamente Hidalgo se había evaporado.

Benavides casi ve esa escena familiar: Meneses descansando en un sillón, con un vaso de *grappa* o de *whisky* en la mano. Érika de pie, junto al sillón, diligente y sumisa, espera a que el

Comisario le cuente sus hazañas. Benavides nunca tuvo una escena así con Laura. Él no bebe alcohol, pero la *grappa* o el *whisky* podrían haberse reemplazado con un vaso de leche; los duros, los ha visto en numerosas películas, también beben leche. El tema no está en la bebida, sino en las hazañas que se tengan para contar.

—¿Te contaba todo? —pregunta Benavides.

—De entrada confió en mí y yo jamás le falté a esa confianza. No te das una idea de lo bien que le hacía confiarme sus cosas.

El reposo del guerrero, piensa Benavides.

—Y por fin lo atrapó —dice.

Érika confirma que sí, que por fin lo atrapó.

—Esa noche llegó diferente.

La *grappa* o el *whisky* no fueron para consuelo, sino para festejo. Benavides imagina esos festejos: Meneses desviste a Érika. Semidesnuda, Érika se arrodilla, suelta el cinturón del Comisario y le baja el pantalón y el calzoncillo. Primero le besa los testículos; después el sexo. Ahora, como una perrita obediente, gira y se ofrece. El Comisario la penetra por atrás: el dolor se confunde con el placer.

—Venía de liquidar a Hidalgo —dice Benavides—, como antes había liquidado al violador.

Érika dice que si la escuchara con atención evitaría esos comentarios ridículos. Benavides recuerda que el rey Schahriar no hacía comentarios, solo escuchaba. Promete no interrumpir más.

—Uno de los hombres de Evaristo —dice Érika— vino con la noticia de que en un bar de La Boca había alguien que podía dar información sobre Hidalgo. Cayeron por ese bar y ahí encontraron al hombre, más borracho que una cuba. Sin embargo, los borrachos, igual que los locos, a veces dicen la verdad. El curda dijo que Hidalgo se escondía en un rancho

de La Plata, en la calle 35: Pajarito, recuerdo el número porque siempre lo juego a la quiniela. También dijo que se lo había visto por un *stud* de la zona y que a veces iba a bailar a un club de por ahí cerca. A las diez y media de la noche, Evaristo y su gente llegaron a La Plata. Primero fueron al club, había un baile, pero Hidalgo no estaba entre los bailarines. Entonces fueron hasta el rancho. Era una casa de mala muerte, perdida en medio del descampado, a cinco cuadras de la última calle asfaltada. Tuvieron que caminar por el barro porque, te lo dije, llovía a cántaros. En la casa no se movía nada, como si no hubiera nadie. Evaristo pensó que era otra noche al pedo. Se fueron para el *stud*. Ahí tampoco había nadie. Decidieron quedarse hasta la madrugada. Cerca de las cinco volvieron al rancho. Desde una de las ventanas se veía luz. Un rato después, se abrió la puerta y salió Hidalgo. Era alto y flaco, no había forma de confundirlo. Llevaba una valijita en la mano izquierda, estaba a punto de abandonar el aguantadero. Se largó a caminar bajo la lluvia, pero solo dio tres o cuatro pasos. Evaristo apareció de la nada. «¡Quedate donde estás, Hidalgo!», le gritó. El hombre le hizo caso. Se paró, pero para tirar mejor: tenía una .45 en la mano derecha. Erró dos tiros y no alcanzó a disparar el tercero: Evaristo le puso una bala en medio del pecho.

Benavides olvida su promesa de silencio.

—¡Lo mató! —dice.

Érika hace un gesto que puede ser de conmiseración o de desprecio.

—Hidalgo cayó boca arriba —continúa—. Desde el suelo pedía clemencia. Seguramente, vio a los hombres de Evaristo que se acercaban con la .45 en la mano. Hay un código entre los tiras: cuando matan a uno de ellos... pero Evaristo también los vio. Paró a su gente y ordenó que pidieran una ambulancia. Lo llevaron al Instituto General San Martín y durante

dos días, Hidalgo estuvo a punto de mudarse de barrio, pero al final zafó. Estuvo preso poco tiempo. Logró fugarse y rajó a Brasil. Allí lo bajaron en el asalto a un banco, en Santos o en San Pablo, no sé bien dónde. De lo que estoy segura es que lo bajaron para siempre, y no fue Evaristo.

Benavides hace un gesto gentil y dice que le cree. Érika ignora el gesto y dice que no le queda otra cosa que creerle.

—Te puedo contar mil historias como esta, y te las vas a tener que creer todas. Te puedo hablar de Alberto Prieto; lo llamaban el Loco. ¿Sabés quién fue el Loco Prieto?

Benavides había hablado de Prieto en su nota, pero solo de pasada, un nombre más en la lista de detenidos por Meneses.

—Sé quién fue —dice.

—Era loco de verdad—continúa Érika—, cargaba dos .45 y primero disparaba y después preguntaba; igualito que en las películas de *cowboys*; se ve que le gustaban esas películas. ¿Sabés adónde iba Evaristo a tomar un cafecito o un fernet?

Benavides no comprende la razón de esa pregunta, pero confiesa que no, que no lo sabe. Entonces Érika le habla de La Academia, cuenta que siempre se ubicaba en una mesa del fondo, se sentaba mirando hacia la puerta, con la espalda apoyada en la pared.

—Esa mesa estaba reservada para él, no había quien tuviera pelotas para ocuparla. Una vez le pregunté por qué se sentaba así, siempre en el mismo sitio y de la misma manera. Me acuerdo que sonrió y me dijo: «Los chorros también te enseñan».

Ahora Benavides comprende menos. Piensa que Érika ha comenzado a desvariar, la edad, y está a punto de ponerse de pie.

—El Loco Prieto le había enseñado eso —dice Érika.

Benavides se acomoda en la silla, dispuesto a escucharla.

—Les llegó el dato de que Prieto estaba comiendo en una cantina de Paraguay y Ecuador. Allá fueron. Evaristo se

encontró con una cuadrilla armada como para una guerra. Les preguntó por qué tanta ferretería y le dijeron que el Loco no se iba a rendir así porque sí. Evaristo ordenó que lo esperasen y entró en la cantina. El Loco estaba allí. Compartía su mesa con una pareja. Se había puesto de espaldas a la puerta y había colgado el saco en un perchero cercano. Evaristo salió a la calle y le ordenó a uno de sus hombres que con disimulo se colocara cerca del perchero. Después volvió a entrar y fue derecho a la mesa del Loco. «¿Qué tal Loco?», le dijo, como si se tratara de un amigo. El Loco giró la cabeza y no bien lo reconoció se puso pálido, intentó ir hasta el perchero, pero vio que el saco ya no estaba ahí: colgaba del brazo de un cana de civil. Se había quedado sin artillería. Entonces preguntó: «¿Qué me va a hacer, Comisario?». Evaristo le dijo que nada, que él no iba a hacerle nada, que si lo acompañaba tranquilo, sin decir una sola palabra, no le iba a hacer nada. «Acá hay gente comiendo, vamos a dejarla comer en paz», le dijo. Y así fue como uno de los tipos más peligrosos y buscados cayó sin necesidad de disparar un solo tiro. «Estaba mal sentado, por nada del mundo hay que dejar la espalda libre», me aconsejó Evaristo aquella vez.

Benavides quiere saber qué pasó con el Loco.

—Murió en Devoto —asegura Érika—. Hubo un incendio en el penal y se lo comieron las llamas; creo que fue en el año 64 o 65, no estoy muy segura de eso, pero la fecha poco importa; lo cierto es que murió.

—¿Y después? —pregunta Benavides.

—Y después, vaya a saberse. Seguro que fue derecho al infierno; no creo que Dios lo haya perdonado.

A Benavides le interesa poco el descanso eterno del Loco Prieto.

—Quiero saber qué pasó después entre ustedes, entre vos y Meneses —dice.

—Nos seguimos viendo hasta el último día.

Grappa o *whisky* y complacer al Comisario, que llega cansado y busca placer.

—¿Vos continuaste con tu trabajo? —pregunta Benavides.

—¿De puta? —completa Érika.

Benavides asiente. Entonces Érika explica que para el resto del mundo no, pero para Evaristo sí. Benavides no entiende nada.

—No entiendo nada —dice.

Érika le asegura que no es tan difícil de entender. Desde aquella primera noche con Evaristo hasta hoy, los labios de ella solo fueron de él y el cuerpo de ella solo fue para él. Benavides piensa que se trata de la peculiar fidelidad que suelen profesar algunas prostitutas: solo gozo con mi hombre, el resto es puro oficio.

—Entiendo, a Meneses lo querías, con los otros solo era trabajo.

—No entendés nada —se indigna Érika—. ¿Tengo que repetirte que cuando sos puta lo sos para siempre?

Benavides señala que sí, que no es necesario que lo repita, que ya entiende; aunque ahora entiende menos que antes.

—Seguí siendo puta, pero exclusivamente para Evaristo. No cogí con ningún otro hombre.

Difícil de creer, pero a Benavides no le queda otra posibilidad que creerle.

—¿Y Meneses qué decía? —pregunta.

—No decía nada, nunca lo supo.

—¿Qué no supo?

—Que yo era exclusivamente de él —dice Érika con orgullo, como quien levanta una bandera de triunfo.

—¿Por qué no lo supo?

Érika parece feliz de contestar esta pregunta. Habla lentamente, saboreando cada palabra.

—La primera vez que me cogió dejó unos pesos sobre la mesa de luz. La segunda vez que nos vimos, le devolví el dinero. Le dije que no pensaba cobrarle. «Yo cobro por mi trabajo, vos cobrá por el tuyo», me dijo. Fue como un cachetazo, pero en el fondo tenía razón. Acepté su plata, como si fuera un cliente más y desde ese día no tuve otro cliente que no fuera él. La guita la tengo guardada.

Benavides dice que no le cree, que parece una historia de Corín Tellado. Érika apoya sus manos en los brazos del sillón y se levanta. Benavides cree que ha terminado la entrevista, pero Érika le ordena que se quede ahí. Luego camina hacia la pared en donde está el póster de Sandro. Junto al póster hay un mueble. Benavides no alcanza a distinguir si se trata de un armario o de un ropero. Érika abre una puerta de ese mueble y regresa con una caja de madera en sus manos, parece un humidor para guardar habanos. ¿Acaso le piensa ofrecer un puro? ¿Qué tiene que ver un cigarro en esta historia? No tiene nada que ver, porque lo que Érika trae no es un humidor sino un cofre.

—Para que lo creas —dice y lo abre.

En el interior del cofre se acumula dinero argentino, sin valor. Está ordenado por nombre, importe y época. Se ven billetes de cien pesos; corresponden a la llamada serie del Progreso, aquellos que en una de sus caras mostraban la Efigie del Progreso y en la otra, el escudo nacional. Luego aparecen billetes de mil pesos, los que tenían la imagen de San Martín en una cara y la fragata *Sarmiento* en la otra. Después se ven billetes de quinientos mil pesos ley: nuevamente San Martín en una de sus caras, aunque ahora anciano; en el reverso se evoca la fundación de Buenos Aires. También hay billetes de diez mil pesos argentinos, los que de un lado tenían la imagen de Belgrano y del otro la creación de la bandera. Y hay billetes de quinientos mil australes, con la imagen del presidente Quintana en una cara y nuevamente la Efigie del Progreso en

la otra. Benavides los recuerda bien: hace poco escribió una nota sobre la moneda argentina, su evolución y caída. Aquella vez había señalado que la Efigie del Progreso de los primeros billetes se repetía en los últimos, como si nada hubiera pasado. Ahora recuerda que los australes circularon hasta 1992, justo el año de la muerte de Meneses. Si es cierto que el Comisario le pagaba a Érika por los servicios prestados, le estuvo pagando hasta el día de su muerte.

—Fuiste puta solo para él —confirma Benavides.

Lo ha dicho con rabia, todavía no entiende por qué.

—Y para el resto del mundo: madame —aclara Érika—. Tuve y tengo chicas de primera. A muchas de ellas les enseñé todo lo que saben.

Benavides piensa en Karina y en Solange, y aprueba en silencio. Érika ha cerrado el cofre y ahora lo aprieta contra su pecho. Benavides advierte un cambio en la mujer, aunque no puede precisar cuál es el cambio. Está a punto de decir algo, pero justo en ese momento, Érika gira levemente y se dirige hacia el mueble en donde estaba el cofre. Abre la puerta y lo deposita con cuidado en uno de los estantes, todo tiene el aspecto de un resignado ritual. Luego regresa a su sillón y Benavides entiende que ya es tiempo de irse. Sin embargo, no bien Érika se sienta, le pide que continúe con el relato.

—¿Y después?

—Después nada —dice Érika—, hasta aquí llegamos.

Benavides se sobresalta. Le cuesta aceptar que la historia finalice ahí.

—¿Eso es todo? —pregunta— ¿Y el cuaderno?

—Todo, por esta noche —anuncia Érika—. El cuaderno, al final.

Benavides se tranquiliza. Quiere saber cuándo siguen. Érika repite que cuando él quiera, basta con que la llame por teléfono. Ella no se mueve de ahí.

Benavides piensa en la Pitonisa: condenada a permanecer en la caverna, sentada en el trípode, dispuesta a responder preguntas. A las candidatas a pitonisa se les exigía que su vida y sus costumbres fueran irreprochables. Los tiempos cambian, piensa Benavides.

—Te llamo en un par de días —promete.

VIII

A la mañana siguiente, al levantarse, Benavides cumple con lo que parece haber ganado la categoría de un rito: comprobar si Laura por fin ha llamado. Cuando advierte que no, decide quebrar las reglas. Tiene el número del celular de ella, solo debe hallar un buen argumento que justifique la llamada. No demora en encontrarlo y le parece irrefutable. Marca el número. Laura atiende de inmediato.

—Te pedí que no llamas —dice.

—No me quedaba otra opción —explica Benavides—, ¿qué hago con el sobre?

—¿Qué sobre? —pregunta Laura.

—Llegó un sobre a tu nombre.

—Eso es imposible.

—¿Por qué imposible? Lo tengo ante mi vista. —Benavides comienza a entender que se equivocó en la elección del argumento.

—Porque nunca di esa dirección —completa Laura y corta.

Benavides llama nuevamente y de inmediato escucha la voz de Laura: «Ahora no puedo atenderlo. Por favor, deje su

mensaje». Cierra el celular, lo arroja sobre el sillón, va hasta la ventana que da a la calle y mira a la gente que pasa. Sigue con su vista a tres chicos que corren gritando algo. Antes de que los chicos lleguen a la esquina, advierte que no todo está perdido. Sin proponérselo, acaba de descubrir dónde se encuentra Laura. Sin duda, ha vuelto al departamento que compartía con una amiga. El departamento está en Belgrano y él sabe la dirección. Decide que tendrá que ir allí. Podrá seguirle los pasos, incluso, podría encontrarse con ella por pura casualidad.

Suena el teléfono. Es Eugenio. Quiere saber cómo anda, hace mucho no sabe nada de él.

—No exageres, menos de una semana —corrige Benavides y de inmediato agrega—: Estoy cargado de trabajo.

Eugenio le pregunta qué trabajo.

—Una nota sobre la eutanasia para Ripoll —miente Benavides—, y ya que hablamos de Ripoll, ¿seguro que no le contaste nada de Érika?

—¿Cuántas veces te lo tengo que repetir? —se enoja Eugenio—. Hace una pila de tiempo que no hablo con él.

Tendrá que creerle. Eugenio es su amigo y debe creerle. También debe aceptar que Ripoll jamás fue al prostíbulo de Érika. ¿Entonces cómo le llegó esa información? Cada vez que Sherlock Holmes se topaba con un enigma difícil de descifrar recurría al opio y al violín: bastaban una pipa de opio y unos acordes en el violín. Benavides nunca fumó opio, y no tiene idea de qué modo se sujeta un violín. ¿Cómo resolvía sus casos Meneses? Érika le contó que se sentaba en una mesa de La Academia, la mesa del fondo, pegada a la pared. ¿Y por qué no?, dice Benavides.

Un rato después está en la calle. Para un taxi y pide que lo lleve hasta Callao y Corrientes. Por suerte le toca un conductor silencioso. Antes de entrar en La Academia, Benavi-

des mira hacia uno y otro lado, verificando que nadie lo haya seguido. Una vez adentro va —como quien pasea— hacia las mesas del fondo y elige una que está casi pegada a la pared. Se sienta y con una ligera seña llama al mozo. Seguramente, Meneses no tenía necesidad de llamarlo, el mozo conocía los gustos del Comisario: traía el fernet minutos después de que se sentara en esa silla y colocara el sombrero sobre esa mesa. ¿Pero qué garantía hay de que se trata de la misma mesa y de la misma silla? Han pasado cerca de cuarenta años. Sin duda, los dueños de La Academia cambiaron el mobiliario, vaya a saberse adónde fue a parar la silla en la que se sentaba Meneses y vaya a saberse dónde estará la mesa sobre la que dejaba su sombrero. Debajo del sombrero, ocultada por su copa, quedaba la .45, lista para cualquier ataque. Ya no están los que podrían atacar al Comisario, tampoco está el Comisario y menos aún el mozo que lo atendía. En cuarenta años todo cambia. Benavides comprende que no tiene una .45 para ocultar bajo el sombrero; ni siquiera tiene un sombrero para colocar sobre la mesa. En este momento, el mozo le pregunta qué va a tomar. Benavides está a punto de pedirle que le traiga un fernet, pero de inmediato cambia el fernet por un café. Ahora mira cómo el mozo se marcha a cumplir con el pedido; se trata de un joven de no más de treinta años que usa un pequeño aro en la oreja izquierda. ¿Meneses también miraría al mozo? De ninguna manera, el mozo era un amigo, no revestía peligro. Meneses ocupaba su tiempo en mirar el resto del bar. Una vez que tenía todo controlado con su mirada, se distendía y comenzaba a analizar el caso que lo había llevado a ese bar y a esa mesa.

¿Meneses solo pensaba en el caso? No, seguramente Érika también ocupaba su pensamiento. Imposible no pensar en esa muchacha de casi veinte años que lo esperaba en la casa de Villa del Parque, con el vaso de *whisky* o de *grappa* listo

para que él lo bebiera, y dispuesta a cumplir con todos los caprichos que a él se le ocurrieran. ¿Cuáles serían las fantasías sexuales de Meneses? Es una buena pregunta para hacerle a Érika. El mozo pone la taza de café sobre la mesa y Benavides está a punto de preguntarle si alguna vez sirvió al Comisario. Imposible: en la época en que Meneses iba a La Academia, este mozo que acaba de servirle el café tal vez gateaba por la casa de sus padres o ni siquiera había nacido. Benavides decide no preguntarle nada. No ha venido a hacer preguntas, sino a descifrar el enigma Ripoll. ¿Quién le dijo que él, Benavides, iba al prostíbulo de Érika? Bebe un sorbo de café y recorre con su mirada el salón. Está casi desierto. En la mesa más cercana ve a un hombre concentrado en una pila de papeles, hace anotaciones y suma o resta con una maquinilla de calcular; todo indica que se trata de un corredor o de un viajante de comercio. En otra mesa, algo más lejos, ve a tres hombres que hablan animadamente; en realidad, son dos los que hablan, el tercero solo escucha. Las mesas de billar están desocupadas, salvo una en la que dos hombres disputan una partida en silencio. Ni el viajante de comercio, ni los hombres que hablan, ni los que juegan al billar revisten peligro. Benavides está seguro de que ninguno de ellos sabe que a ese bar iba Meneses, ignoran que se sentaba ahí mismo, donde ahora está sentado él, y que, en silencio, mientras bebía lentamente su fernet, resolvía el caso que lo preocupaba. Luego partía hacia lo de Érika. Allí lo esperaban el *whisky* o la *grappa* y las caricias de una muchacha dispuesta a entregarse por completo. Benavides bebe lentamente su café, pero no resuelve ningún caso. Deja unos pesos sobre la mesa y se dispone a volver a su casa, donde no lo espera ninguna muchacha dispuesta a entregarse por completo.

A lo largo del viaje se pregunta por qué diablos continúa envuelto en esta historia absurda, contada por una prostituta

más absurda que la propia historia. Un relato que resulta difícil de creer. ¿Y por qué no creerle? Es otra pregunta que se hace Benavides, no bien abre la puerta.

Todo está tal como lo había dejado. Recuerda el comienzo de un capítulo de *Playback*. Marlowe llegaba a su casa y no encontraba el mínimo cambio, como si el tiempo no hubiese pasado. Era natural que Marlowe se sorprendiese: se trata de un detective privado y por lo general los delincuentes o la policía entran en la casa de los detectives privados y revuelven todo en busca de vaya a saberse qué, depende de la novela. Pero Marlowe es un personaje de mentira; Benavides, en cambio, es de verdad. No debería sorprenderse por encontrar todo tal cual lo dejara antes de ir a La Academia. Se tira sobre el sillón, piensa en Laura, ¿por dónde andará, por qué no lo llama?, y recuerda a Érika. «Estos labios solo fueron de Evaristo», le dijo y luego de una pausa había completado: «Hasta el día de hoy». ¿Cómo debe entenderse? ¿A partir de este momento rompo mi pacto de fidelidad con Meneses? ¿Ha decidido romperlo con un periodista interesado en la vida del Comisario?

Benavides comprende que la soledad es mala consejera: hace pensar pavadadas. Meneses lleva quince años muerto y Érika está cerca de los ochenta. Una conclusión que, sin embargo, no lo tranquiliza. Es natural que señores de edad avanzada tengan fantasías con mujeres bastante más jóvenes. Y si es natural en los hombres, ¿por qué no puede serlo en las mujeres? ¿Érika pretende seducirlo? Benavides sonrío. Ahora la sonrisa se transforma en una risa fuerte y estúpida. Se levanta de un salto y piensa cómo es posible que piense tantas idioteces. Antes podía echarle la culpa al *whisky*, al vino o a la ginebra, pero ni el agua mineral ni el agua tónica, ni el jugo de naranjas ni la Coca-Cola llevan al delirio. Sabe que no tiene excusas y eso lo preocupa.

La solución podría estar en el contestador telefónico. La luz no titila: nadie lo ha llamado. En este momento necesita una mujer y no necesariamente tiene que ser Laura.

Benavides nunca fue un gran seductor, pero todavía guarda algunos nombres en su agenda de direcciones. Ana es el primero que encuentra. Mientras marca el número imagina un buen argumento que justifique la llamada. Ana seguramente mostrará sorpresa, «después de tanto tiempo». Benavides dirá alguna frase graciosa con respecto al tiempo, dirá que es una mera convención, que para él es como si no hubiese pasado.

Desde el otro lado de la línea se oye una voz masculina.

—Hola —dice la voz.

No era lo que Benavides esperaba oír. Sin embargo, no todo está perdido. Con tono impersonal y neutro, pide por Ana. La voz, que definitivamente es de hombre, repite «Ana», como si se tratara de un nombre extraño, una palabra desconocida.

—Ana Grappelli —dice Benavides.

La voz de hombre se torna amable.

—Ah, sí, Ana —dice—, hace mucho que no vive aquí.

Benavides está a punto de preguntar dónde vive ahora, pero se detiene. Dice que no sabía de esa mudanza, convencido de que la voz de hombre le dará el nuevo número de Ana. Se equivoca. La voz de hombre repite que Ana hace mucho que no vive ahí y corta.

Abandonado. Sin duda, Ana abandonó a ese hombre. Lo dejó solo en el departamento, con sus recuerdos. Ese hombre y Benavides se parecen mucho. Podría llamarlo e invitarlo a tomar una copa. Prefiere llamar a Carolina: separada, con un hijo de ocho o nueve años; era bastante travieso el chico. Precisamente, es él quien atiende.

—¿Facundo? —dice Benavides—. Dame con tu mamá.

Facundo es poco curioso. No pregunta quién llama a su

madre, pero dice que mamá no está. Te puedo dar con mi padre, agrega y sin esperar respuesta grita:

—¡Papá, aquí buscan a mamá!

Benavides corta. Carolina reconstruyó su familia. Habrán hecho terapia de pareja. Un simple cambio de escenografía, la habitación del hotel alojamiento se transformó en el consultorio del terapeuta. Las palabras tuvieron que haber sido las mismas. Todas las porquerías que Carolina le había dicho de su marido, las habrá repetido frente a su analista, con el marido presente. Es una manera de salvar a los matrimonios. El de Carolina se habrá salvado. La borra de la lista e intenta con Valeria. La tercera es la vencida, dice y marca el número. Oye la voz de Valeria y otra vez piensa que no todo está perdido. Hay un obligado intercambio de reproches («No llamaste más»; «Vos tampoco») y una vez cumplido con ese rito, comienzan a hablar como si la última charla la hubiesen tenido el día anterior. No obstante, Valeria pregunta la razón de la llamada.

Benavides admite que no hay ninguna razón, solo quería escucharte. Valeria le recuerda que lo conoce bien.

—No es tu estilo llamar solo para oír la voz del otro —señala.

La estrategia funciona. Ahora Benavides debe mostrarse derrotado: la astucia femenina quebró sus defensas. Reconoce que es cierto, que además de oír la voz de ella, quería proponerle algo. Tendrá que modificar la estrategia, porque Valeria le acaba de decir que hace mucho que sus propuestas dejaron de interesarle. Benavides carraspea y con tono algo más grave dice que se trata de una propuesta laboral. La fórmula no falla. En lugar de cortar, Valeria pregunta de qué se trata.

—Se trata de una revista mensual, bancada por un nuevo rico —responde Benavides.

—Con ganas de figurar —completa Valeria.

A Benavides le alegra esta intervención, significa que Valeria le cree. El resto es sencillo. Reconoce que sí, que ese

nuevo rico por sobre todas las cosas desea figurar. Y dice que eso no tiene por qué preocuparlos: sucede en las mejores familias y en las mejores revistas.

—Andamos a la búsqueda de una directora de arte y pensamos en vos. ¿Seguís en el diseño? —pregunta y, sin esperar respuesta, agrega que hay buena plata.

Valeria dice que sigue en el diseño.

—¿Te interesa? —pregunta Benavides.

—Podría interesarme. ¿Laura va a ser la directora de fotografía?

Las cosas salen mejor de lo pensado. Una mínima escena de celos ayuda. Benavides repite que Laura no tiene nada que ver con el proyecto.

—Hace mucho que no sé nada de ella.

Valeria quiere saber si se separaron. Benavides confiesa que fue una decisión inteligente de los dos y le pregunta si ha comido. Valeria responde que no, que aún no son las nueve. Benavides le propone comer juntos, para hablar del proyecto. Ella dice que no. De pronto un montaje armado a la perfección se derrumba sin remedio. Benavides está a punto de cortar, cuando desde el otro lado de la línea llegan las palabras milagrosas.

—Aquí tengo brócolis y espaguetis —dice Valeria—, recuerdo que te gustaban los fideos con brócoli; podemos compartir un plato.

Benavides asegura que en menos de una hora estará por allí. Llevará el vino, aún recuerda el malbec que a ella le gustaba. Aún me gusta, confiesa Valeria. Benavides alza el puño derecho, en señal de triunfo, pero Valeria no puede ver ese gesto; solo escucha: llego en media hora.

Valeria vive en San Telmo. Un antiguo edificio de departamentos, primer piso, por escalera. Esta misma escalera que ahora Benavides está subiendo; lleva una botella de malbec

y aún no ha decidido en qué momento le dirá que lo de la revista es una farsa. Piensa que no hay por qué adelantarse: cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa. En principio tocar el timbre, igual que en los viejos tiempos. Nunca tuvo llave. Fue de común acuerdo: él no tenía llave del departamento de ella, ella no tenía llave del departamento de él. Evitaban la incomodidad de entrar y encontrarlo en la cama con otro, o con otra, todo dependía de quién abriese la puerta. Incluso era de buen tono llamar antes de ir. Benavides siempre cumplió con esa normativa; Valeria, a veces se olvidaba. Pero todo eso corresponde a otros tiempos. Hace mucho que se separaron, solo se han encontrado dos o tres veces en algún cóctel o cosa parecida; entonces se trataron con la cordialidad del caso, sin reproches.

Benavides toca tres timbrazos cortos y el cuarto más largo. Esa era su señal. Oye que alguien se acerca y de pronto piensa que tal vez está acompañada, suele ser amiga de cuanto marica encuentra por el camino. Lo invitó a comer un plato de fideos con brócoli, pero no dijo cuántos más compartirían su mesa. Ella se habrá quedado en la cocina y mandó a su amiguito a abrir la puerta. Benavides ensaya una sonrisa mundana, que se transforma en una sonrisa franca ni bien ve que es Valeria quien abre.

—No olvidaste el código —dice.

Lleva un vestido suelto y mantiene la costumbre de ir descalza por la casa. Benavides le asegura que hay otro montón de cosas que tampoco olvidó; le da un beso en la mejilla y recorre el *living* con la mirada: Valeria está sola. Ahora lo invita a que se ponga cómodo y se dirige a la cocina. Regresa casi de inmediato. Trae un sacacorchos y dos copas. Le pide que abra la botella y regresa a la cocina. Benavides descubre que muy poco ha cambiado desde la última vez que estuvo allí y confirma que solo serán ellos dos. Abre la botella y sirve vino para ella.

Ahora se acomoda en el sillón. Ahí mismo hicieron el amor por primera vez. Aquella noche ambos habían bebido vino. Él había ido para ver unos dibujos de Valeria. Trabajaban en la misma revista y le pareció natural que ella lo invitara a ver sus dibujos. Luego de unas copas, Benavides fue generoso en los elogios, tal vez algo exagerado, pero ya se la imaginaba en la cama y esa circunstancia justificaba la desmesura. No fue en la cama, sino en este mismo sillón en donde ahora aguarda a que Valeria regrese. Las dos copas están sobre la mesa ratona y a veces, piensa, segundas partes pueden ser buenas, aunque en este caso la copa de él solo tenga agua mineral.

Valeria anuncia que comerán en menos de diez minutos. Benavides le alcanza la copa de vino y alza la suya, vacía. Le pide cualquier líquido que no contenga alcohol.

—Lo he dejado —dice.

A Valeria no parece importarle ese cambio, aprueba en silencio, va hasta la cocina y regresa con un botellón lleno de agua.

—Beberé sola. ¿Cómo está Laura? —pregunta.

No es una pregunta inocente y tiene dos lecturas posibles: establecer un muro infranqueable o dejar el campo libre para que Benavides se tome libertades. Benavides elige tomarse libertades.

—Supongo que bien —dice.

Valeria pone cara de inocente y con voz acorde al gesto, pregunta si está de viaje, uno de esos *tours* fotográficos que tanto la entusiasman. Benavides confirma que Laura está en Buenos Aires.

—Nos separamos —afirma—, es la segunda vez que te lo digo.

Ella aprueba con un gesto que tal vez significa «yo te lo había dicho». Un gesto diferente al que hizo cuando Benavides le anunció que él y Laura, «bueno, vos me entendés», dijo

entonces, y le faltó añadir «hay cosas del corazón que la razón no comprende», para completar el lugar común. Aquella vez, Valeria hizo un gesto de derrota; ahora, en cambio, hace un gesto de triunfo. Solo resta que se encamine hacia el sillón, y todo será como antes; se pone de pie.

—Temo que los fideos se pasen —dice y vuelve a la cocina.

Los fideos están a punto. Laura ha dejado de ser tema de conversación. Benavides elogia la habilidad de Valeria para preparar pasta con brócoli. Ella explica que el secreto está en los ajos, en la calidad de los ajos, en la cantidad de dientes que se utilizarán, y en el aceite, oliva, extra virgen, en donde se freirán esos ajos. Benavides piensa en el mal gusto que quedará en la boca de ambos: besarse va a ser una indudable muestra de amor.

Pero antes de eso, quiere saber en qué consiste esa revista de la que le hablara Benavides. Es el momento de la sobremesa.

—Los grandes negocios se llevan a cabo en las sobremesas —se burla Valeria.

Benavides festeja la broma y comienza a inventar una revista pensada para un público específico: profesionales y empresarios, de real poder adquisitivo, clase media alta con un buen nivel de lectura, notas centradas en temas actuales, con grandes producciones fotográficas.

—Eso corre por cuenta de Laura —admite Valeria.

—Laura no está en este proyecto —repite Benavides.

—Al menos no lo está esta noche —concede Valeria, y pregunta si quiere café.

Benavides afirma con un movimiento de cabeza y de pronto se le cruza la imagen de Érika sirviéndole un *whisky* a Meneses. La borra de inmediato y dice que sí, que un café le vendría de maravilla. Valeria se pone de pie y comienza a recoger los platos.

Benavides la ayuda y juntos van hasta la cocina. Ella amontona los platos en la pileta, Benavides hace lo mismo con las copas. Piensa que es como en los viejos tiempos y está a punto de decírselo, pero Valeria habla antes. Quiere que le cuente más de la revista.

—¿Qué más te puedo contar? —dice Benavides—. Necesitan una buena directora de arte, y pensé en vos.

Valeria tiene el tarro de café en las manos.

—¿Pensaste en mí? —repite en tono de burla.

Benavides imita el gesto de un caballero gentil y asegura que no hace otra cosa que pensar en ella. Valeria dice que es un pésimo actor, que no le cree. Benavides jura que no miente y hace dos movimientos perfectamente sincronizados: primero le quita el frasco de café, luego la besa. Ahora están abrazados, pero siguen en la cocina. Benavides supone que irán hacia el sillón del *living*. Se equivoca: ella lo toma de la mano y lo conduce al dormitorio. Han quedado de pie, junto a la cama. Benavides le quita el vestido. Valeria le desabrocha los botones de la camisa y le baja el cierre del pantalón. Un rato después están desnudos, ahora sobre la cama, la ropa ha quedado desparramada en el piso. Es el momento de las caricias. Ella le está besando el pecho y muy pronto llegará hasta su sexo. «Felipe», lo llamaba en aquellos días. Benavides cierra los ojos. Si Valeria lo mirase en este momento pensaría que es un gesto de placer. Sin embargo, más que de placer es un gesto de rabia. La trama de la historia ha cambiado abruptamente: «Felipe» no se muestra vigoroso y varonil como debería mostrarse.

—¿Qué te pasa? —pregunta Valeria.

—Nada, no me pasa nada —dice Benavides.

No puede decirle que desde hace un rato Érika se ha metido en su cabeza: la ve desnuda, un cuerpo flácido, cubierto de arrugas.

—Ya me di cuenta de que no te pasa nada —dice Valeria—, pero ¿por qué?

—No sé por qué —dice Benavides.

Ahora siente que Érika está sobre él y siente que mientras le pasa sus tetas fofas por el pecho le murmura cosas que él no alcanza a entender.

—Laura, ¿verdad? —dice Valeria, y más que una pregunta es una afirmación.

—No, te juro que no —dice Benavides.

¿Cómo explicarle que una puta octogenaria se ha pegado a su cuerpo, si ni él mismo lo entiende?

Valeria y Benavides están tirados sobre la cama, desnudos. El sosiego después de un vertiginoso momento de amor. Solo que en este caso no hubo vértigo. Ella opta por el silencio y Benavides piensa que también él deberá quedarse callado; sin embargo, habla. ¿Con qué palabras se justifica la impotencia? Un buen argumento pueden ser los profilácticos. Viste, los putos condones, dice, cuesta acostumbrarse. Valeria es comprensiva y dice que no se haga problemas, que suele pasar. Pero en estos casos la piedad no ayuda. Benavides asegura que no es así, que a él jamás le pasa.

—Entonces es mi culpa —dice ella e intenta levantarse de la cama.

Benavides la retiene.

—No es tu culpa. Es mi problema.

—¿La revista? —pregunta.

—Érika —dice Benavides.

—Otra mujer —murmura Valeria y nuevamente intenta levantarse de la cama.

Benavides se lo impide.

—Tiene casi ochenta años —dice.

—¿Ahora te interesan las perversidades? Eso es nuevo.

Benavides comienza a reír, no puede evitar una carcajada fuerte, tranquilizadora. Le pregunta si sabe quién fue Meneses y antes de que Valeria responda, le cuenta la nota que tuvo que hacer para Ripoll, ¿te acordás de Ripoll?, dice y continúa con su relato. Ahora no se ríe, pero su narración tiene el tono de una carcajada, de una suerte de risa silenciosa, grosera. Valeria nunca lo había visto de este modo. No se atreve a interrumpirlo, a preguntarle «¿Qué te pasa?», porque sabe que no la escuchará. Benavides no para de hablar, cuenta cómo es el cuarto de Érika y luego la describe a ella, minuciosamente. Dice cómo es el prostíbulo de Nueva Pompeya que Érika regenta y explica cómo y por qué él llegó hasta allí, pero omite la pequeña orgía que vivió con Solange y con Karina, tampoco es obligatorio narrarlo todo. Ahora parece más calmo.

—¿Por qué me contás esto? —pregunta Valeria.

—No sé, tal vez porque se trata de otro mundo; algo que no conocés.

—Es cierto, no suelo visitar prostíbulos y menos aún los de Nueva Pompeya. ¿Qué tienen que ver Érika, Meneses y el prostíbulo con la revista que piensan editar?

—Nada, pero tenía que decírtelo —reconoce Benavides. Le da un corto beso, se aprieta a ella y comienza a acariciarla. Cierra los ojos y de pronto descubre que está acariciando una piel fofa, cubierta de arrugas. Siente que está con Érika, pero no con la muchacha de la foto sino con la vieja que lo recibe en el prostíbulo y le cuenta historias de Meneses. Deja de acariciar a Valeria y se queda boca arriba, los brazos al costado del cuerpo y la vista clavada en el techo. Valeria se levanta.

—Voy a preparar café —dice.

Benavides le agradece el gesto y comienza a buscar su ropa. El pantalón a un costado de la cama, la camisa en el otro costado. Las medias, lejos de los zapatos. Se viste lentamente, con la ropa puesta está algo más tranquilo.

Valeria se puso una bata. Sobre la mesa del *living* hay dos tazas.

—Aún está caliente —anuncia y señala el café.

Benavides lo bebe de un trago y se propone ampliar otras cosas de la revista. Valeria coloca su taza sobre la mesa y señala que se ha hecho tarde, que mejor lo dejan para otro día. Benavides nota cierto desprecio en las palabras y en los gestos. Tal vez es el momento de revelarle que esa revista jamás existió, que era una simple excusa para irse a la cama con ella.

—Tengo algo que confesarte.

Valeria ha perdido interés por las confesiones de Benavides.

—Me lo confesás otro día —dice y le da un beso corto, de despedida.

IX

Desde su frustrado encuentro con Valeria, Benavides lleva una vida de asceta. Una corta vida, en realidad: de ese encuentro a hoy solo han pasado cuatro días. No fueron días de vino y rosas: la mujer que había prometido llamarlo no lo llamó y resultó un fracaso su encuentro con la mujer que alguna vez fue su pareja. Benavides piensa que nunca debió separarse de Valeria. ¿Qué hubiera sucedido, si para aquella nota en la caballeriza de San Isidro en lugar de una fotografía hubiesen enviado a un fotógrafo? Valeria y él continuarían viviendo juntos, y él no estaría pendiente del llamado telefónico que prometiera Laura. Pero Benavides proclama que las cosas suceden a pesar de uno, y no cree en el azar. Está seguro de que aquella tarde, Laura fue a la caballeriza porque así estaba determinado. Fatalmente, tenía que encontrarse con él para que, algunos días después, la buscara con la excusa de que quería ver cómo habían quedado las fotos. Al tercer encuentro terminaron en un oscuro hotel alojamiento de Almagro. Laura le habló de su amistad con Andrés, un odontólogo de La Plata que solía venir a Buenos Aires, y

Benavides le habló de Valeria. Aparentemente, a Benavides no le preocupó la presencia de Andrés y a Laura tampoco le inquietó la presencia de Valeria. Acordaron que mantendrían una relación abierta, libre de preguntas y más allá de las parejas. ¿Esto también estaba determinado? Es difícil precisarlo, porque cuatro semanas después Benavides le dijo a Laura que no soportaba compartirla. Era una frase hecha, cercana al lugar común, pero rigurosamente cierta. Laura sonrió y dijo: «¡Qué tierno!». Benavides pasó por alto ese tono, que le pareció de burla, y le anunció que se separaría de Valeria. Tardó menos de un mes en cumplir con su promesa y supuso que Laura haría lo mismo con Andrés. Fue una suposición correcta, porque una semana más tarde, Laura se instalaba en el departamento de Benavides. Estuvieron juntos hasta que Laura dijo: «Yo te llamo», y se fue con los pocos bultos que había traído. Así son las cosas, piensa ahora Benavides, y piensa que no todo está perdido: aún le queda Érika. Levanta el auricular del teléfono y se dispone a realizar la llamada. ¿Va a llamar porque quiere acostarse con una de las chicas? A Benavides no le interesan esas chicas. Es otro el motivo de la llamada: quiere encontrarse con Érika. ¿Quiere acostarse con Érika? No, por favor, al menos no con esta Érika, Benavides no ha llegado a ese grado de perversidad: solo quiere hablar con ella. Necesita que le siga narrando la historia. Aún no sabe por qué, ni alcanza a comprender para qué.

Benavides solo escribe por encargo, con temas y medidas establecidas, a tanto la palabra. El relato de Érika no le reportará ningún beneficio, nadie se lo encargó. Para colmo, escribirlo puede resultar peligroso. Aunque Ripoll lo niegue, Benavides está convencido de que ha recibido amenazas. ¿Pero a quién puede importarles en estos días la vida, pasión y muerte del comisario Meneses? A Benavides, por ejemplo. Pero quién le importa: ¿Meneses o Érika? No puede quitarse

a esa mujer de la cabeza. Las fotos que le mostró en el primer encuentro, una de esas fotos en especial, lo persigue sin descanso. Le cuesta creer que esta vieja pintarrajeada pudo haber sido aquella muchacha bellísima.

Benavides continúa con el auricular en la mano. Por fin, marca un número, pero no es el de Érika sino el de Ripoll. Hace más de una semana que no habla con él. Piensa que tal vez ahora le diga la verdad. Atiende la secretaria. Le informa que el señor Ripoll ya se fue y no cree que vuelva.

—¿Por qué cree que no volverá? —pregunta Benavides.

La secretaria demora un instante en responder; por fin, dice que porque terminó con sus tareas y una vez que se va casi nunca vuelve, pero mañana podrá encontrarlo a primera hora, asegura y está a punto de cortar.

—Por favor, dígame quién llamó para mí y qué dijo.

La secretaria ahora no demora en contestar; asegura que nadie lo llamó.

—¿Por qué lo iban a llamar aquí, Benavides?

Está seguro de que se trata de una respuesta de compromiso. Sin duda, Ripoll le ordenó que no le dijera nada. No vale la pena atemorizarlo por una amenaza anónima. Ensaya una voz gruesa y segura.

—Tranquila, no le temo a las amenazas. ¿Qué fue lo que dijeron?

La secretaria repite que nadie lo llamó ni para amenazarlo ni para invitarlo al cine. Le avisa que tiene una llamada por la otra línea y corta.

Está como al principio, o peor. Ahora es cuando debería olvidarse definitivamente de Érika, pero en lugar de olvidarse disca su número de teléfono. Tal vez más tarde se arrepienta, en este momento solo quiere oír la voz de esa mujer.

—Sabía que ibas a llamar —oye.

¿Lo reconoció o es lo que le repite a todos los que llaman? A Benavides no le preocupa ese interrogante. Le anuncia que va para allá.

—Te espero —murmura Érika, en un tono que puede llevar a confusiones.

Benavides le pide al taxista que se detenga una cuadra antes. Falta muy poco para las tres de la tarde; el barrio se ve desierto, como si a esa hora todo el mundo hubiera decidido dormir la siesta. Él, por el contrario, necesita estar más despierto que nunca: en los cien metros que lo separan de la casa debe organizar una estrategia adecuada, hacer que tenga sentido, que resulte lógico que él esté allí, este día y a esta hora. Cuando toca el timbre descubre que no ha organizado nada, que caminó igual que un autómatas: un robot programado para llegar hasta esta puerta y escuchar pacientemente lo que Érika le relate.

La encuentra en el mismo sitio de siempre y con la misma pose de siempre. Se pregunta si alguna vez saldrá de ese cuarto. Recuerda que sí, que la vio salir. Entonces se pregunta si alguna vez sale a la calle. Imagina que esa mujer ha resuelto encerrarse, está seguro de que tomó esa determinación el mismo día en que murió Meneses. El Comisario para siempre en una tumba, la puta para siempre en esta casa que, según se mire, puede resultar una tumba. Sin embargo, Érika sigue viva. Ahora mismo se dispone a continuar con su relato, pero Benavides se anticipa.

—Las fotos —dice y antes de que Érika pregunte qué fotos, agrega—: esas fotos que me mostraste la primera vez.

Érika le recuerda que en esas fotos no está Meneses.

—Estás vos —señala Benavides.

Érika mueve levemente su cabeza, a uno y a otro lado. Benavides piensa que es un gesto negativo, pero de inmediato comprende que aquello que parecía ser un gesto negativo se ha transformado en un gesto complaciente, casi tierno.

—A vos te interesa Evaristo —recalca Érika—. Estás aquí por Evaristo.

Benavides asegura que ella también le importa. Esto a Érika no parece preocuparle mayormente. Se pone de pie y camina hacia un rincón del cuarto. Él la sigue con la mirada, ahora ve que regresa con algunas fotos en la mano. Se las entrega. Benavides se detiene en una en particular: Érika, de cuerpo entero, con un vestido liviano, sonríe a la cámara o a quien en ese momento está junto a la cámara. ¿Le sonreía a Meneses? Piensa preguntarlo, pero desiste de inmediato. Poco importa a quién le sonreía. A él seguro que no: cuando tomaron esa foto él ni siquiera había nacido. Pero ahora está ahí, frente a la mujer que aquella vez sonrió para la cámara. En este momento, la mujer también sonríe. Sin embargo, ni es la misma mujer ni es la misma sonrisa.

—¿Me la puedo quedar? —pregunta Benavides.

Érika quiere saber para qué.

—¿La vas a llevar en la billetera? ¿O es para un reconocimiento?

Benavides guarda la foto en el bolsillo superior del saco. No sabe por qué se la pidió, tampoco sabe qué hará con ella. Por ahora, solo le basta con saber que la tiene, se siente bien por eso.

Érika hace el gesto de quien recuerda y señala que esa foto se la tomaron la vez que estuvieron a punto de matarlo.

—¿A quién? —pregunta Benavides.

Érika se sorprende:

—¿A quién va a ser? A Evaristo.

Meneses había elegido una profesión riesgosa. Se supone que la muerte, el riesgo de que te maten, es una constante para cualquier policía. Benavides recuerda que el Comisario solía ir al frente de sus hombres, por lo que ese riesgo crecía considerablemente. Son las leyes del juego. Es hora de continuar con el relato.

—Te escucho —dice Benavides.

—Recuerdo bien el día —dice Érika—, fue el 17 de octubre de 1959, ya no era más fecha patria. Evaristo llegó cansado, al principio creí que venía con ganas de que le hiciera masajes. Mis masajes lo dejaban como nuevo, con el «relax final», así le dicen ahora a la mamada. Pero no, en cuanto le vi bien la cara, me di cuenta de que venía con una preocupación: yo sé mucho de eso. Le pregunté qué le pasaba. «Me sentenciaron, Negrita», dijo y se sirvió una buena medida de *whisky*. Pensé en un juez, ¿viste que en cuanto te dicen «sentencia» enseguida pensás en un tribunal, en jueces, en abogados, en esas cosas? Cinco o seis meses antes, dos chorros batieron que Evaristo los torturó, que los había picaneado, en los sótanos del Departamento Central. ¿Quién puede creerse semejante bulo? Un juez lo creyó, hay jueces para todo, y procesó a Evaristo. No pasó de ahí, lo sobreyeron pocas semanas después. Por eso, no entendí un carajo cuando anunció que lo habían sentenciado. Pregunté si era por esos chorros y me avisó que no. «No, Negrita —dijo—, es un asunto serio». Entonces me contó que al jefe de Robos y Hurtos de la bonaerense le había llegado el dato de que el Zurdo Fuentes, Osvaldo Giugiaro, Armesto y Sixto Juárez se habían asociado para liquidarlo. Los cuatro eran de la pesada en serio. Llevaban cargado a más de un pollo gordo, liquidar a Evaristo les daría más prestigio. Evaristo conocía muy de cerca a dos de ellos: a Giugiaro y al Zurdo Fuentes. Giugiaro no se iba con chicas; una vez se enganchó con una mujer casada, y la loca no tuvo mejor ocurrencia que decirle que temía por el marido, que si el marido se enteraba la iba a cagar a golpes. Giugiaro le dijo que se quedara tranquila: tres días después encontraron el cadáver del cornudo; estaba en un zanjón de Florencio Varela, con tres balazos en el estómago y otros tres en las pelotas. ¿Te vas dando cuenta? Evaristo conocía a dos de ellos, pero

no tenía ni puta idea de cómo calzaban los otros dos. Buscó sus prontuarios y supo que Armesto y Juárez eran tan o más pesados que el Zurdo y Giugiaro. Entonces pasó varios días estudiando sus fotos. Una vez que las caras de Armesto y de Juárez se metieron en su cabeza, guardó los prontuarios y se dedicó a esperar.

Benavides pregunta si a esperar que lo mataran. Érika mueve la cabeza, casi en actitud comprensiva.

—Vos seguís sin entender —se lamenta—. ¿Qué querés que hiciera? ¿Salir a buscarlos sin saber por dónde carajo andaban? Un buen cazador sabe esperar. Aquella noche tuvimos un 17 de octubre especial, lo atendí con mis mejores modos y no se habló más del asunto. Pero las cosas aparecen cuando menos las buscás. Dos semanas después de aquel polvo histórico, la Policía de Mendoza telegrafió a Robos y Hurtos: andaban detrás de un chorro, creo que le decían el Periodista.

Benavides dice que se llamaba Hernández, le decían el Periodista y también el Escribano. Érika pregunta de dónde sacó esos datos. Benavides dice que lo leyó. Érika se sorprende, quiere saber dónde lo leyó.

—*Meneses contra el hampa*, así se llama el libro —dice Benavides—. Hay un capítulo que cuenta esto mismo que me estás contando.

Érika sonríe.

—¿Vos te crees todo lo que te dicen los libros? —pregunta.

Benavides le recuerda que ese lo escribió Meneses. Érika ya no sonríe, ahora no disimula un gesto de asco. Recuerda que por ese libro, Evaristo se comió un juicio. Benavides señala que también sabe eso. Le reclamaban derechos de autor o, si querés, de autora: fue una mujer quien le hizo la demanda. Érika parece no haberlo escuchado, asegura que ese libro estuvo mal parido y por primera vez pronuncia el nombre de Yderla Anzoátegui. «Esa guacha», dice.

No hay duda de que Érika odia a la señora Yderla Anzoátegui. ¿Celos? ¿Un posible romance entre Yderla y Evaristo? No, el odio de Érika va más allá de un simple conflicto de alcoba. Entre las muchas variables, Benavides elige una: Érika no soporta que Meneses le haya contado la historia de su vida a otra mujer. Sin embargo, es casi seguro que Meneses conoció a Érika antes que a la señora Anzoátegui; por lo que también es casi seguro que Érika haya sido la primera en recibir esas historias. ¿Por qué el odio entonces? Porque si bien es cierto que Érika pudo haber sido la primera destinataria de esas historias, también es cierto que no podía contárselas a nadie: debía mantenerlas en secreto, tan en secreto como su relación con Meneses. Años después de confiárselas a Érika, Meneses le contaría esas historias a la señora Anzoátegui. El Comisario y la señora Anzoátegui tuvieron que verse numerosas veces, muchas tazas de café y muchos cigarrillos. No es difícil componer la escena: Meneses narra sus experiencias mientras la señora Anzoátegui tomaba nota. El mundo conocería la epopeya del Comisario por boca de la señora Anzoátegui; su vocera oficial, su evangelista. Esto es realmente lo que no soporta Érika. No obstante, le queda un consuelo: la señora de Anzoátegui demandó a Meneses. Ahora es Érika la única vocera del Comisario y en este momento le cuenta la historia a Benavides para que él escriba, por fin, el libro verdadero.

—La policía de Mendoza —continúa Érika— envió el prontuario de ese tal Hernández. Se suponía que estaba guardado en una casa de la avenida Maipú al 300, en Vicente López. Evaristo pidió una foto del chorro, por aquello de estudiarla bien y metérsela en la cabeza. Una vez que llegó la foto, y que se la metió en la cabeza, fue a rondar por la avenida Maipú al 300. No le costó mucho deducir que el punto estaba en una pensión.

Benavides la interrumpe. «En el 314 de Maipú», dice. «Así está en el libro», agrega, y de pronto comprende que cometió un error: ahora Érika se va a indignar y seguramente cortará su relato.

No lo corta.

—Un lunes muy temprano —continúa—, Evaristo y otros cuatro oficiales aparecieron por ahí. Era un hotelucho de mala muerte. Evaristo le mostró la foto de Hernández a la dueña y la mina aseguró que no lo conocía, que ese tipo nunca había estado allí. Por supuesto, Evaristo no le creyó. Preguntó cuántos pensionados tenía. La mina dijo que ocho, «toda buena gente. Este es un hotel familiar». Evaristo le creyó menos. Dijo que quería verlos a uno por uno. Tenía un tono de voz firme, categórico. La dueña de la pensión se hizo a un lado, para darle paso. Golpearon la primera puerta. Abrió un hombre semidormido, un viejo de más de setenta años que llevaba un pijama grueso, sucio y gastado. Evaristo le habló bajo, le pidió que no se asustara y le recomendó que siguiera durmiendo. Entonces golpeó la puerta de al lado. Ahí encontró a una pareja, también gente mayor; vio que se estaban haciendo un mate cocido sobre un Primus; tenían pinta de todo, menos de chorros. Les comentó que se trataba de un reconocimiento, que no se alarmaran y que ojo, que estaba por hervir el agua. Dejó a la pareja y golpeó la tercera puerta. Abrió una mujer joven, teñida de rubia, llevaba una bata y tenía un peine en la mano. A Evaristo su sexto sentido jamás le fallaba. Olió que ahí había algo. Miró hacia la cama y vio a un hombre acostado, en calzoncillo y camiseta. El hombre deslizó su mano derecha por debajo de la almohada. Evaristo pegó un salto y lo detuvo antes de que el punto pudiera agarrar la pistola.

—¿Pescó a Hernández? —pregunta Benavides.

Érika dice que fue más que eso, fue una pesca más grande.

—El tipo de la cama, esa pobre criatura que solo llevaba calzoncillos y camiseta, no era otro que Juan José Armesto, uno de los turros que pensaba cargarse a Evaristo. Bastaron un par de cachetadas para que el hijo de puta contara la historia de su vida, con lujo de detalles.

Benavides piensa que, después de todo, ese Armesto no era tan fiero como lo pintaban, pero no hace ningún comentario, prefiere preguntar por Hernández.

—¿Qué pasó con Hernández? —pregunta.

Érika asegura que la dueña de la pensión no había mentido.

—Hernández nunca estuvo allí. Fue como un milagro, como un mensaje divino: desde Mendoza le dieron los datos para que encontraran a un tipo. Evaristo va, no lo encuentra, pero encuentra a uno de los cuatro turros que querían matarlo. Decime si no es para creer en Dios.

Benavides no tiene ganas de complicarse en discusiones teológicas. Quiere saber por qué estaba Armesto en esa pensión. Érika anuncia que ahora viene lo mejor.

—Junto con los otros tres hijos de puta, estaban planeando un asalto en un banco del barrio, y el asalto justamente iba a ser ese día. ¿Te das cuenta? Servido en bandeja. Armesto cantó todo: los otros tres lo iban a llamar por teléfono a la pensión para decirle el sitio exacto del encuentro. Armesto y la mina que estaba con él salieron como dos ovejitas rumbo a Moreno 1550. Evaristo le dijo a la dueña de la pensión que alguien iba a llamar preguntando por Armesto. La vieja tenía que decirle que el señor Armesto se estaba bañando, pero que le había pedido que le dijeran a ella dónde se iban a encontrar. Los boludos cayeron como chorlitos. Le dijeron a la vieja en qué esquina se iban a encontrar y a la hora que se iban a encontrar. La vieja batió todo.

Benavides dice que fue fácil, pero Érika lo desmiente de inmediato.

—Para nada. No siempre Dios está con los buenos. Los guachos habrán olido algo raro, porque por ahí no apareció nadie. Aparecieron por donde Evaristo menos los esperaba: desde atrás de un coche. El primer tiro levantó el cascote de la pared. Los guachos tenían una artillería de primera, pero Evaristo con la .45 era imparable. En realidad, con las .45, porque cargaba dos. El Zurdo Fuentes fue el primero en caer y cayó para no levantarse más. A Juárez le fue mejor: bastó un balazo en el hombro para que se entregara. Giugiario rajó, pero no tardaron mucho en encontrarlo: estaba detrás de la pared de un potrero. La bala de Giugiario le agujeró el sombrero a Evaristo. Un poquito más abajo y le agujeraba la cabeza. Evaristo tiró de inmediato.

Benavides recuerda que eso lo leyó en el libro.

—Ahí Meneses cuenta que en el primer disparo le falló el percutor.

Érika ríe.

—Es mentira. Lo dijo para crear suspenso. Te aseguro que Evaristo tenía sus armas perfectamente cuidadas, jamás fallaban. Que te lo cuente Giugiario: cuando terminó todo cargaba siete balas en el cuerpo.

Benavides aprueba con un gesto y señala que Giugiario alcanzó a pedir perdón, le pidió perdón a Meneses. Érika pregunta de dónde sacó ese dato. Benavides insiste que está en el libro, que ahí también leyó que Giugiario rogó que le dieran un cigarrillo. Meneses se lo puso entre los labios y se lo encendió, porque el infeliz no podía moverse. Parecía una escena de película.

—¿Cómo podés creerte esas boludeces? —interrumpe Érika.

—Eso no es todo —continúa Benavides—, además leí que cargó en sus brazos a Giugiario y lo llevó en su coche al hospital más cercano. A lo largo del viaje, Meneses pensó en ese

pobre tipo que había elegido el mal camino y «se había transformado en un ser despreciable y peligroso para la sociedad», exactamente le habló con esas palabras.

Érika pregunta si de verdad se creyó esa historia.

—Está en el libro, Meneses lo cuenta —insiste Benavides.

—No te creas todo lo que te cuentan —dice Érika—. No hubo ni cigarrillo ni perdón. Los muertos ni fuman ni piden perdón. A Giugiaro lo habían acribillado y a Evaristo lo único que le importaba era el agujero que ese hijo de puta le había hecho en el sombrero. El resto es puro verso, cosas de la Anzoátegui. Esa boluda no conocía la calle, no tenía ni puta idea de lo que es la calle.

Érika y la señora Anzoátegui jamás podrían ser amigas.

—El mismo día que liquidó a quienes pensaban liquidarlo, Evaristo apareció por casa —continúa Érika—. No se veía radiante, no lo hacía feliz matar gente. Me lo contó todo. Recuerdo que mientras él me lo iba contando yo me iba calentando.

—Entiendo —interrumpe Benavides—, la indignación, la bronca.

—No entendés un carajo —se burla Érika—, tenía ganas de cogérmelo ahí mismo. Me fui desnudando muy despacio y cuando estuve en bolas me acerqué y me refregué contra él. «Negrita loca», dijo. Empecé a desvestirlo. Él se reía. Me puso su sombrero en mi cabeza. Así fuimos hasta la cama. El resto, imaginátele.

Benavides se imagina el resto y apoya su mano derecha en el bolsillo superior del saco, ahí mismo en donde ha puesto la foto de Érika. ¿Siente celos de Meneses? La idea le parece ridícula. Sin embargo, debe hacer un esfuerzo terrible para no sacar la foto del bolsillo, piensa que tendrá tiempo de verla en su casa. Mira el reloj y se pone de pie. Anuncia que se le ha hecho tarde. Érika también se para. Todo parece haber vuelto

a la normalidad. Caminan hacia la salida. De pronto Érika se detiene.

—Ahí está —dice y señala a su derecha—, Evaristo me lo regaló aquella noche.

En la semioscuridad, Benavides distingue un perchero del que solo cuelga un sombrero negro. Desde donde está es imposible comprobar si tiene o no un agujero de bala. Piensa ir hacia el perchero, pero se detiene antes de dar el primer paso.

—Un buen recuerdo —dice en un tono de voz que pretende ser irónico y termina siendo penoso.

X

Primero la coloca en la pizarra de corcho que está sobre la pared, a corta distancia del monitor de la computadora. La sujeta con una chinche de cabeza roja. Benavides posee chinches con cabezas de diferentes colores. No sabe por qué ha elegido el rojo, tal vez porque se distingue mejor. Ahí queda la foto, junto a la factura del gas, a la factura de la luz, a un aviso de vencimiento y a un papel con un número de teléfono. Esa es la razón de la pizarra de corcho: recordarle pagos, vencimientos y números de teléfono. Mira la foto por algunos minutos y decide que no es un sitio digno de ella. La quita de ahí y piensa que un lugar adecuado puede ser el monitor de la computadora, sujeta al borde de la pantalla por medio de una cinta adhesiva. Busca la cinta, pero antes de encontrarla también renuncia a ese sitio. El lugar perfecto es la biblioteca, en el quinto estante de la biblioteca que está en la pared opuesta. Ahí coloca la foto, la apoya sobre el lomo de *La canción del verdugo*. Cuando Benavides esté frente a la computadora, podrá mirarla de una sola manera: girando levemente la cabeza hacia la izquierda. Érika, en cambio, lo mirará siempre. Benavides sentirá la mirada de

ella en todo momento. Cuando Laura vuelva (porque Benavides piensa que finalmente volverá) le va a preguntar por esa foto. «¿Quién es esta mujer?», querrá saber. Alguna vez la foto de Laura estuvo en ese sitio; ella misma se la llevó cuando se fue. Mucho antes, el día que vino a vivir con él, quitó de allí la foto de Valeria. Era una manera de tomar posesión, casi el gesto animal de ocupar territorio. «¿Quién es esta mujer?», repetirá Laura cuando vea la foto de Érika. Es posible que Benavides haga un gesto apático y diga algo así como «Vos no la conocés» o tal vez pregunte: «¿Tanto te importa?». Todo esto, claro está, en caso de que Laura regrese y, nuevamente instalada en casa de Benavides, pregunte por esa mujer de la foto. Aunque solo fuese por curiosidad, Laura hará esa pregunta. Pero hay que tener en cuenta que es una fotógrafa profesional, por lo que de inmediato descubrirá que la foto que está sobre el estante de la biblioteca, apoyada sobre el lomo de *La canción del verdugo*, es de vieja data. Por consiguiente, la pregunta «¿Quién es esta mujer?» tendrá otro significado. Aunque no vale la pena buscarle nuevos significados, ya que todo eso sucederá si Laura regresa y ese regreso, por ahora, solo es una fantasía de Benavides.

En cambio, las amenazas que Ripoll se empeña en ocultarle no son fantasías. Va hasta el teléfono y lo mira por un buen rato, está pensando si llama o no, finalmente decide que sí. Atiende el propio Ripoll y se alegra de oírlo, dice que estaba seguro de que iba a repensar lo de la nota. Le pide que no sean más de diez mil caracteres, la necesita para el viernes a más tardar.

—No te llamo por eso —le aclara Benavides y cree oír una tos nerviosa—. Quiero saber si hubo nuevas amenazas.

—¿Amenazas? Cortala con eso, ¿Por qué te van a amenazar?

Ripoll habla con tono festivo, casi alegre, insiste en que no hubo ninguna amenaza, que no hay motivos para amenazar a nadie. Benavides dice que sí, que hay motivos, y le recuerda la nota que escribió acerca de Meneses.

—No bien salió, comenzaron las amenazas.

Ripoll se ríe.

—Meneses ya fue, solamente a vos te puede interesar el Comisario. ¿Estás por escribir su biografía?

Benavides insiste en que no está escribiendo ninguna biografía. Ripoll repite que no tiene de qué preocuparse y le pide que se ponga a trabajar con la nota acerca de los prostíbulos.

—Lo voy a pensar —promete Benavides y cuelga.

Ahora se dirige hasta el cuarto de baño, se mira en el espejo y no consigue ver miedo en su cara. Sin embargo, tiene miedo. ¿Miedo a lo desconocido? Tal vez. Él no sabe quién puede estar haciendo esas llamadas, tampoco sabe por qué razón las hace. Vuelve al *living* y busca la revista en la que salió su nota. Se tira sobre el sillón y la lee. Es un texto intrascendente, una elemental biografía del comisario Evaristo Meneses que no se diferencia en nada de las que hasta ese momento se han publicado. «¿Por qué a mí?», se pregunta y de inmediato se le ocurre que tal vez también amenazaron a los otros periodistas que se ocuparon del Comisario. Un loco que está atento a todo lo que se publica sobre Meneses y que, no bien sale, llama al autor de la nota o al medio que la ha publicado. Es probable. Tendría que ubicar a los autores de esas notas y preguntárselo. «Leí su trabajo sobre el comisario Meneses, ¿sufrió amenazas luego de haberlo publicado?». Incluso podría formarse una suerte de asociación que agrupase a los periodistas amenazados; de ese modo, el amenazador anónimo pensaría bien antes de hacer una nueva llamada. ¿Pero esos periodistas hablaron alguna vez con Érika? Todo parece indicar que no. Al menos en ninguna de las notas que leyó Benavides, Érika aparece citada. Por lo que ahora recuerda, solo se habla de Fetiche, aquella cantante peruana que, decían, habría tenido un romance con el Comisario. La vida sentimental de Meneses está rodeada de misterio, es un

verdadero enigma que únicamente Benavides parece conocer. ¿Pero a quién diablos le puede importar la vida sexual de Meneses? ¿Es suficiente motivo para amenazar de muerte? Benavides vuelve a leer su nota, no se habla de mujeres y menos aún de amantes, casi podría decirse que el Comisario aparece como un individuo cercano a la castidad.

Benavides piensa que podría tratarse de un mensaje cifrado. Se le ocurre que él mismo sin advertirlo y, por supuesto, sin proponérselo, utilizó en su escritura ciertas palabras que mediante una combinación secreta podrían articular otro discurso; precisamente el discurso que motiva esas amenazas. ¿Pero cuáles son esas palabras y cuál es ese discurso? Se propone encontrar una y otra cosa. Sabe que será una larga tarea, pero ha decidido emprenderla. En primer término, lee su nota prescindiendo de todos los adjetivos; no logra nada con ese método: se trata de la misma nota, algo más seca y menos enfática. Igual resultado obtiene quitando los adverbios. Tampoco consigue un resultado positivo eliminando artículos y verbos, y menos aún tachando los escasos pronombres. Ahora lee la nota de atrás para adelante y apunta algunas frases que podrían contener un doble significado, pero ni una sola de esas frases parece ser peligrosa: todas carecen de sentido. Arroja la revista a un costado y nuevamente se dirige al cuarto de baño. Vuelve a mirarse en el espejo y se pregunta si no se estará volviendo loco. La imagen que le devuelve el espejo es la de un hombre cuerdo, común y silvestre, con los ojos algo irritados, producto de tantas lecturas. En ese momento decide que la clave es Érika. Eugenio se la presentó. Corre hasta el teléfono y marca su número. Oye el mensaje del contestador. Está a punto de colgar, pero de pronto aparece la voz de Eugenio. Benavides ni siquiera lo saluda.

—Tengo que hablar con vos —dice.

Eugenio le advierte que lo está haciendo. Benavides dice que no está para bromas, que tiene que hablar con él, pero no por teléfono.

—Voy para allá.

Eugenio prometió llegar en menos de media hora. Un *whisky* aliviaría la tensión de la espera. Llena un vaso con jugo de naranja y se sienta en el sillón. Bebe un largo trago, apoya la cabeza en el respaldo y cierra los ojos. Seguramente, su amigo tiene la respuesta. Veinte minutos después suena el timbre. No bien entra en el departamento, Eugenio quiere saber la razón de tanto apuro y tantos nervios. Benavides promete que ya se lo va a explicar y le pregunta cómo conoció a Érika. Eugenio lo mira, sin disimular su asombro, pero no pronuncia una sola palabra.

—¿Tanto te cuesta decirlo? —pregunta Benavides.

—No me cuesta nada, pero esta boludez podrías habérmela preguntado por teléfono. CANCELÉ una reunión con un cliente.

Benavides asegura que no es ninguna boludez e insiste en que le cuente cómo la conoció. A Eugenio no le queda otro remedio que contárselo.

—Fue al final de una noche de joda —dice—. Éramos tres o cuatro, ya no recuerdo, y decidimos visitar un prostíbulo bizarro. Así llegamos hasta el de Érika. Hasta ahí todo normal, tres o cuatro hombres solos, sin nada que hacer, pueden provocar ese tipo de fiesta.

—¿Cómo te enteraste de lo de Meneses? —lo interrumpe Benavides.

A Eugenio no parece inquietarle la pregunta.

—Vos me lo contaste. Me dijiste que Ripoll te había encargado una nota.

Benavides le dice que no es eso lo que le pregunta.

—¿Cómo fue que Érika te habló de Meneses? A un pros-
tíbulo se va a coger, no a hablar de comisarios de la Federal.

Eugenio se ríe.

—Cierto —dice—, eso fue en la previa. Érika nos ubicó
en una pieza y un rato después comenzaron a pasar las chicas,
viste, para que las eligiéramos. Mientras las chicas pasaban,
ella dijo que había conocido al Comisario; dijo que había sido
su amante. Pero nosotros no le dimos importancia: estába-
mos interesados en la mercadería, que realmente era pobre, y
Érika nos parecía una vieja rayada.

Suena poco cierto, pero Benavides lo acepta y pregunta:

—¿Dijo que podía contarles la historia de Meneses?

Eugenio pasa su mano por la frente, como quien intenta
recordar.

—Creo que sí, que algo de eso dijo, pero como ya te ex-
pliqué: en ese momento nos interesaban las chicas, conseguir
algo digno de ser cogido.

Las cosas comienzan a verse más claras. Evidentemente,
Érika estaba buscando a un interlocutor que recogiera la his-
toria de Meneses. El Comisario le había dicho que alguien
vendría por esa historia y a ese hombre o a esa mujer tendría
que contársela. Por fin lo había encontrado a Benavides, pero
hasta que lo encontró ¿a cuántos le había propuesto la histo-
ria y cuántos la habían rechazado?

—¿Por qué pensaste que a mí me podía interesar? —pre-
gunta.

—Porque me dijiste que estabas por escribir algo referido
a Meneses.

—Ya lo había escrito —dice Benavides—, cuando me lla-
maste ya lo había escrito.

Eugenio se encoge de hombros.

—¿En qué cambia eso? No sabía que ya lo habías escrito.
Benavides no le cree.

—¿No lo sabías o te hiciste el que no lo sabías?

Eugenio se pone de pie, nervioso.

—Me parece que estás delirando. ¿Qué carajo te pasa?

Benavides con un gesto le pide que, por favor, se siente; luego suspira hondo, como quien se dispone a realizar una alarmante confesión.

—No es una vieja loca, guarda una historia terrible.

—Llena de sonido y furia —interrumpe Eugenio—. Dejate de joder.

Ahora Benavides baja la voz, como si temiera que alguien más pudiera escucharlo.

—No jodo, lo que cuenta de Meneses es cierto.

Eugenio, en cambio, casi grita.

—La única vez que fuimos dijo dos o tres tonterías sin sentido.

Benavides inclina la cabeza y en un tono de voz aún más bajo, como un niño travieso que ha sido sorprendido en una de sus travesuras, reconoce que no fue solo esa vez.

—Fui otras veces —admite.

A partir de ese momento se imagina estar en un confesionario, sabe que el padre Eugenio es un sacerdote comprensivo y sabrá perdonarlo. Por otra parte, perdonar es la condición esencial de todo sacerdote. Siempre a media voz y en tono monocorde, Benavides cuenta las veces que fue al prostíbulo; dice algo de lo mucho que le ha contado Érika y, sobre todo, carga las tintas en las amenazas que recibió Ripoll. Se detiene un instante, para ver la cara de Eugenio, pero no advierte el menor signo ni de reproche ni de perdón; tampoco de sorpresa. Eugenio se limita a mirarlo, no pronuncia una sola palabra; está ahí para escuchar. Benavides continúa su relato y así llega hasta la última visita.

—¿Te das cuenta? Me está contando la verdadera historia de Meneses.

Eugenio pregunta si eso es todo.

—Nada más, es todo —concluye Benavides—. ¿Te parece poco?

Eugenio dice que es más que suficiente.

—Una señora mayor, algo rayada, que jura haber sido la amante eterna de Meneses y que te cuenta historias aparecidas en diarios y revistas de esa época. Con eso no tenemos un caso, diría cualquier fiscal de cualquier serie policial.

Benavides no piensa darse por vencido.

—¿Y las amenazas? —pregunta—. ¿Y el cuaderno?

—¿Qué cuaderno?

A Benavides no le queda otro remedio que revelar uno de los asuntos que había decidido omitir. Hasta ese momento, la existencia del cuaderno era un secreto que compartía exclusivamente con Érika. Pero acaba de meter la pata: «¿Y el cuaderno?», preguntó y fue como mentar la sogá en casa del ahorcado. Baja el tono de voz y le habla a Eugenio del cuaderno de Meneses. Le dice que Érika le ha dicho que en ese cuaderno está la verdadera historia, la que todavía no se ha contado.

—Esa vieja loca te está tomando el pelo —afirma Eugenio.

Benavides sabe que la penitencia dispuesta por un padre confesor no se discute; sin embargo, insiste:

—Yo le creo a esa mujer —dice y va hasta el teléfono, levanta el auricular y comienza a marcar un número.

Eugenio le pregunta a quién llama.

—A ella, a Érika —dice Benavides.

Eugenio cree que se trata de una broma, pero deja de creerlo cuando escucha que Benavides confirma una cita. Ahora Benavides camina hasta donde está Eugenio y en tono desafiante informa:

—Me espera mañana, a las siete.

Entonces Eugenio dice algo que sorprende a Benavides:

—A esa hora no tengo nada que hacer —dice—, te acompaño.

XI

A las siete en punto, Benavides toca el timbre. Junto a él está Eugenio. Cuatro semanas antes el guía había sido Eugenio. Fue él quien llevó a Benavides hasta este prostíbulo y fue Eugenio quien aquella noche tocó el timbre de la puerta. Benavides recuerda que entonces vino a recibirlos un chico de once o doce años. Nunca más vio a ese chico, ¿qué estaba haciendo aquella noche en esa casa? Una casa que, por otra parte, conocía muy bien: fue ese chico quien los condujo hasta el cuarto de Érika, el querubín los llevó hasta la puta. Así conoció Benavides a Érika. Benavides nada tiene de querubín, pero ahora es él quien conduce a Eugenio. Una mujer joven abre la puerta y los hace pasar. Antes de que diga nada, Benavides le dice que Érika los espera. La mujer joven duda un instante, luego asiente en silencio y les pide que la sigan. Ella abre la marcha, Benavides y Eugenio van detrás. La mujer joven tiene un cuerpo estilizado, más que el cuerpo de una prostituta parece el cuerpo de una bailarina. Tal vez se trate de una bailarina fracasada que decidió ganarse la vida como recepcionista en un prostíbulo; es casi seguro que en poco

tiempo también ella será prostituta. La vida es dura. Al llegar al cuarto de Érika, a Benavides deja de preocuparle el destino de la mujer joven que los recibió. Ahora es Érika quien viene hacia ellos. No parece alegrarse por la presencia de Eugenio.

—¿Les busco una chica? —pregunta.

Eugenio dice que no, que solo vino a visitarla. Érika se sorprende:

—¿A visitarme?

Eugenio amplía:

—Bueno, digamos que a escucharte. También a mí me interesa la historia de Meneses.

Érika mira a Benavides. Hay algo de decepción en esa mirada. Al menos así lo entiende él. Érika le está reprochando que haya venido con Eugenio. En situaciones como estas, lo mejor es no darse por enterado. Benavides no se da por enterado, esquivo la mirada de Érika y clava su vista en el póster de Sandro.

Érika dice que no hay ninguna historia.

—Más allá de lo que les conté la primera vez que vinieron, no hay otra historia.

Eugenio señala a Benavides.

—¿Y lo que él me contó?

Érika construye un gesto que podría ser de burla o de sarcasmo

—¿Vos te crees todo lo que te cuentan?

Eugenio dice que no y señala a Benavides:

—Él sí se lo creyó.

Benavides baja la cabeza, otra vez el gesto del chico sorprendido en una travesura. Eugenio quiere saber si de verdad existe un cuaderno escrito por Meneses. Érika ha borrado el gesto de ironía o de sarcasmo. Ahora su cara solo refleja paz.

—Los periodistas son muy mentirosos —anuncia.

Benavides vuelve a mirar el póster de Sandro. Está a punto de decir algo, pero antes habla Érika:

—Dejá de imaginarte historias y mejor divertite, que para eso estás aquí. Elegí una chica, pasala bien y olvidate de ese cana que murió hace tanto tiempo.

A Eugenio parece interesarle la propuesta. Se queda un instante en silencio y después dice que le gusta la que los acompañó hasta ahí.

—Giselle —dice Érika y elogia el buen gusto de Eugenio.

Benavides deja de mirar a Sandro y mira a Eugenio. Hay rencor en la mirada: no esperaba esa elección. Para colmo, la chica tiene nombre de bailarina. Aunque no es eso lo que realmente le molesta: acaba de descubrir que Giselle se parece muchísimo a Érika. No a esta Érika que recién elogió el buen gusto de Eugenio, sino a aquella Érika, la de la foto que él ha puesto en uno de los estantes de su biblioteca. Benavides confía en que Érika diga que no, que Giselle no se dedica a eso, solo es recepcionista, pero una vez más debe rendirse a las circunstancias.

—Ahora mismo le digo que se prepare —dice Érika—, la vas a pasar muy bien.

Eugenio sonrío, Benavides también. Hay voluptuosidad en la sonrisa de Eugenio. En la de Benavides solo hay resentimiento. Érika no parece notarlo. Ahora anuncia que vendrán sus pupilas, para que Benavides elija a su gusto. Benavides está a punto de decir que está allí por otros motivos, pero no dice nada.

Érika se pone de pie y camina hasta donde está Eugenio. Lo toma de un brazo y murmurándole algo lo conduce hasta la puerta, allí se detienen. Benavides ha quedado a un par de metros, supone que lo que ha dicho Érika es gracioso u obsceno, porque ahora ve que Eugenio se ríe y mueve la cabeza en señal de aprobación. Ella levanta un brazo para señalar hacia su izquierda. Seguramente, el cuarto en donde se encuentra Giselle. No bien Eugenio se va, cierra y apoya

su cuerpo contra la puerta. Ha perdido el gesto de amable anfitriona que tenía hasta ese momento.

—¿Por qué lo trajiste? —pregunta.

—Quería venir, no podía negarme —se excusa Benavides.

Érika pregunta por qué le contó lo que ella le había contado. Benavides dice que no sabía que fuese secreto.

—Pensé que me lo contaste para que lo contara.

—¿A quién más se lo contaste?

—A nadie más —afirma Benavides.

Érika asiente, pero no borra el gesto de preocupación.

—Ese amigo tuyo, ¿es de confianza? —pregunta.

—Es de confianza —asegura Benavides y en voz más baja, agrega—: Me han amenazado.

Érika asiente con un pequeño movimiento de cabeza.

—Eso te pasa por irte de boca —dice.

Benavides insiste en que no se lo ha contado a nadie. Érika anuncia que él podrá revelar la historia cuando ella le entregue el cuaderno. Benavides quiere saber cuánto falta para eso.

—Aún nos queda el robo a Panagra —dice Érika— y el asalto al Policlínico Bancario; ahí fue donde se pudrió todo.

Benavides nada sabe del asalto al Policlínico Bancario, pero recuerda el robo a Panagra; lo ha leído en *Meneses contra el hampa*. ¿A la señora Yderla Anzoátegui también la habrán amenazado? Está a punto de preguntárselo a Érika, pero decide que eso será más adelante.

—Te escucho —dice.

Érika niega moviendo la cabeza.

—Hoy no, viniste con escolta.

Benavides asegura que no hay problema: Eugenio está con la bailarina. Érika es inflexible. Le pide que vuelva otro día.

—Vení el jueves —ordena—, solo.

Benavides mira el reloj. Esperará a Eugenio: llegaron juntos y se irán juntos. Érika hace un gesto resignado e informa que falta poco. Giselle sabe hacer su trabajo. Benavides duda, le parece que la chica es nueva en el oficio. Érika ríe con ganas.

—El padre comenzó a cogérsela no bien la nena cumplió los doce: regalo de cumpleaños. Lo mismo había hecho con las otras hijas. Después, ella siguió el camino de sus hermanitas: tuvo que abrirse de piernas a razón de cinco pesos el polvo. Vida desgraciada la de esa chica, pero en el interior de Formosa no podés pretender más. En cuanto pudo se rajó a Buenos Aires. Aquí la pesqué yo, ahora es una de mis mejores discípulas.

Benavides piensa decirle que parece una bailarina, pero en este momento alguien da tres golpes suaves sobre la puerta. Es Eugenio. No disimula su cara de satisfacción. Asegura que esa chica es una diosa y promete volver. Se despiden de Érika y un rato después están en la calle, a la búsqueda de un taxi. Eugenio palmea la espalda de Benavides, quiere saber cómo le fue.

—Bien —miente Benavides—, estuve con una ucraniana, buen material, aunque carga una historia triste: el padre la violaba.

Eugenio le da un par de indicaciones al taxista; después se dirige a Benavides.

—No le creas —dice—, todas las putas mienten. Érika, sin ir más lejos: lo que te contó de Meneses era puro verso.

Benavides aprueba, moviendo apenas la cabeza.

—Tenés razón —dice—, todas las putas mienten.

XII

Benavides entra a su departamento convencido de que Érika no miente. Aunque ella no se moleste en ofrecer testimonios por cada una de las cosas que le cuenta, él no duda de que esas cosas son verdaderas. Precisamente, la falta de testimonio es lo que le da certeza. Los mentirosos se empeñan en demostrar que no mienten, y eso es lo que los delata. Quienes dicen la verdad, no tienen por qué demostrarlo. Érika, por consiguiente, dice la verdad. Claro que se trata de una verdad que puede resultar peligrosa. Benavides escribió una nota sobre el comisario Evaristo Meneses y solo por eso comenzó a recibir amenazas. Ripoll asegura que por esa nota no hubo una sola amenaza, pero Benavides no le cree. Vaya a saberse por qué oscuros motivos, Ripoll lo oculta. ¿Quién hace esas amenazas y a cuento de qué? Seguramente, Érika le pueda dar una explicación. Se duerme convencido de eso.

A la mañana siguiente, el contestador telefónico sigue sin registrar una sola llamada. Benavides abre la canilla de la ducha y, una vez que obtiene la temperatura ideal, se mete bajo la lluvia. El agua no le borra los interrogantes: le gustaría saber

por qué lo amenazan, por qué Ripoll le oculta esas amenazas y por qué Érika lo eligió para contarle la historia. Muchas preguntas. Busca la toalla y la bata de baño, se seca con fuerza, se coloca la bata y va hacia la cocina. Detiene la marcha a mitad de camino, justo frente a la foto de Érika. Toma la foto y la mira por largo rato. Sin duda, fue una mujer hermosa. Si bien hay mil formas de trucar una fotografía, esta no ha sido trucada. Fue tomada con una máquina simple que se limitó a registrar la imagen de una Érika bellísima, tal como era cuando se iba a la cama con Meneses. Suelta el cinturón de la bata y baja su mano hasta la entrepierna. Comienza a tocarse, pero se detiene de inmediato. Cierra su bata, coloca la foto otra vez en su sitio y reanuda su viaje a la cocina. Pone café en la máquina, la enciende y busca en vano alguna galleta o un trozo de pan. Exprime la única naranja que ha encontrado. Bebe el jugo, luego el café con un poco de leche y regresa al *living*. Ha decidido qué es lo que hará dentro de un par de horas, por lo que se sienta en el sillón para repasar minuciosamente su plan.

Falta poco para el mediodía. Hace un buen rato que Benavides ocupa la mesa de un bar de Belgrano. Pidió un sándwich de jamón y queso y lo saborea bocado a bocado. La cerveza sin alcohol, en cambio, continúa con el gusto falso de aquellas cosas que pretenden ser lo que no son. El bar se encuentra en la esquina de Mendoza y O'Higgins, a media cuadra del edificio de departamentos en el que, supone, se ha instalado Laura. Mientras come el sándwich mira hacia la calle, tiene la fantasía de que en cualquier momento la verá pasar. Pero ninguna de las mujeres que pasan se parece a ella. «Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma», murmura, y de inmediato llama al mozo. Sabe que los porteros de los edificios trabajan hasta las doce, por lo que se ve en la obligación de poner en marcha la otra parte del plan. Ha

pagado su cuenta y en este momento cruza la calle, decidido. En la mano derecha lleva un abultado sobre de papel madera que solo guarda hojas de diarios viejos. En la puerta del edificio hay un hombre de algo más de cincuenta años, tiene un plumero en la mano.

—¿Usted es el encargado? —pregunta Benavides.

El hombre dice que sí.

Ahora viene el momento más riesgoso. Benavides cree recordar que la mujer con la que Laura compartía el departamento se llamaba Silvia. Arriesga.

—Tengo que entregarle este sobre a una señorita Silvia, sé que vive aquí pero no sé en qué departamento.

—¡Ah, Silvia! —repite el portero en tono amable.

Benavides disimula el gesto de victoria. En realidad, una victoria pírrica, porque ahora el portero sin perder el tono amable, completa:

—Vivía acá, pero hace cerca de tres meses que regresó a su provincia, a Tucumán, creo.

Benavides no se da por vencido.

—Se lo puedo entregar a la señorita que vivía con ella —propone.

El portero dice que no, que es imposible.

—Desde que se fue la señorita Silvia el departamento está vacío. Los dueños no lo quieren alquilar, se lo dejan a uno de sus hijos. El muchacho se casa —anuncia y hace un guiño cómplice—, y usted sabe, el casado casa quiere.

Benavides agradece la información y se marcha a paso lento. Tira el sobre en el primer cesto de basura que encuentra y para a un taxi. Está punto de pedirle que lo lleve a Nueva Pompeya, pero cambia de idea.

—A Palermo —ordena, sin entender el porqué de esa orden.

—¿A qué lugar de Palermo? —pregunta el chofer.

—Al zoológico.

¿Cuánto hace que no visita el zoológico? Muchísimo tiempo, la última vez que fue aún era un chico y cuando creció no tuvo ni hijos ni sobrinos para llevar, no había razón para ir. Ahora tampoco; sin embargo, compra una entrada. No bien cruza la puerta descubre que hay poca gente; por la hora, piensa, y porque es un día de semana. Frente a él tiene dos senderos. Elige el de la derecha y se larga a pasear por el mismo sitio por el que alguna vez anduvo. Muy pronto comprende que no se trata del mismo sitio: seguramente han muerto todos aquellos animales que él admirara aferrado a la mano de su padre. Solo los árboles siguen siendo los mismos, pero los árboles poco tienen para decirle. El paseo se prolonga por casi tres horas. Se demoró un buen rato frente a la jaula de los leones, admiró la belleza del tigre y las formas grotescas del hipopótamo, evitó las bestias menores, como el tapir y la gacela, y un puesto que vendía manzanas en almíbar lo hizo regresar a cierto episodio de la infancia, que había olvidado totalmente. Ahora está nuevamente en la puerta y se pregunta si alguna vez volverá a ese sitio. Camino a su casa compra media docena de empanadas y dos botellas de cerveza sin alcohol. Enciende la luz del *living*, comprueba que el teléfono sigue mudo y se acomoda en el sillón con el propósito de ver algo por TV, tal vez una vieja película en donde el héroe fatalmente se queda con la chica. Va de canal en canal hasta que por fin se detiene en una imagen que muestra la calle de tierra de un pueblo del lejano Oeste, cree recordar a qué película pertenece. Ahora en escena aparece Gary Cooper, es el *sheriff* de ese pueblo. Benavides se acomoda mejor en el sillón, dispuesto a ver una vez más *A la hora señalada*. El reloj marca las siete de la tarde cuando Gary Cooper, luego de acabar con el último forajido, arroja su insignia al suelo y sube al carromato en el que, en compañía de Grace Kelly, se

irán para siempre de ese pueblo. Apaga el televisor y camina hacia la biblioteca. Está unos minutos frente a la foto de Érika y luego busca un libro de cuentos de Bret Harte, para continuar en el clima del salvaje Oeste. A las ocho y media de la noche siente hambre. En la cocina encuentra el paquete con las empanadas y las come así frías como están, una botella de cerveza sin alcohol le ayuda a digerirlas. Tira la botella vacía en el tacho de basura y coloca el plato sucio en la piletta. Vuelve al *living* y comprende que él está lejos de ser un héroe de viejas películas. Busca una pastilla de Rivotril y confía en que el sueño venga pronto.

A la mañana siguiente todo sigue igual. Aún está algo dormido, por lo que decide mojarse la cara en el baño. Se mira al espejo, a esta hora del día hay que poseer mucha autoestima para verse bien. Va hacia la cocina, pero antes se detiene otra vez frente a la foto. La contempla por un buen rato, pero no dice una sola palabra ni hace un solo movimiento.

En la cocina calienta el café de ayer. Regresa al *living* con la taza en la mano y se sienta en el sillón. Comienza un nuevo día. Ha decidido ir a lo de Ripoll. Quiere saber si cara a cara es capaz de repetir que no hubo amenazas. «La mentira no tiene destino», decía su madre o una maestra de la escuela. Nunca supo qué quería significar, pero esa ignorancia le daba mayor contundencia a la frase. Una vez que Ripoll reconozca que sí, que hubo amenazas, él le repetirá lo que decía su madre o la maestra de la escuela. Ambos van a tratar de descifrar el refrán, reirán ante la imposibilidad de descifrarlo, y las cosas no pasarán a mayores. ¿Pero por qué le ocultó lo de las amenazas?

Durante el viaje en taxi se le ocurre una variante. Hablará con la secretaria. Recuerda que es madre de un hijo pequeño. Según la foto que ella ha puesto sobre su escritorio, parece ser un chico de cuatro o cinco años, no más de eso. Benavides le pregunta al taxista si sabe de alguna juguetería y, aunque

resulte inverosímil, el taxista conoce una que está muy cerca. Hacia allí van. Las cosas están saliendo mejor de lo pensado.

—Un juguete bueno, pero chico, que entre en un bolsillo —pide Benavides y señala el bolsillo izquierdo de su saco.

El vendedor le muestra un juguete mecánico.

—Se mueve a pila —dice—, y está pensado para nenes de cuatro a seis años.

Lo compra sin vacilar. El vendedor le pregunta si lo envuelve para regalo. Benavides dice que no, que lo lleva así, y se lo mete en el bolsillo izquierdo del saco. El taxista tuvo la gentileza de esperarlo en doble fila. Ahora reemprenden el viaje.

La suerte sigue de su parte. La secretaria de Ripoll le acaba de decir que el jefe está en una reunión, que, por favor, tenga la amabilidad de esperar unos minutos. Tiempo suficiente para que Benavides lleve a cabo su plan: señala la foto que muestra al chico en brazos de la secretaria y le pregunta si es el hijo de ella. Por un momento se inquieta, tal vez no es su hijo sino un sobrino, pero la inquietud dura muy poco: la secretaria con gesto de madre orgullosa dice que sí, que es su hijo. Benavides quiere saber cómo se llama.

—Germán —dice la secretaria.

—¿Le gustan los juguetes?

—¿A qué chico no le gustan? —dice la secretaria.

Entonces Benavides pone su mano en el bolsillo izquierdo y saca el juguete.

—Esto es para él —dice.

La secretaria se asombra.

—Pero no, ¿por qué motivo? —dice.

—Porque sí —dice Benavides—, lo tenía en casa y yo ya soy grande para estas cosas.

La secretaria se ríe por la ocurrencia y guarda el juguete en el primer cajón del escritorio. Dice que gracias, que a Germán le va a gustar mucho.

El hielo está roto. Ahora es tiempo de poner en práctica la segunda fase del plan. Pide que le cuente de Germán. La secretaria, como buena madre, habla maravillas de su hijo. Benavides escucha interesado y no deja de reír por cada una de las travesuras del chico. Cuando la secretaria finaliza con las peripecias de Germán, Benavides lleva la charla hacia un nuevo tema: hablan de cuáles son las notas que más le interesan al lector actual. La secretaria dice que no se atreve a opinar. Benavides, por el contrario, esboza un retrato de ese lector y en mitad del retrato, sin que venga para nada a cuento, pregunta si continúan las amenazas. La secretaria se sorprende:

—¿Amenazas? ¿Qué amenazas? —dice.

Benavides la mira con aire indiferente.

—Pasa a menudo —dice—, no hay por qué preocuparse. Supongo que ya se habrán acabado.

La secretaria dice que no. Benavides disimula su entusiasmo, debe ocultar la alegría por no haberse equivocado.

—¿Continúan amenazando? —pregunta, para confirmar.

Pero tanto el entusiasmo como la alegría duran poco: la secretaria explica que cuando dijo que no se refería a las amenazas.

—No hubo ninguna —certifica.

Benavides comprende que adiestraron muy bien a esa chica. No podrá brindarle ningún dato. Un juguete perdido.

Habrá que esperar a que Ripoll termine su reunión. No espera mucho. Se abre la puerta del despacho y en el marco aparece junto a tres hombres. No conoce a ninguno. No tienen aspecto de periodistas, tampoco de empresarios. Pasan junto a él, pero ni siquiera lo miran. Ripoll lo invita a entrar. Se lo ve contento, por los resultados de la reunión que tuvo con esos tres hombres que se acaban de ir o porque supone que Benavides finalmente decidió escribir la nota sobre los

prostíbulos clandestinos. Asegura que tiene material de sobra y busca una carpeta entre las que están sobre su escritorio.

—¿Para qué? —pregunta Benavides.

—Por la nota —confirma Ripoll—, la de los prostíbulos.

—No pienso escribirla —dice Benavides.

—¿Y me lo venís a decir personalmente?

—No vine por eso, vine por las amenazas.

Ripoll parece sorprendido.

—¿Amenazas? ¿Amenazas por qué? —pregunta.

—Vos sabés por qué —dice Benavides—, por Meneses.

Ripoll sonrío, se pasa la mano por la cabeza para despejar ideas y luego habla con palabras tiernas: un padre explicándole a su hijo rebelde cuál es el camino correcto.

—No hubo ninguna amenaza —dice—, solo un llamado telefónico. Un pelotudo, de los que tanto abundan.

Benavides no se inmuta.

—Fueron más de una. ¿Quién las hace?

Ripoll repite que fue un solo llamado y pide que le diga por qué no quiere escribir la nota. Benavides le dice que no cambie de conversación.

—¿Por qué me lo ocultás? —pregunta, pero más que una pregunta parece un ruego.

Ripoll asegura que no le oculta nada y le suplica que se deje de joder con Meneses. Benavides no duda de que le oculta cosas, pero sabe que por ese camino no llegará a ningún sitio. Ripoll se ha empeñado en negar todo y ahora, para colmo, le pregunta de dónde sacó que hubo amenazas. Benavides no tiene un argumento sólido, una respuesta eficaz para darle.

—Suposiciones mías —dice.

Ripoll se ríe y Benavides cree ver temor detrás de esa risa. Está convencido de que sabe más de lo que dice, pero comprende que así no podrá sacarle una sola palabra. Decide cambiar de táctica. Se pone de pie y promete que va a pensar

un buen modo de escribir esa nota sobre los prostíbulos. Ripoll también se para y lo acompaña hasta la puerta.

—Estoy seguro de que será una nota de primera —dice, y le palmea la espalda—. Dejate de pensar en fantasmas, Meneses ya fue.

Benavides asiente, levanta apenas la mano derecha para saludar a la secretaria y se marcha.

San Cristóbal a esa hora de la mañana no tiene nada para ofrecerle. Seguramente, a la tarde y a la noche tampoco. El recuerdo de aquella novia perdida es lo único que le ha quedado de ese barrio. Piensa que tal vez, a la vuelta de la primera esquina, aparecerá la novia, pero sabe que esas cosas solo suceden en las películas y en las novelas románticas, por lo que para un taxi antes de llegar a la esquina. Le da la dirección de su casa, se recuesta en el asiento, seguro de que Ripoll le oculta que hubo amenazas, ¿pero por qué se lo oculta? Tal vez Eugenio tenga una respuesta coherente, aunque preferiría que no participase en esta historia, ya fue un error llevarlo a lo de Érika. En este tipo de cuestiones la opinión de Laura siempre era efectiva, sabía de qué modo enfrentar cada problema y cuál era la mejor manera de resolverlo. Era inteligente y práctica, tanto que un día resolvió irse. Tal vez en este momento hay un mensaje en el contestador telefónico. Paga el taxi y sube rápido a su departamento. El contestador telefónico no registra ninguna llamada. Va hasta la biblioteca y se detiene frente a la foto de Érika. La imagina junto a Meneses. Ve cuando le sirve el *whisky* y cuando se desnuda para él. Ve que le quita la ropa al Comisario y ve del modo que lo besa: la lengua de Érika recorriendo el cuerpo de Meneses. En un rato ella gritará de placer, él la gozará en silencio. Deja la foto en su sitio y se tira sobre el sillón. Ahí mismo se queda dormido.

Despierta de noche, mira el reloj: las nueve. Siente hambre, sabe que la heladera está vacía. Sale a la calle y automáticamente para un taxi.

—A La Casa del Boxeador —dice—. Bartolomé Mitre al 2200.

Durante el viaje el taxista le habla de boxeo, dice que ya no es como en los viejos tiempos. Nombra a Monzón, a Pascualito Pérez y a Nicolino Locche. Afirma que ese era un grande, y con orgullo dice que lo vio pelear, en el Luna, cuando el Luna era el Luna y no lo que es ahora. Benavides solo articula algunos monosílabos: el boxeo nunca fue una de sus pasiones.

Es la primera vez que entra en La Casa del Boxeador. Se dirige hacia un hombre que parece ser el conserje y le pregunta dónde está el restaurante.

—¿El restaurante? —dice el hombre que, efectivamente, es el conserje—. Aquí no hay ningún restaurante.

No esperaba esa respuesta. Recuerda la foto, ilustraba uno de los recortes que le había dado Ripoll: Meneses rodeado de algunos hombres, todos de traje oscuro, camisa blanca y corbata; no parecían boxeadores sino policías, y seguramente lo eran. Una comida con sus compañeros de Robos y Hurtos. Frente a ellos, una mesa en la que se veían platos con algunas sobras, botellas de vino y sifones.

—Pero alguna vez lo hubo —afirma Benavides.

El conserje entrecierra los ojos y mueve lentamente la cabeza.

—Sí, pero hace años —dice.

—¿Y venía el comisario Meneses? —pregunta Benavides.

—Así cuentan —señala el conserje—, yo nunca lo vi.

Benavides piensa que fue otro viaje perdido. Ese fracaso no le ha quitado el hambre. Le pregunta si sabe de algún restaurante cerca de allí.

—No más sale, cruza la calle y lo encuentra —dice el conserje—. Por la pinta no se preocupe, la carne es de primera.

Benavides agradece la información. Sale de La Casa del Boxeador y en la vereda de enfrente ve una vieja fonda. Cruza, entra y busca una mesa. No se preocupa en leer el menú. En cuanto aparece el mozo, le dice que quiere un churrasco con ensalada de chauchas. Está a punto de pedir vino y soda, pero solo pide una botella de agua mineral. El mozo se dirige hacia la cocina y recién en este momento, Benavides le presta atención al restaurante. No se trata de un boliche reciclado como los que se estilan ahora, es una fonda genuinamente vieja. ¿Alguna vez habrá ido Meneses? Está a punto de preguntárselo al mozo, que en ese momento llega con el pedido, pero no lo hace. Come rápido, casi sin levantar la vista del plato, convencido de que Meneses tuvo que haber ido, tal vez con Érika. Decide que con Érika no, se trataba de un romance secreto. El postre del Comisario era queso y pan tostado. Al mozo parece extrañarle ese pedido, pero unos minutos después regresa con un trozo de queso fresco y dos tostadas. Es el momento de la sobremesa. Las de Meneses eran largas; las de Benavides, no. En noches como esta, Meneses se despedía de sus amigos, dejaba La Casa del Boxeador y se dirigía a la casa de Érika. Ella lo esperaba, con el vaso de *whisky* listo y dispuesta a satisfacerlo en todo. Benavides no tiene de quien despedirse; para a un taxi y pide que lo lleve a casa. Allí espera la foto de Érika. Así son las cosas.

XIII

Érika dijo que iba a hablarle de ese robo. Benavides prometió llegar a las siete y aquí está, tocando el timbre. Ha perdido el temor o la vergüenza de los primeros días. Ahora le importa poco que lo vean entrando en esa casa que, como casi todos saben, es un prostíbulo. Tampoco le importa que el mundo piense que ha ido a pasar un buen momento con algunas de las chicas que trabajan ahí. Nadie puede imaginar que está por otros motivos, igualmente placenteros, aunque, como él supone, bastante más peligrosos. No en vano lo han amenazado, aunque Ripoll lo niegue y Eugenio se lo tome a broma.

¿Por qué quiere que Érika le hable del robo a Panagra? Tal vez porque fue un asalto espectacular. No es casual que Yderla Anzoátegui lo haya elegido como cierre de *Meneses contra el hampa*. Es el último capítulo del libro. En la página 228, segunda edición ampliada y corregida, se transcribe un memorándum de Robos y Hurtos, que lo explica así:

A las 3:15 de la fecha, operó en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza la última máquina perteneciente a la Compañía

de Aviación Panagra. A las 4:00 se retiró la mayoría del personal de la Aduana, quedando solo el de guardia, que estaba integrado por Juan Manuel López (jefe de Aduana); Juan Abraham Galmarini (guarda de Aduana); Carlos Basano (guarda de Aduana); Arquímedes Ricardo Italiano (sereno de Aduana). Serían las 4:20, en momentos que se encontraban los tres últimos en una Oficina del Hall n.º 3, se presentaron de improviso cuatro personas del sexo masculino, vestidos con overol blanco e inscripción en la espalda que decía PANAGRA y gorra con visera de hule, quienes al tiempo que extraían de entre sus ropas sendas pistolas, calibre .45, los conminaron a guardar silencio, diciéndoles: «Señores, esto es un asalto». Acto seguido, tomándolos por la fuerza, procedieron a maniatarlos y a amordazarlos con hilos y trozos de tela que llevaban consigo. Basano fue obligado a que les señalara el lugar donde dormía el segundo jefe de la Aduana, señor López, para cuyo fin caminaron largo trecho hasta llegar al dormitorio del nombrado. Una vez frente a la puerta, recibió órdenes de llamar a López y, al franquear esta la entrada, fue amenazado con las armas, obligado a vestir y entregar las llaves donde se guardaban los tesoros. Cumplido esto, también López fue amordazado y maniatado; en seguida, los asaltantes procedieron a abrir la caja fuerte de donde sustrajeron quince bultos, los que fueron transportados en una carretilla hasta un vehículo que se hallaba estacionado afuera, a cuyo término se dieron a la fuga.

Benavides trae el libro. Lo ha disimulado en el interior de una carpeta, lleva la carpeta bajo el brazo y así camina por el largo pasillo rumbo a la habitación de Érika. Lo conduce una mujer desconocida, apenas lo saludó pero eso fue suficiente para descubrir que no es argentina; por su acento parece colombiana. Le hubiese gustado reencontrarse con Giselle, pero vaya a saberse en cuál de todas esas habitaciones estará

haciendo su trabajo. La colombiana golpea la puerta. Érika ordena que pasen, pero solo entra Benavides. Érika le señala el sillón en donde él se ha sentado otras veces. Tiene un cigarrillo en la mano, nunca antes la había visto fumar. Piensa que ahora colocará el cigarrillo en una larga y fina boquilla. Se equivoca, simplemente lo lleva a sus labios. Él tendría que ofrecerle fuego.

—No fumo —dice, casi como una disculpa.

—¿Te molesta que fume?

—Para nada —dice—, Laura fuma.

—¿Laura? —pregunta Érika—. ¿Tu mujer?

Benavides asiente con un ligero movimiento de cabeza, ¿sigue siendo su mujer? Decide que es una pregunta absurda y que él no está allí para hablar de Laura.

—Me ibas a contar del robo a Panagra —dice.

—¿Por qué te interesa tanto ese robo? —pregunta Érika.

—Porque fue espectacular —dice Benavides y acaricia la carpeta que oculta el libro.

—Lo fue —dice Érika—, hace más de cuarenta años.

—¿Se te borró de la memoria? —pregunta Benavides.

—Para nada —dice Érika—, lo recuerdo bien. Pasó en enero, a mediados de enero, un calor de morir. Evaristo llegaba y un poquito después estábamos bajo la ducha de agua fría. Él me enjabonaba a mí y yo lo enjabonaba a él. Pero ni aun así lográbamos sacar la calentura; el verano pegaba más fuerte que ahora.

Benavides los imagina desnudos bajo la ducha. Él nunca se bañó con Laura. No quiero mojarme el pelo, decía Laura y se negaba sistemáticamente. Tal vez porque él no tiene un cuerpo como el que tenía Meneses. Un periodista desgarrado poco puede hacer al lado de un exboxeador que se ha hecho comisario y que en las noches de verano se baña junto a una adolescente bellísima. Esa adolescente, que ya no es adoles-

cente y menos aún bellísima, ahora le está contando de qué manera se toqueteaban bajo la ducha.

—¿Recordás el robo o cómo te bañabas con Meneses? — pregunta Benavides.

—Recuerdo las dos cosas, me hace bien recordar —dice Érika.

¿Cuál es la edad de los recuerdos? ¿Cuándo comienza? ¿En qué momento elegimos el sillón y evocamos lo que fue? Benavides no quiere formularse esas preguntas, ha ido a buscar respuestas. Dice que sí, que es bueno recordar, pero ahora quiere que le cuente el robo de Ezeiza.

Entonces Érika habla rápido, de corrido, como quien recita un informe:

—Se embolsaron cerca de cuarenta millones de pesos, algo más de medio millón de dólares de entonces. Ese toco había llegado en dos aviones, la mayor parte de la guita eran lingotes y monedas de oro. Los aviones habían pasado por otros aeropuertos.

—Fráncfort, Roma, Madrid, Dakar, Río de Janeiro — enumera Benavides: lo leyó en el libro.

Érika no parece conmoverse ante tanta información.

—Así fue, porque vinieron canas de otros países. ¿Te das cuenta? Chorros internacionales que se cargaron de guita sin disparar un solo tiro.

—Eran todos de acá —dice Benavides.

—Eso lo sabés ahora. Es fácil contar la historia una vez que conocés el final. Pero cuando Evaristo agarró el caso nada de eso se sabía. ¿Y si se habían alzado con la guita en cualquier otro aeropuerto y lo de acá era puro teatro para desviar la investigación? Una vez vi una película en donde pasaba algo parecido.

—Esos chorros parecían de película —dice Benavides.

—Sí. Evaristo enseguida supo que no iba a ser fácil pescarlos. Rastrillar la zona no le sirvió de nada y sus putas batidoras no pudieron darle un solo dato: no habían atendido a ningún boludo fanfarrón, empeñado en gastarse la gaita.

—Puede haber ladrones no tan fiesteros —indica Benavides.

—Puede, pero si los hay, son menos que los dedos de esta mano —Érika alza la mano izquierda—. Te lo digo por experiencia.

—¿Vos también eras batidora de Meneses?

—¿No tendrás alzhéimer? Ya te dije que después de Evaristo no me encamé con ningún tipo.

Benavides dice que no tiene alzhéimer, pero suele olvidar ciertas cosas.

—¿Por qué supo que no iba a ser fácil pescarlos? —pregunta.

—Porque habían hecho un afano millonario y no lo festejaban. Eso los hacía diferentes. Puso a unos cuantos tiras para que recorrieran los negocios de Libertad, donde se reduce lo choreado. Los tiras fueron al divino cohete: no apareció nada.

—Pero en uno de esos negocios pescaron al reductor.

—Sí, pero antes pasaron otras cosas. Te lo digo porque lo viví en carne propia.

Benavides está a punto de hacer una broma, pero no la hace.

—Nunca antes lo había visto así —continúa Érika—. Llegaba hecho mierda. Trabajaba más de doce horas por día y no aparecía una sola pista. Para colmo, ya comenzaban a circular rumores de que Robos y Hurtos estaba complicado con ese asalto. Yo trataba de consolarlo, de alentarle, pero de coger ni hablar: no se le paraba.

Benavides imagina al Comisario esforzándose. No hay caso, cuando no se puede no se puede. Entonces Érika tenía casi veinte años, y de golpe esa chiquilina se transformaba en un asunto difícil, más difícil que el más pesado de los pistoleros.

Es la hora de la verdad y se acabaron las excusas. El búfalo salvaje convertido en un manso corderito. Sonríe.

—¿De qué te reís? —pregunta Érika—. Igual nos arreglábamos, él tenía otras formas de hacerme acabar.

—Seguro —dice Benavides.

—Evaristo quería llegar al cerebro de la banda. Habían afanado cuatrocientos kilos de oro; es decir, cuatrocientos lingotes de oro. Imagínate, son como cuatrocientos panes de manteca; ¿dónde carajo estaban?

Benavides aprueba en silencio.

—Un gran enigma —dice.

—¡Si supieras cómo lo resolvió! —dice Érika, y se echa a reír.

Antes de que Benavides pregunte cómo, ella lo cuenta:

—Estábamos en la cama y no había caso, no se le paraba. En esos momentos, es al pedo decir palabras de consuelo. Yo me había quedado muda, mientras dejaba que él se entretuviera en mi entrepierna, a pura lengua, sabía hacerlo. De golpe y justo cuando yo estaba por acabar, el guacho se detiene y oigo que dice: «¡Ya lo tengo! ¡Lo tengo, Negrita!». Pensé que se le había parado, pero no. Ahí mismo me largó y agarró el teléfono. Eran casi la tres de la madrugada. Llamó a uno de sus hombres y le ordenó que a primera hora de la mañana recorrieran las casas que vendiesen máquinas laminadoras. Quería saber quién había comprado una máquina en los últimos días. Cortó y me volvió a dar pelota. «Para reducir los lingotes antes hay que laminarlos», dijo, y a partir de ahí no habló más. Me tiró en la cama, me hizo poner en cuatro patas y pude notar que se le había parado: me la dio por el culo.

Para resolver sus casos, al comisario Maigret le bastaba con caminar por alguna solitaria calle de París. El comisario Meneses era algo más prosaico, pero igualmente efectivo.

—¿Y entonces? —pregunta Benavides.

—Entonces la máquina se puso otra vez en marcha —dice Érika.

A Benavides no le interesa averiguar de qué máquina se trata. El resto de la historia lo conoce muy bien. Una de las casas que vendía laminadoras informó que un tal Saúl Lipsitz, que tenía un negocio de ropa en Corrientes 3917, había comprado una laminadora hacía muy poco. ¿Para qué necesitaría un sastre una laminadora? Investigaron a Lipsitz y se supo que era un jugador compulsivo, que había cometido más de diez asaltos y que tenía una amante: Nelly Edith Thompson Herrera de Montanho. Comenzaron a vigilar el negocio de Corrientes al 3900. Tres o cuatro veces por semana llegaba un hombre joven con un gran portafolio debajo del brazo. Poco después salía, con el mismo portafolio. Lo siguieron y no les sorprendió ver que entraba en un negocio de la calle Libertad. Lo encanutaron cuando se disponía a abrir el portafolio que, como suponían, estaba lleno de láminas de oro. El hombre joven habló antes de que se lo pidieran. Dio nombres y dijo que todo lo había organizado su tío Saúl. Meticuloso y obsesivo, Saúl había calculado hasta el último detalle. Incluso alquilaron un depósito en Ciudadela, ahí iban a dejar la mercadería. Era peligroso entrarla de golpe en Buenos Aires. La misma noche del robo hicieron un gran asado en el depósito e invitaron a los vecinos del barrio. A las tres de la mañana terminaron los festejos, los vecinos se fueron bien comidos y mejor bebidos y media hora después, Saúl Lipsitz y su gente, vestidos con falsos uniformes de Panagra, salieron para Ezeiza. ¿A quién se le podría ocurrir que esos tipos, tan amables y divertidos, eran los mismos que iban a embolsarse cuarenta millones de pesos?

—Un capo ese Lipsitz —dice Érika—, y la mina que tenía no se quedaba atrás, linda, pendeja y puta: se encamó con un punto que laburaba en la Aduana solo para sacarle datos.

—¿Cómo hablaba? —pregunta Benavides.

—Qué se yo cómo hablaba, nunca hablé con ella.

—No hablo de ella, hablo de Meneses. ¿Cómo hablaba Meneses?

—¿Cómo va a hablar? Como todo el mundo.

Benavides abre la carpeta y muestra *Meneses contra el ham-pa*. Pensaba sorprender a Érika, pero Érika no se sorprende.

—¿Te parece que así habla todo el mundo? —pregunta Benavides; busca algo entre las páginas del libro y lee—: «Mira, Nelly... tú eres una chica inteligente... no hay duda... Por eso mismo tienes que comprender que aquí ya no hay nada que hacer». Es Meneses interrogando a la Thompson Herrera de Montanho. ¿Hablaba de tú el Comisario?

Érika ríe.

—No, boludo, no. Tirá ese libro a la basura, no creas nada de lo que dice ahí.

—Pero lo escribió Meneses —dice Benavides.

—Lo escribió la Anzoátegui, a esa mina le faltaba calle. El Meneses de verdad está en el cuaderno —dice Érika—. Ahí cuenta posta lo que pasó en ese afano.

—El cuaderno —repite Benavides—, ¿cuándo me lo vas a dar?

—Tranquilo, falta poco —promete Érika.

XIV

Lo despierta el timbre del teléfono. Le bastan tres pasos largos para llegar, pero cortan antes de que levante el auricular. Tal vez era Laura, aunque Laura hubiera dejado un mensaje. Pudo haber sido Eugenio, incluso Ripoll, pero Eugenio y Ripoll también habrían dejado un mensaje. Entonces no queda sino pensar que consiguieron el número, que por fin ellos tienen su número de teléfono y ahora lo llaman para amenazarlo. Sin embargo, hay algo que no cierra: el que llamó podría haber grabado la amenaza; suelen proceder de esa manera. El enigma está a punto de resolverse: Benavides oye otra vez el timbre del teléfono y levanta el auricular de inmediato. Se dispone a oír la amenaza, pero oye la voz de Eugenio.

—Te llamé recién —dice—, pensé que no estabas.

Benavides le asegura que está, aunque no del todo despierto. Eugenio quiere saber cómo siguen las cosas. Benavides dice que bien, salvo algunos detalles. Eugenio quiere saber cuáles son esos detalles. La mejor manera de ocultar algo es contar una parte como si fuera todo. Benavides decide

contarle que Laura se fue, que dijo que lo iba a llamar, pero que aún no lo ha hecho.

—Y no creo que lo haga —concluye.

Eugenio se muestra solidario.

—Nos vemos al mediodía —dice.

Benavides asegura que no es tan grave, pero Eugenio insiste. Propone un restaurante en Azcuénaga y Juncal que sirve buenas pastas. Benavides está a punto de negarse: si alguien escucha sabrá dónde se encuentran, pero decide que nadie lo escuchó, y promete estar allí en una hora. Le sobra tiempo para pegarse una ducha e ir caminando. Piensa que el baño y la caminata lo ayudarán a eliminar algunas malas ideas. Sin embargo, una vez más, las cosas no son como él decide. Al salir del ascensor se encuentra con el portero. Tiene un trapo en la mano y parece concentrado en quitar una manchita sobre el vidrio de la puerta de entrada. Al ver a Benavides, abandona por un instante su tarea.

—Ayer preguntaron por usted —dice.

—¿Por mí? —Benavides elige un tono que puede ser de sorpresa o de indiferencia—. ¿Quién preguntó por mí?

El portero da un paso atrás con el fin de comprobar que ya no hay mancha, después dice:

—Un hombre.

—¿Qué hombre?

—Cuarenta, cuarenta y cinco años; más o menos de su edad —informa el portero.

—¿Qué quería?

—Ya le dije, quería saber si usted vivía aquí.

—¿Y usted qué le dijo?

—¿Qué le voy a decir? Que sí, que vive acá.

—Sí, claro, yo vivo aquí. ¿Pero qué quería ese hombre?
¿Para qué quería saber si vivo aquí?

El portero ha descubierto que la mancha no se fue del todo, porque nuevamente pasa el trapo por el vidrio.

—Seguramente, para enviarle algún regalo —dice—. No tenía pinta de cobrador.

Benavides confirma que sí, que puede ser algún regalo. En un tono que pretende ser de broma asegura que él no debe nada y le agradece la gentileza. El portero dice que no tiene nada que agradecer, que para eso estamos, y otra vez se ocupa de la obstinada manchita sobre el vidrio.

La caminata placentera que Benavides había pensado para desterrar malas ideas, se ha convertido en un paseo por el infierno. No le quedan dudas: andan detrás de él, ¿por qué? Todas las historias que de Meneses le contó Érika son de dominio público, han aparecido en diarios y revistas e integran un libro que no generó ningún conflicto, salvo el que sufrió el propio Meneses, pero no por razones políticas sino comerciales: una demanda a partir de derechos de autor mal liquidados. Mañana verá a Érika, ella prometió contarle el robo al Policlínico Bancario. Esa historia no aparecía en *Meneses contra el hampa*, ni siquiera se la mencionaba. Tampoco la había visto en el material periodístico que tenía del Comisario. Érika le dijo que el robo al Policlínico fue el último gran caso de Meneses. Último en el verdadero sentido de la palabra, porque después de aquel robo se había podrido todo. Cuando Benavides preguntó qué se había podrido, Érika dijo que la respuesta estaba en el cuaderno; ahí Evaristo cuenta qué se pudrió y por qué, dijo. Para Benavides esas palabras fueron una revelación: ¿Acaso lo estaban persiguiendo por un hecho que él aún desconocía? No bien las escuchó estuvo a punto de decirle a Érika que no le interesaba el asalto al Policlínico. Sin embargo, como un soldado obediente, aseguró que volvería por esa historia. Ahora, camino al restaurante, se pregunta si esa historia, que no está ni en *Meneses contra el*

hampa ni en los recortes periodísticos, podría llevar al crimen. Lo sabrá cuando por fin la lea, el resto son meras especulaciones. Esta conclusión no lo tranquiliza, pero ya ha llegado. Eugenio ocupa una de las mesas del fondo. Aún no ha pedido el vino, pero tiene un vaso en la mano; parece un vaso de *whisky*. Eugenio lo ha visto, porque levanta el vaso en señal de saludo. Definitivamente, es un vaso de *whisky* y seguro no es el primero que ha bebido este mediodía.

—¿Me acompañas? —pregunta.

—No —dice Benavides y pide que le traigan una Coca-Cola.

—Tal vez Laura se fue porque no soporta a los abstemios.

—Se hubiera ido, así yo bebiese el doble de lo que tomás vos —dice Benavides.

¿Pero por qué se había ido Laura? Eugenio acaba de preguntárselo y Benavides no sabe qué contestar. El día que se fue, Laura abrió cajones y placares, sacó la ropa y la acomodó en un bolso y en una valija, cargó el bolso en su hombro derecho y la cámara en su hombro izquierdo, con una mano sujetó la valija y con la otra el equipo fotográfico. «Yo te llamo», dijo y se marchó. Aquel día Benavides caminó hasta el placar y cerró las puertas, luego fue hasta la cómoda y cerró los cajones, y finalmente, se tiró sobre la cama y cerró los ojos. Estuvo así largo rato, hasta que de pronto se acordó de un cuento. No recordaba ni el título ni el autor, pero le había quedado grabada la frase con que se iniciaba la historia: «Siempre fuiste un infeliz». A partir de esa sentencia, se describía el momento justo en que la mujer de ese infeliz lo abandonaba. El personaje del cuento no sabía por qué se iba su mujer; Benavides tampoco sabe por qué se ha ido Laura. Alguna vez ella le dijo que no siempre tiene que haber una razón para todo, pero ese argumento tampoco sirve, por eso ahora que Eugenio pregunta por qué se fue Laura, Benavides dice:

—Me están siguiendo.

Eugenio quiere saber qué tiene que ver eso con la partida de Laura. Benavides dice que no tiene nada que ver, pero insiste con que alguien preguntó por él y, para que las cosas queden claras, le cuenta lo que le ha contado el portero.

—¿Lo entendés ahora? Me están siguiendo.

Eugenio se ríe. Halaga la capacidad de fabular de Benavides. Dice que es un creativo excepcional y confiesa que lo contrataría para su agencia. Abandona a Laura y la razón de su partida y quiere saber de dónde saca que lo están siguiendo.

—¿Tanto te cuesta entenderlo? —dice Benavides—. Alguien le preguntó por mí al portero.

Eugenio ya no ríe, pero le pide calma.

—Los porteros están para eso —dice—. Entre sus muchas tareas se encuentra la de informar si tal señora o tal señor viven en el edificio. No veo qué tiene eso de peligroso. Muchas veces preguntan por mí, pero jamás lo tomo por una amenaza.

—Porque jamás escribiste sobre Meneses.

El mozo está junto a ellos. Benavides lo descubre en ese momento. Consulta el menú y elige canelones de acelga; Eugenio prefiere ravioles con salsa rosa. El mozo asegura que han hecho una buena elección y pregunta qué van a beber. Eugenio dice que seguirá con el *whisky*. Benavides pide otra Coca-Cola.

—¿Habrás escuchado?

—¿Escuchado qué?

—Lo de Meneses —dice Benavides en voz baja.

—No creo —dice Eugenio—, pero tené cuidado porque puede haber un micrófono oculto en ese canelón.

Benavides dice que no está para bromas, que este es un asunto serio.

—Lo único serio es tu paranoia —decide Eugenio—. Busqué datos de tu Comisario, el hombre murió hace quince años, y dejó el cuerpo policial treinta años antes de su muerte. Salvo los de lesa humanidad, ya han prescrito todos los otros crímenes que pudieron haber cometido tanto tu Comisario como su gente. Aunque se demostrara que son culpables, no pueden juzgarlos. No creo que la banda Meneses esté complicada en algún crimen de lesa humanidad. Entonces, ¿para qué carajo van a apretarte si por los otros crímenes se encuentran libres de culpa y cargo?

Benavides va a decir algo, pero Eugenio se lo impide.

—Y ahora que lo pienso, aunque estuvieran complicados en algún crimen de lesa humanidad, tampoco hay posibilidades de juzgarlos: se han muerto todos. No creo que sus hijos y nietos se compliquen en un asesinato solo para salvar el honor del padre o del abuelo.

—Justamente, ahí está el misterio —dice Benavides—. No hay ninguna razón para que me amenacen; sin embargo, me amenazan.

Eugenio acepta que sí, que es un misterio. Benavides comprende que su amigo no lo ayudará a resolverlo. Ahora, seguramente le volverá a preguntar por Laura, querrá saber por qué se fue, así tan de golpe. Pero Benavides no tiene ganas de hablar de Laura. En estos casos, lo mejor es derivar la charla hacia cualquier otro tema; la política, por ejemplo. Pueden hablar de los conflictos de país, incluso de los conflictos del mundo, y dejar que la tarde se vaya lentamente. En el momento de despedirse, Eugenio dice que no se pase más películas. También le aconseja que se olvide de esa vieja loca. Benavides agradece los consejos, para eso están los amigos. Un rato después llega a su casa. Quiere saber si ha vuelto ese hombre que preguntaba por él. Busca al portero, pero no lo encuentra.

XV

Hoy es el día. Érika ha prometido hablarle del robo al Policlínico Bancario. Le dijo que ese robo trazó el destino de Meneses. «Se pudrió todo», dijo. Benavides supone que la respuesta la tendrá esta tarde, ahora está recostado en el sillón, con la vista clavada en la pantalla del televisor. Alguna vez leyó que la gente que vive sola suele tener el televisor constantemente encendido; un modo de sentirse acompañado. Aquella vez, Benavides decidió que esa era una teoría absurda. Sin embargo, en este momento la convalida. El televisor está encendido, sin volumen. Exhiben una película ambientada a finales del siglo XIX. La ropa que usan los protagonistas y los pocos automóviles que circulan son típicas de finales del XIX. Benavides no sabe cuál es la trama de esa película, tampoco le interesa. Tiene la vista en la pantalla, pero su cabeza está muy lejos de ahí.

Se pone de pie y va hasta la foto de Érika que sigue en el quinto estante de su biblioteca, apoyada contra el lomo de *La canción del verdugo*. El tiempo pasa para los protagonistas de las fotos, no para las fotos. Oscar Wilde convirtió eso en

tema de una novela. Flaubert lo vivió en carne propia. Dos inglesitas, Gertrude y Harriet Collier, de paso por Trouville, conocieron a Gustave Flaubert. Por aquellos años era un adolescente de algo más de un metro ochenta de altura, poco peso y larga melena rubia. Las dos hermanas intercambiaron fotos con el joven escritor. Dicen que Flaubert colocó en la repisa de su chimenea la foto de Gertrude. Ella seguramente hizo lo mismo con la foto que él le regaló. Ambos se escribieron a lo largo de cuarenta años, pero durante ese tiempo no se vieron una sola vez; bastaba con las fotos. Cierta día, Gertrude decidió, por fin, visitarlo. Fue una decisión infornada: se encontró con un hombre calvo, excedido de peso, con manchas rojas en la cara y apenas dos dientes en la boca. La imagen de ella tampoco era complaciente: el pelo cano, una innegable barriga y la cara cruzada de arrugas. Mejor cerrar los ojos. Benavides los cierra y recupera la imagen de Érika cuando solo tenía poco más de dieciocho años y se revolcaba con el comisario Meneses. Siente una erección. Toma la foto y se dirige hacia el cuarto de baño. Cuando era chico solía utilizar alguna revista pornográfica, hábilmente disimulada entre revistas científicas y deportivas. Ahora basta con esa foto de Érika. Cierra la puerta con llave, igual que cuando era chico. En el *living*, el televisor sigue mudo. La película ha terminado y ahora transmiten el informativo del mediodía.

Luego de una buena ducha, Benavides se siente distinto. La foto de Érika está otra vez en el quinto estante de la biblioteca, apoyada contra el lomo de *La canción del verdugo*. Mientras se bañaba pensó en un posible plan para desnudar las mentiras de Ripoll. Las grandes ideas se caracterizan por su sencillez. Su plan es simple: deberá contar con la complicidad de un amigo que, a su vez, sea un desconocido para Ripoll y para su secretaria. Ese amigo llama a lo de Ripoll y con voz cavernosa amenaza de muerte a Benavides. La frase

puede ser: «Ese hijo de puta de Benavides va a ser boleta» o «Díganle al guacho de Benavides que le queda poco». Dice una u otra frase y corta de inmediato, sin esperar respuesta. La respuesta la buscará Benavides al día siguiente. Le preguntará a Ripoll o a su secretaria si lo han vuelto a amenazar. Si Ripoll o su secretaria dicen que no, que no hubo ninguna llamada, está claro que le ocultan cosas. Si por el contrario dicen que sí, que hubo una amenaza, quedará claro que por fin se decidieron a hablar. Ya habrá tiempo de preguntarles por qué razón se lo ocultaron. Pero previamente deberá hacer la llamada y antes de eso deberá conseguir al amigo que la haga. Aquí surge un problema: Benavides carece de amigos que puedan hacerle ese favor. Está Eugenio, es cierto, pero tanto Ripoll como su secretaria conocen a Eugenio quien, para colmo, tiene un timbre de voz muy personal. Una variante posible es que el propio Benavides haga esa llamada. Puede poner un pañuelo en la boca del auricular, como se ha visto en tantas películas. Sin embargo, esa variante solo es efectiva en el cine. Un inconveniente menor puede tirar por tierra una gran idea: Benavides decide dejar su plan para más adelante.

Es hora de comer. Piensa en un sándwich de jamón y queso, pero en su casa no hay ni jamón ni queso; con un poco de suerte podría encontrar un pan de hace dos días. En el bar de la esquina preparan buenos sándwiches, lo suficientemente buenos como para aguantar el batifondo de los clientes y de los cuatro televisores ubicados en cada ángulo del local. Decide ir al bar. Se alegra porque hay poca gente y porque los televisores están a bajo volumen. Pide un sándwich de jamón y queso y una cerveza sin alcohol. Come lentamente mientras piensa por qué se ha complicado en esta historia absurda. ¿Qué pasaría si se borrara para siempre, nunca más Érika, ni el prostíbulo, ni Nueva Pompeya? ¿Se acabarían también las amenazas? De regreso a su casa toma una decisión: si Laura

lo ha llamado, nunca más verá a Érika. Romperá la foto en mil pedazos y la tirará por el agujero del inodoro. Mejor la arrojará al cesto de los papeles, al menos un poco de respeto por esa mujer que fue tan bella. Abre la puerta, convencido de que encontrará el mensaje de Laura. No encuentra nada y tres horas más tarde le pide al taxi que se detenga una cuadra antes de la casa de Érika. Las cartas están echadas y él va en busca de la última historia y del enigmático cuaderno de Meneses.

XVI

La puerta se abre de inmediato. Quien la abrió difícilmente trabaja allí, al menos como prostituta. Todo indica que se trata de la mujer de la limpieza. Benavides nunca la ha visto, pero ella parece conocerlo porque no pregunta quién es, solo pide que la siga. Hoy parece que hubiera más luz en el pasillo. Algunas puertas están abiertas, pero Benavides no logra ver en el interior de las habitaciones. Oye risas y voces de mujeres, gira la cabeza y se topa con una habitación diferente a las otras, parece ser un cuarto de trastos o tal vez una cocina. No logra saberlo porque una de las mujeres que se reía cierra la puerta. Alcanza a ver que esa mujer lleva una bata oscura, tiene rulos en el pelo y un mate en la mano. Las chicas están descansando, preparadas para el trabajo que les espera.

Benavides ha llegado hasta la habitación de Érika. Golpea la puerta y entra en cuanto escucha la autorización de Érika. Ella no está sola. La acompaña un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, de pelo cano. Benavides se detiene, ella le pide que no tenga miedo, que se acerque. Luego se dirige al hombre de pelo cano.

—Este es el periodista del que te hablé.

El hombre de pelo cano aprueba y mira fijamente a Benavides. Ahora le extiende la mano.

—Doctor Zamboni —dice.

Benavides le estrecha la mano y piensa que se trata de un abogado. Es natural que ella cuente con un profesional que la represente y defienda. Tal vez en su estudio guarda el cuaderno de Meneses. Érika le ha dicho «es el periodista del que te hablé», ¿qué pudo haberle contado? Está a punto de preguntárselo cuando descubre que el doctor Zamboni no es un profesional de las leyes. En este momento está con un recetario en la mano, escribe algo en una receta y asegura que la encuentra mejor que nunca. Deja la receta sobre la falda de Érika y le recomienda una cápsula cada ocho, pero solo si persiste el dolor. Por último, le da un beso en la mejilla, saluda a Benavides y se va.

Ahora que lo piensa, Benavides nunca besó a Érika. Aunque es común recibir o despedirse con un beso en la mejilla, él nunca puso sus labios sobre la mejilla de ella; ni sobre la mejilla ni sobre ninguna otra parte de su cuerpo. El Comisario la besaba cuando ese cuerpo era joven y espléndido.

—¿Cuándo te separaste de Meneses? —pregunta.

—Cuando murió —dice Érika.

Si eso es cierto, Meneses la besó hasta el final y habrá pagado hasta el último día. Benavides recuerda que en el cofre de Érika había australes, esos billetes circularon desde 1983 hasta 1991. En esa época, el Comisario se acercaba a los noventa años.

—¿Te seguía besando?

—¡Mirá las preguntas que hacés! Claro que me seguía besando.

—Pero sin la fuerza del principio —dice Benavides e imagina al abuelo Meneses buscando lo imposible.

—Hay otras maneras —dice Érika—, pero no creo que vos las conozcas. Me hacía acabar como en los primeros días.

Por un instante, Benavides ve al viejo policía y a la vieja puta desnudos sobre la cama; se acarician. No sabe si la escena es tierna o patética.

—Vine por lo del Policlínico. Háblame del asalto al Policlínico Bancario —pide.

—Fue en agosto de 1963, el 30 de agosto —dice Érika—. Lo recuerdo bien porque es el día de mi cumpleaños.

«Sos de Virgo», está a punto de decir Benavides, pero no le parece adecuado.

—Lo tendré presente para felicitarte —dice—, ¿y qué pasó?

—A eso de las diez y media de la mañana entró una ambulancia en el Policlínico. Traía a un enfermo grave, así al menos declaró el guardia. Dijo que en la camilla había un hombre que parecía inconsciente. La ambulancia se estacionó junto a una camioneta que había llegado del banco, venía con la guita para el personal: sueldo y aguinaldo, cerca de medio millón de dólares. Un tira, el cajero del banco y dos empleados bajaron de la camioneta. El tira llevaba tres bolsas con la mosca. En ese momento bajaron dos tipos de la ambulancia, no eran enfermeros, los enfermeros no andan con ametralladoras. Los empleados fueron boleta con la primera ráfaga. Al cajero le hicieron mierda una pierna y al tira, un brazo. Los chorros cargaron los bolsos en la ambulancia y salieron echando putas. Duró menos de lo que tardé yo en contártelo.

Benavides asiente, pero sigue sin entender por qué a partir de ese robo comenzó la decadencia de Meneses.

—La ambulancia la encontraron a pocas cuadras del Policlínico —prosigue Érika—. Adentro estaba el infeliz al que habían hecho pasar por un enfermo. Era el chofer, seguía dopado por el narcótico, atado a la camilla. El pobre no se

había enterado de nada. Pero pudo verles la cara a los dos chorros. Dijo que uno era rubio y flaco, el otro también era rubio, aunque bastante más grandote. Dos hijos de puta que no tuvieron problema en liquidar a los que se pusieron en el camino. ¿Entendés?

Benavides dice que no, que no entiende nada.

—No es tan difícil —dice Érika—. Uno era Luis Nell y el otro era Joe Baxter. La guerrilla, ¿captás?, pero en aquellos años nadie tenía puta idea de eso.

—¿Ni siquiera Meneses?

—Evaristo comenzó a sospechar algo: muchos balazos al cohete, como si quisieran dejar claro quién manda y qué calzan. Los chorros no tienen por qué demostrar nada; su mejor prueba es el robo y mientras menos huellas dejan mejor. Pero los testigos insistían en ese muchacho rubio que, fijate vos, se parecía mucho al Nene Miloro.

—¿Otro guerrillero? —pregunta Benavides.

—Vos no tenés cura —ríe Érika—. El Nene Miloro era un pesado de verdad, estuvo mucho tiempo con Villarino, hasta que formó su propia banda; un maestro con la ametralladora. Eso fue lo que lo hundió: flaco, rubio, con ametralladora, cantado era el Nene Miloro. Evaristo, sin embargo, tenía sus dudas. «Hay algo que no cierra», me decía. Mientras me cogiera como me cogía, a mí poco me importaba si cerraba o no.

—Eso ya me lo contaste —dice Benavides—. ¿Qué pasó después?

—Toda la Federal fue detrás del Nene Miloro. Pero el Nene se había esfumado. Hasta que un batidor, no sé lo que sería de la cana sin los batidores, dio el dato. Dijo que lo habían visto por Córdoba; la provincia, no la avenida. Más de cien canas rodearon el aguantadero. Sabían que el Nene no se iba a entregar, si caía se comía un garrón de mucho cuidado. El tiroteo duró hasta el amanecer. El Nene y los otros dos

chorros que lo seguían terminaron con más agujeros que un colador. La única que se salvó fue la mina que los acompañaba. Se salvó es una forma de decir, la infeliz quedó con una pierna menos. En este oficio tenés que estar entera, si te falta una pierna perdiste para siempre. Pobre mina.

A Benavides le interesa poco el futuro de esa mujer. Hasta ahora sigue sin comprender por qué aquel asalto en el Policlínico significó el fin de Meneses.

—¿Y después? —pregunta.

—Después fueron todos festejos. Conferencia de prensa en Moreno 1550 y el jefe de la Federal diciendo que el asalto al Policlínico Bancario estaba resuelto. Foto de los chorros liquidados y de las armas secuestradas. De la guita no se decía una sola palabra, porque la guita no había aparecido por ningún lado. Aunque siempre fue algo corto de palabras, Evaristo esa tarde, en la conferencia de prensa, casi no habló. Pero cuando vino a casa se despachó a gusto. Había mil cosas que no encajaban. Primero, las armas. Las ametralladoras que le secuestraron al Nene no tenían nada que ver con las que habían liquidado a los infelices del Policlínico. Conseguir esa ferretería no es fácil, no podés cambiarlas como quien se cambia una camisa. Después, la guita. La mina que se quedó con una pierna menos juró hasta el cansancio que en ningún momento el Nene y los otros dos puntos hablaron del robo al Policlínico. Dijo que estaban en Córdoba preparando el afano en un banco de Alta Gracia. Decime un poco, ¿si te embolsaste medio millón de dólares, te vas a andar preocupando por un choreo miserable en un banco de cuarta? No. Evaristo repetía que esos no eran los chorros y, una vez más, acertó.

—¿Entonces? —dice Benavides.

—Entonces apareció parte de la guita —dice Érika—. Como estaba numerada, Interpol encontró algunos billetes en París. Hasta allí los habían llevado los hermanos Posse, que no

eran chorros sino milicos de Tacuara. Los pescaron no bien volvieron. Sin que les tocaran un pelo, vomitaron hasta el último nombre. Joe Baxter y Luis Nell fueron los primeros de la lista. Nell cayó enseguida, a Baxter no lo agarraron nunca.

—Dijiste parte de la guita, ¿y el resto? —pregunta Benavides.

—El resto, misterio. Se hizo humo.

A Érika no parece importarle mucho el destino de ese dinero. Benavides quiere saber si se lo quedó la guerrilla.

—Así dicen —responde Érika, en tono indiferente.

—O tal vez se lo embolsó tu Comisario —desafía Benavides—, por algo lo expulsaron de la Federal.

—¡No digas boludeces! —se indigna Érika.

—No digo boludeces. Resuelve un caso importante y en lugar de felicitarlo lo pasan a retiro. Por algo habrá sido.

—Fue por algo —concede Érika.

—Me dijiste que te contaba todo, ¿nunca te dijo por qué fue?

Érika niega con pequeños movimiento de cabeza.

—No, ni una sola palabra, pero lo anotó en el cuaderno. Ahí está la verdadera historia.

XVII

Benavides piensa que ya falta poco, y en esta oportunidad no se equivoca. Hace unas horas Érika le contó la última aventura de Meneses, al menos la última como comisario. El resto ya casi no tiene importancia; por lo que se sabe, una vez que se fue de la Policía Federal, fundó su propia agencia de detectives. Para alguien acostumbrado a ir tras las huellas de Villarino o del Loco Prieto, tuvo que haber sido un insulto perseguir a mujeres infieles o deudores consuetudinarios. La agencia duró poco. Entonces Meneses habrá comenzado a vivir de los recuerdos, un indudable síntoma de vejez. Aunque no se puede llamar viejo a un hombre de cincuenta y cinco años que, según Érika, mantenía la plenitud de los primeros tiempos. Hay que tener en cuenta que las mujeres suelen ser piadosas con el hombre que quieren, por lo que ese testimonio podría estar teñido de bondad. Érika resultaba un nexo entre el pasado irrecuperable y el duro presente. Ambos habrán repetido el patrón de esos matrimonios que ven cómo la vida de a poco se les va yendo y nada pueden hacer para retenerla. Solo los recuerdos.

Pero también está el cuaderno. Para los textos no pasa el tiempo. Lo escrito, escrito está y queda para siempre. Algo parecido a lo que sucede con las fotos. Benavides tiene la foto de Érika, pero no tiene el cuaderno de Meneses. Confiaba en recibirlo luego de escuchar la última aventura del Comisario. No bien Érika terminó su relato, Benavides reclamó ese cuaderno tantas veces nombrado. Ella negó con sucesivos movimientos de cabeza. Benavides pensó que se burlaba de él. Finalmente, Eugenio tenía razón: esa vieja loca le tomaba el pelo, lo venía haciendo desde la primera vez que le habló del Comisario, de sus amores con el Comisario.

A última hora de la tarde de ayer, Benavides le dijo a Érika que no le gustaba que le tomasen el pelo; también le dijo que no creía una palabra de todo lo que le había contado. Ella lo escuchó con la paz de un monje budista y sin alzar la voz le pidió que no fuera pelotudo, que negar no significaba que no lo tuviese. Explicó que el cuaderno estaba en un sitio seguro y afirmó que todo lo que le había dicho era cierto. Aseguró que en tres días lo tendría con ella y le propuso que viniera a buscarlo. «Te espero el jueves», dijo, y Benavides volvió a creerle.

Sin embargo, hay algo que no cierra en la historia de Meneses. Benavides busca entre el material que le diera Ripoll. Necesita cotejar algunas fechas y tratar de responder cierta pregunta que lo inquieta. Por fin encuentra lo que buscaba: una foto, tomada el 28 de octubre de 1961, durante un acto realizado en el Departamento Central para celebrar el Día de la Policía. Se puede ver al comisario Meneses en el preciso momento en que le entregan la Cruz de Oro, por su valor en defensa de la sociedad. El acápite señala que es el tercer año consecutivo que Meneses recibe esa distinción. Un policía premiado por sus investigaciones y su arrojo, de golpe pierde prestigio: primero lo ubican en un puesto burocrático y luego lo dejan en disponibilidad. ¿Qué pudo haber pasado? Seguramente, el propio

Meneses lo explica en el cuaderno. En un par de días, Benavides deberá encontrarse con ese cuaderno. Mucho tiempo para un ansioso; decide realizar su propia pesquisa.

El derrumbe de Meneses comenzó después del asalto al Policlínico Bancario. Érika le habló de Luis Nell y de Joe Baxter, ambos hace mucho que murieron y, por lo que sospecha, no han quedado testimonios de ese asalto. Sin embargo, no todo está perdido. Benavides recuerda a un viejo periodista que alguna vez le habló de Joe Baxter. No le habló a él exclusivamente, fue una charla en la redacción de un semanario en el que Benavides estaba cubriendo una suplencia. Aquella vez, ese periodista (recuerda que se llama Tete Arcidia) les contó cómo se había encontrado con Joe Baxter, en Barcelona. Por esos días, el nombre de Joe Baxter no tenía mucho para decirle, pero ahora se puede convertir en una pieza clave. Es preciso que ubique a Tete Arcidia, y seguramente Ripoll sabe dónde localizarlo; marca su número de teléfono.

Contrariamente a lo que esperaba, en esta oportunidad, la secretaria no le informa que el jefe está en una reunión. Solo pide que aguarde unos segundos y casi de inmediato se oye la voz de Ripoll. «Nadie te ha llamado, no hubo una sola amenaza», asegura. Benavides dice que no lo llama por eso.

—Necesito hablar con el Tete Arcidia —dice—. ¿Te acordás del Tete?

—El Tete... —repite Ripoll, con tono evocativo.

—¿Tenés el teléfono? —pregunta Benavides y recién en ese momento repara en que el Tete Arcidia se pudo haber muerto, es una costumbre que sabe tener la gente.

Por fortuna, sigue vivo.

—Y si no se ha mudado —dice Ripoll—, vive muy cerca de tu casa.

Media hora más tarde, Benavides comprueba que el Tete Arcidia no se ha mudado. Es él quien atiende el teléfono y

no disimula la alegría que le produce esa llamada. Dice que ahora que se jubiló es una dicha charlar con un viejo compañero del oficio y recordar aquellos buenos tiempos. Benavides está a punto de aclararle que él ni es viejo ni vive de recuerdos, pero solo insiste en que quiere verlo; de ser posible, esa misma tarde. Arcidia le da su dirección. Efectivamente, vive a menos de diez cuadras del departamento de Benavides.

—No te podés perder —asegura Arcidia—, cuarto piso, c; c de cama.

Benavides llega puntual. Durante el camino fue reconstruyendo la figura del Tete Arcidia. Recuerda que una barba negra y tupida compensaba el poco pelo que le quedaba en la cabeza; recuerda que usaba anteojos y, por sobre todo, recuerda que siempre andaba con una pipa entre los labios; la pipa se había convertido en parte de su cara. Era de risa fácil y no era de pocas palabras. Esto último corre a favor de Benavides: necesita que el Tete Arcidia hable mucho.

El encuentro es tal como lo había imaginado: abrazos, risas y un rápido cálculo de cuánto tiempo pasó. Arcidia ahora es definitivamente calvo, la barba negra y tupida se ha convertido en una rala y canosa barba candado. De los viejos días persiste la pipa entre los labios y la risa fácil. Dice que en el escritorio van a estar más cómodos. Entran en un cuarto pequeño, con una mesa de trabajo repleta de papeles y de diferentes tipos de tabaco; junto a la mesa hay una computadora y dos sillas. Una de las paredes está cubierta de libros, de otra pared cuelgan un gran número de pipas y dos o tres cuadros. Sobre uno de los parlantes del equipo de música descansa una marioneta que parece ser Kafka. En los primeros diez minutos, Benavides y Arcidia realizan una suerte de balance de lo que cada uno ha hecho a lo largo de los últimos diez años. No hay muchas cosas para destacar. Arcidia dice que

vivió algún tiempo en Barcelona, luego se mudó a Praga, una corresponsalía que lamentablemente se cortó muy pronto.

—Allí compré la marioneta —dice, y señala a Kafka.

En este momento aparece una mujer. Trae una bandeja con tres tazas de café. Es la esposa del Tete Arcidia, dice que se llama María Marta y pide que, por favor, sigan hablando. Arcidia se pone de pie y le cede su silla a María Marta. Ella se sienta y él se apoya en el borde del escritorio. Benavides entiende que ya es hora de entrar en tema.

—Quiero que me cuentes de Joe Baxter —dice.

—¡Joe Baxter! ¡Qué personaje! —dice Arcidia—. Mi mujer y yo habíamos ido a un festival de cine, en Múnich. Era invierno, recuerdo, y faltaba poco para el triunfo de Cámpora. Nos invitaron a la casa de unos cineastas alemanes; vivían en plena montaña. Bebimos más de la cuenta y estábamos fumando un porro cuando de pronto, por la TV, alguien la había dejado encendida pero nadie le daba pelota, veo a Balbín. El viejo le contestaba algo al corresponsal alemán. Era de noche, afuera nevaba fuerte, y yo estaba fumado a miles de kilómetros, viendo y oyendo a Balbín. Era para reírse, ¿verdad? Sin embargo, aunque no lo creas, me eché a llorar. Los alemanes creyeron que era efecto del porro, trajeron más cerveza y comenzaron a cantar esas boludas canciones bávaras.

Benavides comprende que en su evocación, el Tete Arcidia se ha ido del tema. Él le pidió que le hablara de Joe Baxter y Arcidia lo llevó a una casa de la montaña, en Múnich.

—Pero a Joe Baxter lo conociste en Barcelona.

—Sí, en Barcelona —confirma Arcidia—. En la casa de un poeta amigo, un argentino que hacía años vivía ahí. Lo llamé por teléfono y le dije que recién llegábamos de Múnich. El poeta me pidió que lo llamase en cinco minutos. No entendí la razón de ese pedido; pero, como sabrás, los poetas tienen otro modo de ver el mundo. Lo llamé a los cinco minutos y

entonces me dijo que nos esperaba en su casa, que fuéramos para allá. Cuando abrió la puerta vimos que no estaba solo: lo acompañaba un tipo muy bien trajeado, que por el acento parecía compatriota y, por las cosas que comenzó a decir, un formidable boludo.

Benavides se inquieta; por lo que supone, el Tete Arcidia se está yendo otra vez por las ramas.

—¿Y Joe Baxter? —pregunta.

—Esperá, tiempo al tiempo. ¿Qué apuro tenés? A la hora de narrar no se debe prescindir del suspenso, es un elemento clave. Creo que la falta de suspenso es el mayor defecto de nuestra actual narrativa.

Benavides dice que está de acuerdo, que le parece un juicio acertadísimo, pero que por favor vuelva a Joe Baxter.

—Nunca me fui de Joe Baxter —dice Arcidia—. Ese tipo con pinta de boludo era Joe Baxter.

Benavides dice que no puede creer que ese tipo fuese Joe Baxter, pero a Arcidia le importa poco que Benavides le crea o no.

—Nos habíamos quedado sin vino —continúa—. Mi amigo el poeta y yo fuimos a la bodega más cercana, viste que en Barcelona tenés una bodega a la vuelta de cualquier esquina con buenos vinos. Los guardan en unos barriles centenarios, que tienen canillas de madera...

—Conozco las bodegas de Barcelona —interrumpe Benavides—, ¿qué pasó con tu amigo el poeta cuando iban a esa bodega?

—¿Qué va a pasar? Por el camino le pregunté quién era ese boludo. Mi amigo se echó a reír y me dijo que ese tipo era Joe Baxter. Dijo que estaba haciendo eso para probarme, pero que me quedase tranquilo, que ya había pasado el examen. Entonces me contó que Baxter y él eran amigos y condiscípulos desde el colegio secundario. No recuerdo si era el Nacional Buenos Aires o cosa parecida. Luego cada cual

tomó un camino diferente, pero se siguieron cartearlo y cada vez que Joe Baxter pasaba por Barcelona lo visitaba. Era una ceremonia secreta, por eso cuando yo le hablé, él me pidió que lo llamara en cinco minutos. Fui con la venia de Baxter y tuve que pasar un examen.

—¿Y entonces? —pregunta Benavides.

—Y entonces hablamos muchas horas. Debería decir: Baxter habló muchas horas. ¡Tenía tanto para contar! Había estado en Vietnam y en China; en Cuba, por supuesto, y también en Chile. Su gran orgullo era que ningún policía ni ningún milico logró apresararlo.

—De eso quería que me cuentes —dice Benavides—, del asalto al Policlínico Bancario.

—Fue su bautismo de fuego, pero ni ahí lo pescaron. Logró rajarse a Europa. Francia o España, creo, antes de que descubrieran quiénes habían cometido el robo.

—Fue Meneses —dice Benavides—, el comisario Evaristo Meneses quien lo descubrió. ¿Lo ubicás?

—Cómo no lo voy a ubicar. Fue un duro de verdad, un pesado que siempre iba al frente. Dicen que más de una confesión la conseguía a fuerza de golpes; y que tampoco era ajeno a la picana. Son cosas que dicen. Nunca se sabe a quién creerle.

A Benavides no le interesa defender el buen nombre y honor del comisario Meneses. Solo quiere saber si Joe Baxter lo nombró en algún momento.

—Que yo recuerde —dice Arcidia—, no lo nombró nunca.

—Sí, lo nombró —dice la esposa de Arcidia, que había estado en silencio y parecía ajena a todo.

—Esta mujer tiene una memoria de elefante —dice Arcidia—. A mí me pasa todo lo contrario: me olvido fácil de las cosas, y no es por la edad, cuando era un pendejo también me olvidada de todo.

Benavides asiente y se dirige a la esposa de Arcidia. El propio Arcidia ha dejado de interesarle.

—¿Qué fue lo que dijo? —pregunta.

—Dijo un montón de porquerías. Te aseguro que no lo quería a Meneses. Recuerdo una frase: «Ese hijo de puta se quedó con todo».

Benavides trata de encontrarle sentido a esas palabras. El asalto al Policlínico había sido un éxito para la guerrilla y después fue un éxito para la policía. Como era costumbre, buscaron una cabeza de turco y aseguraron que el caso estaba resuelto: bastó con acribillar al Nene Miloro y a sus compinches. Pero Meneses insistió con que esos chorros no tenían nada que ver y al fin se supo la verdad. Hasta aquí todo muy claro, ¿pero con qué se quedó? ¿Algún entendimiento entre una y otra parte? No es casual que poco después del asalto al Policlínico, Meneses fuera trasladado de jefe de Robos y Hurtos a jefe de Delitos y Vigilancia. El duro que caminaba la noche y peleaba contra pesados de verdad se convirtió en un burócrata, en un oscuro oficinista destinado a redactar informes. ¿Un castigo? ¿Una advertencia? Seguramente, la respuesta está en el cuaderno; pero eso será mañana, ahora Benavides se encuentra en la casa del Tete Arcidia.

—¿Estás segura de que dijo «ese hijo de puta se quedó con todo»? —pregunta.

—Pasaron muchos años —dice la mujer de Arcidia—, pero la frase me quedó grabada: fue lo que dijo.

XVIII

El Tete Arcidia lo acompaña hasta la puerta y propone futuros encuentros; insiste en que es bueno recordar viejas épocas. Benavides dice que sí, que por supuesto, y aunque sabe que nunca más lo verá, le aconseja que comience esa novela cuanto antes. «Tenés todo el tiempo del mundo», dice. Hay un apretón de manos que se convierte en un abrazo, corto pero afectuoso. Benavides se va caminando a paso lento. A lo largo de las dos siguientes cuerdas, piensa distintas hipótesis en torno al caso Meneses. Ninguna de ellas lo convence. Sin embargo, se alegra de que la visita a la casa del Tete Arcidia haya sido más fructífera de lo que él esperaba. El Tete resultó un álbum de recuerdos, aburrido como todo álbum, pero su mujer aportó un par de datos que de algún modo alumbran la investigación. ¿Qué hubiera hecho Meneses en un caso así? Meneses era un intuitivo, con el agudo olfato de un buen perro de policía. Benavides, por el contrario, nada tiene de intuitivo, y en cuanto a olfato, no supera al de un caniche. Para saber cómo terminará esta historia, no le queda otro camino que aceptar lo que Meneses haya escrito en su cuaderno. Mañana lo tendrá.

¿Y ahora? Ahora a seguir caminando hacia su casa. Tal vez en el contestador telefónico esté el llamado. Benavides quiere creer que Laura cumplió con su promesa, aunque no tiene muchas esperanzas. Hay mujeres que saben cómo ser perversas. Laura es una de esas mujeres. Si se hubiera ido sin decir palabra, sin dejar promesas, no habría por qué esperar nada; de los muertos nada se espera. Pero bastó que ella dijera «Yo te llamo» para que Benavides entrara en el juego y quedase pendiente de una llamada, que seguramente jamás se hará. El penado alto tenía razón: «¡Mujeres... mierda!».

Pero no bien entra en su departamento, Benavides rectifica su juicio: la luz del contestador telefónico titila. Oprime el botón y oye la voz de Laura. «Tenemos que hablar —dice—, mañana a las siete de la noche, en aquel café de Bolívar e Independencia». Típico de Laura: si querés verme y querés hablar conmigo, tendrás que estar en el sitio que yo disponga, en el día y a la hora que yo disponga. Escucha una vez más el mensaje y recuerda aquel café de San Telmo al que habían llegado luego de una larga caminata por calles que ahora se le confunden: ¿Venezuela, Carlos Calvo, Defensa? Recuerda que durante ese paseo, Laura habló de la hipocresía de los matrimonios y puso como ejemplo el de sus padres. Le contó cómo su padre, el macho, engañaba a su madre y de qué modo su madre, la cornuda, aceptaba esos engaños. «Una típica pareja de nuestro tiempo», dijo. Aquella noche, durante la caminata, Benavides se preguntó a qué vendría todo eso. Lo supo no bien entraron en ese café. Ahí Laura postuló la libertad de pareja. Numerosas veces habían hablado de esa libertad, pero todo quedaba en propuestas teóricas que no tenían por qué llevarse a la práctica. En aquel café de San Telmo, Benavides se enteró que Laura las había llevado a la práctica. «No fue amor sino curiosidad». Lo dijo en un tono y de un modo tan categórico que Benavides estuvo a punto

de agradecerle la gentileza. En lugar de eso le pidió el nombre de su rival. «No se trata de una competencia», dijo ella. «¿Para qué el nombre si no lo conocés ni lo vas a conocer?». En ese momento, Benavides pensó que esa era la última vez que la vería, y se sintió mal. Pero el malestar duró un instante: Laura le acarició la mano y repitió que había sido algo sin importancia. Dijo que estaba segura de que él la iba a entender. Benavides movió apenas la cabeza, en señal de entendimiento. En aquella época aún bebía, por lo que después del cuarto *whisky* continuaba insistiendo que sí, que la entendía. Regresaron al departamento en taxi. No bien entraron, Benavides la desnudó con una violencia ajena a él. A ella le habrá gustado esa violencia, porque no hizo nada por detenerlo. Dejó que la penetrara una y otra vez y gritó como nunca antes había gritado. A la madrugada, Benavides se despertó con un fuerte dolor de cabeza. Laura estaba junto a él, con los ojos abiertos. «¿Quién es?», preguntó Benavides. Laura dijo que no arruinara un buen momento. Benavides no supo si se trataba del que había pasado con él o el que había pasado con el otro. Decidió no preguntar y ahora, mucho tiempo después de aquel episodio, se pregunta por qué ella ha elegido ese café. Tal vez porque fue el sitio del perdón. ¿Tendrá que volver a perdonarla? Ya no puede contar con la ayuda del *whisky*, pero está seguro de que todo saldrá bien.

Se pone de pie y va hacia el teléfono. Espera encontrar a Eugenio, va a decirle que mañana a las siete de la tarde se verá con Laura. Cuando levanta el auricular advierte la coincidencia: mañana, a esa misma hora, Érika lo espera para darle el cuaderno. Si fuera a las seis en lugar de ir a las siete, se solucionaría el problema. Recuerda que Érika le recaló que debía ser después de las siete, no antes. «Aunque bien puede ser más tarde», decide Benavides y calcula los tiempos: de siete a ocho en el café. Luego volverán al departamento,

se amarán desafortunadamente y a las once de la noche llegará a lo de Érika, ella sabrá entenderlo. Quien no lo va a entender es Laura, ¿de qué modo le explica que no va a ese prostíbulo en busca de putas? ¿Cómo decirle que va para conseguir el cuaderno de Meneses que, por lo que sospecha, otra vez se le está yendo de las manos?

A las siete en punto, Benavides llega al café de San Telmo. Entra con la esperanza de encontrar a Laura sentada justamente en la misma mesa en la que se habían sentado aquella vez. No está ni en esa ni en ninguna otra. La mesa de aquella vez ahora la ocupa un hombre, tiene la mirada fija en el cuadro de una de las paredes, un vaso y una botella de Campari frente a sí. No parece esperar a alguien, tampoco parece dispuesto a irse pronto. Benavides se sienta en diagonal a ese hombre, pide un té y una vez más repasa el plan. Se supone que luego de encontrarse en ese café, Benavides y Laura volverán al departamento. Sin duda, allí se amarán desafortunadamente. Luego dormirán desnudos sobre la cama. De pronto, el timbre del teléfono quebrará esa paz. Benavides mirará la hora, once y diez, «¿Quién puede ser?», preguntará, aunque sabrá que se trata de Eugenio: su amigo estará cumpliendo con el plan que ambos habían concebido. Hablarán un par de minutos y luego de cortar, Benavides, con un gesto de preocupación, se dirigirá a Laura. Le dirá que se trata de una urgencia, que deberá encontrarse con su amigo cuanto antes. «Vos sabés cómo es», dirá, y Laura lo comprenderá porque sabe cómo es Eugenio. En menos de una hora, Benavides podrá ir hasta lo de Érika, recoger el cuaderno y volver al departamento.

Todo perfectamente coordinado, solo falta que llegue Laura. Benavides mira el reloj: siete y cuarto. Trata de demostrar indiferencia, la misma que se advierte en el hombre de la otra mesa que acaba de servirse su tercer Campari. A las siete y veinticinco, a Benavides le cuesta simular indiferencia.

Mira hacia uno y otro lado y cree verla en cuanta mujer entra en el café. A las siete y media ya está definitivamente aturdi-do ¿Fue una venganza? ¿Lo ha citado para dejarlo solo en esa mesa? Le cuesta creerlo. Tal vez surgió un problema a último momento, pero para eso existen los celulares. Controla el suyo: está conectado, pero no hay ninguna llamada; tampoco hay mensajes de texto. Tendrá que llamar él, tiene una buena razón para hacerlo. Marca el número y escucha una voz femenina que anuncia: «La persona con la que intentas comunicarte no puede recibir tu llamada en este momento». Benavides decide que de nada vale insultar a un mensaje grabado. Por otra parte, no hay que desesperarse por un atraso de media hora, Laura nunca fue puntual. Tal vez lo está esperando en otro café. Niega esa posibilidad, este es el sitio, de eso no tiene dudas. Pero ella pudo haberse equivocado. La imagina en otro café. ¿En cuál de los miles que hay en Buenos Aires lo estará esperando? ¿Por qué no lo llama? Abre nuevamente su celular, no hay ni llamadas ni mensajes de texto. Ya son casi las ocho de la noche y Laura no vino.

Benavides paga y se va. Pasa junto a la mesa del hombre que bebe Campari, siente la mirada de ese hombre y cree percibir cierto aire de burla en esa mirada. En la esquina del café se demora otros diez minutos, con la ilusión de verla venir corriendo. Es solo una ilusión; para un taxi y pide que lo lleve a Nueva Pompeya, ya tendrá tiempo de hablar con Laura, ahora piensa en Érika, en el cuaderno que ella le dará. Cuando el taxi está a una cuadra del prostíbulo, cree distinguir una ambulancia muy cerca de la puerta, ve a varios policías y a un buen número de curiosos, seguramente vecinos del barrio. Le pide al chofer que se detenga ahí mismo. Baja y se confunde con los curiosos. Alguien informa que si hay policías es porque hay un muerto. Una mujer dice que tarde o temprano tenía que pasar. Sin duda, ha sucedido algo grave.

Benavides imagina diferentes episodios de sangre que pueden ocurrir en el interior de un prostíbulo: dos pupilas que se pelean por cuestiones del momento, una de ellas saca una navaja y de un solo puntazo mata a la otra. Algo parecido, aunque con una ligera variante: el cafishio de una de las chicas se pone más violento de lo que habitualmente suele ponerse y como consecuencia de un mal golpe deja sin vida a su pupila. Otra variante: un señor mayor, casado, padre de tres hijos y con problemas cardíacos, tomó una pastilla de Viagra y ha muerto mientras consumaba el acto. Sin duda, hay diferentes posibilidades de morir en un prostíbulo. Benavides vuelve a preguntar qué pasó.

Y por fin le brindan una información precisa.

—Apareció muerta la dueña del quilombo —dice un hombre y enciende un cigarrillo.

—¿La dueña? —pregunta Benavides, está a punto de pronunciar el nombre de Érika, pero solo repite—: ¿Muerta?

—Sí, muerta —confirma el hombre—, por eso hay tanta cana.

—Entonces la mataron, si está la policía es porque la mataron —dice Benavides y siente algo que puede ser angustia o miedo.

—O no —interviene una mujer—, con las cosas que se hacían en esa casa, es natural que caiga la policía.

Benavides está a punto de preguntar qué cosas se hacían en esa casa. Lo rodean los vecinos del barrio, alguno de ellos pudo haberlo visto entrar en esa casa donde se hacían esas cosas. Mejor alejarse. Agradece la información con un gentil movimiento de cabeza y se acerca a la puerta del prostíbulo. El sitio está rodeado por una cinta de plástico, sujeta entre un árbol y la reja del balcón, que prohíbe el paso. En este momento se abren las puertas de par en par y cuatro hombres, dos de civil y dos uniformados, arrastran una camilla.

Sobre esa camilla hay un cuerpo. Benavides supone que tiene que ser el cuerpo de Érika, pero solo lo supone, porque lo único que se distingue es un gran bulto envuelto en una tela gris. Suben ese bulto a la ambulancia. Uno de los hombres cierra la puerta y con una seña le indica al conductor que ya puede partir. La ambulancia se va, pero los curiosos siguen ahí, esperando el próximo acto. A unos pocos metros se ve un camión celular. Ahora salen las chicas del prostíbulo. Una mujer policía encabeza la marcha y las conduce hacia el camión. Las chicas van con la cabeza cubierta, por lo que Benavides no teme que ellas lo reconozcan. Él, por el contrario, intenta reconocerlas. Esa puede ser Solange y aquella de allá, Giselle. Ve cómo se aleja el camión y gira la vista nuevamente hacia la puerta del prostíbulo. En el umbral de entrada y en la vereda hay policías de uniforme y gente de civil. Quien parece ser el fiscal que atenderá la causa habla con dos hombres de traje oscuro. Benavides reconoce a uno de ellos: es el doctor Zamboni. Piensa si Zamboni lo habrá visto. Busca las sombras e intenta disimularse entre los curiosos que aún quedan allí. Teme que uno de los policías lo llame, «¡Usted, Raúl Benavides!», y comienza a retroceder lentamente. Apura el paso cuando ya se ha alejado algo más de cincuenta metros. Ahora lo único que desea es que aparezca un taxi y lo saque de ese infierno.

Media hora después entra en su casa. Pudo encontrar un coche en menos tiempo de lo que pensaba. Hicieron el viaje en silencio. A lo largo del trayecto, Benavides encontró diversas razones para darle sentido al asesinato de Érika, pero no logró determinar quién pudo ser el verdugo. Ahora enciende la luz del departamento y ve que hay un mensaje en el contestador telefónico. Es Laura. Escucha el mensaje dos o tres veces, va hasta el cuarto de baño, regresa y lo vuelve a escuchar. En nada ha cambiado: es el mismo mensaje, con

las mismas palabras y con el mismo tono, y seguirá siendo el mismo así lo escuchara mil veces. Tiene la boca seca, en la cocina hay leche y quizá una Coca-Cola. A una cuadra de su casa hay un bar que cierra muy tarde. Hacia allá se dirige. Va pensando en vodka, pero no bien llega a la barra pide un *whisky* y luego otro. Deja de beber cuando entiende que con una copa más no podrá regresar por sus propios medios. Paga y se marcha tambaleando, aunque sin perder dignidad. La pierde una cuadra más adelante, cuando se apoya contra un árbol y vomita. Consigue llegar hasta su departamento, abre la puerta y se tira vestido sobre la cama. Espera que venga el sueño. Tiene un gusto agrio en la boca.

XIX

El viejo reloj de pared marca las ocho de la mañana. Benavides cuenta las campanadas, pero no mueve su cuerpo. Está en la cama, boca arriba. En algún momento de la noche se habrá quitado los zapatos y los pantalones. Hasta ahí habrá llegado su esfuerzo, porque aún tiene la camisa y las medias puestas. A duras penas se levanta. Se saca la camisa, las medias y el calzoncillo. Camina hacia el baño pensando en lo bien que le va a hacer una ducha. Deja que el agua lo empape por completo y se queda largo rato, inmóvil como una estatua, pero pensando. ¿Por dónde andará Eugenio en este momento? Seguramente, estará durmiendo junto a una de sus últimas conquistas. ¿Y Ripoll? Seguramente estará desayunando junto a su esposa y a sus dos hijos. ¿Y la secretaria de Ripoll? Seguramente ya habrá desayunado junto a su marido y a su hijo. No piensa ni en Laura ni Érika. No tiene respuestas para las preguntas que ellas le provocan.

Va hacia la cocina. Abre la heladera y bebe un trago de leche fría. En ese momento oye un chasquido. Acaban de tirar el diario por debajo de la puerta. Corre a buscarlo. Tal vez ahí

encuentre alguna respuesta. Lo abre en policiales y se detiene en una foto que muestra el frente de esa casa a la que él ha ido tantas veces. Lee:

EXTRAÑA MUERTE EN UN PROSTÍBULO. Una anciana que, según se ha sabido, era la madame de un prostíbulo clandestino apareció muerta en extrañas circunstancias. Una de las pupilas del referido prostíbulo la encontró sin vida en el interior de la bañera. La anciana, cuyo nombre real no trascendió, se habría cortado las venas de las muñecas. Sobre el agua, teñida por la sangre de la víctima, flotaban diferentes billetes de antiguo cuño, hoy sin valor. No se encontró ninguna carta, como las que acostumbran a dejar los suicidas. Aunque todo indicaría que se trata de un suicidio, el caso en primera instancia fue caratulado como muerte dudosa.

Benavides está convencido de que se trata de un crimen mafioso, un mensaje dirigido a él. Nada se dice del cuaderno de Meneses. ¿Quién mató a Érika, se llevó el cuaderno? Tal vez en este mismo momento alguien lo esté vigilando. Se dirige hacia la ventana, y escudado detrás de la cortina, mira hacia la calle. Ve pasar a gente normal, ajena a mafias y asesinatos. No hay ningún coche sospechosamente estacionado ni hay ningún hombre apoyado contra un árbol. Deja la ventana y va hacia la biblioteca. Se detiene frente a la foto de Érika. «Te mataron, Negrita», dice casi en un murmullo. Siente ganas de llorar, pero no llora. El timbre del teléfono lo vuelve a la realidad. Atiende de inmediato. Es Ripoll.

—No me vas a negar que tengo buen olfato —dice—. ¿Leíste lo de la vieja que apareció muerta en el prostíbulo? Da para una nota de primera, podemos venderla aquí y a diferentes medios del interior. Doce mil caracteres, la necesito para mañana; ponete a escribirla.

—¡No pienso escribir un carajo! —dice Benavides y corta.
Un minuto después el teléfono vuelve a sonar.

—Te dije que no pienso escribirla —grita Benavides.

—¿Qué te pasa? —pregunta Eugenio del otro lado de la línea.

Benavides pide que lo perdone.

—Creí que era Ripoll.

Eugenio le pregunta si ha leído el diario.

—Lo leí —dice Benavides—, tengo miedo.

Eugenio asegura que no hay razón para tener miedo.

—Nadie sabe que ibas a ese sitio ni que conocías a esa mujer.

Benavides advierte que Eugenio oculta el lugar geográfico y el nombre de Érika. Su amigo también piensa que pueden estar grabando la conversación.

—No es por eso que tengo miedo —dice.

—¿Entonces por qué?

—Prefiero decírtelo personalmente. Dentro de una hora en el café de la última vez.

—¿El Riglos? —pregunta Eugenio.

Si alguien está escuchando ahora sabe en dónde se van a encontrar.

—No, el que tiene ese *whisky* irlandés que vos tanto elogiáis —dice Benavides y confía en que a Eugenio no se le dé por decir el nombre.

—El Jameson —confirma Eugenio.

Benavides suspira tranquilo: ha dicho la marca del *whisky*, no el nombre del café.

—Allí nos vemos, en una hora —dice.

Benavides llega puntual, pero Eugenio le ha ganado de mano. Está en una de las mesas del fondo. Le hace un gesto de saludo y afirma:

—¡Qué noticia!

—Lamentablemente, yo tenía razón —dice Benavides y se sienta.

—¿Razón acerca de qué? —pregunta Eugenio.

—¿Tanto te cuesta entenderlo? El crimen de Érika.

—No fue un crimen, fue un suicidio —dice Eugenio.

—Fue un crimen —insiste Benavides.

—Sí —dice Eugenio—, y nos enfrentamos a una variante de Jack el Destripador. El inglés mataba prostitutas y luego las descuartizaba; en esta versión vernácula también las mata, pero solo les corta las venas: Jack el Cortavenas. Dejate de joder, fue un suicidio.

A Benavides le cae mal ese tono; no es momento para hacer bromas.

—Fue un crimen —repite.

Durante la siguiente media hora, Eugenio y Benavides discuten acerca de si fue suicidio o crimen. Uno se mueve con elementos lógicos, racionales; el otro con pura intuición, como dicen que hacía Meneses. Eugenio repasa los hechos una y otra vez, pero no encuentra un solo dato que pruebe que Érika y Meneses hayan sido amantes. Admite que quizá ella fue una de las putas batidoras con las que contaba el Comisario. Acepta, incluso, que se pudo haber acostado con él; en definitiva, para eso están las putas.

—¿Te cuesta tanto reconocer que es un típico mensaje mafioso? —pregunta Benavides.

—No delires, por favor —suplica Eugenio.

—No deliro, ¿dónde está el cuaderno de Meneses? La liquidaron a ella y se llevaron el cuaderno. Para que no quedaran dudas, dejaron flotando los billetes del cofre.

—¿El cofre? —pregunta Eugenio.

—Allí guardó hasta el último peso que le pagó Meneses.

—¿Hasta el último peso? No entiendo nada —dice Eugenio.

Benavides decide jugar una última carta. Anuncia que le va a revelar algo increíble y le cuenta que después de aquella primera vez que se acostó con Meneses, Érika no tuvo trato con ningún otro hombre. Se convirtió en una esposa fiel, la más fiel de todas las esposas.

Eugenio ríe con ganas.

—¡Realmente es increíble! ¡Solamente vos podés tragarte esa historia! La historia de amor y muerte que a Érika le hubiera gustado tener.

—Tuvo ambas cosas —dice Benavides—: amor y muerte.

—Eso dejalo para la literatura romántica del siglo XIX; estamos en el XXI.

—En el siglo XXI el dinero sigue siendo un causal de muerte —dice Benavides.

—¿Dinero? Si eran todos billetes sin valor.

—No hablo de ese dinero. Hablo de dólares, de muchos dólares.

Pero a Eugenio no lo conmueve ese argumento: ha decidido que Érika se suicidó.

—Hasta que me demuestres lo contrario, ese es mi cuento y no lo cambio.

Benavides sabe que no tiene modo de demostrarlo. Luego de lo que le dijo la mujer del Tete Arcidia, se replanteó ciertas cosas en torno al millonario robo del Policlínico Bancario y elaboró una teoría diabólicamente lógica, pero está seguro de que Eugenio no compartiría esa lógica, por lo que decide callar su teoría y hablar de Laura.

—La otra tarde no apareció, pero me llamó esa misma noche.

—¿Qué te dijo?

—Que se iba.

—¿Una producción fotográfica? ¿En dónde?

—Se va a Madrid, y no es una producción fotográfica, va a quedarse —dice Benavides—. No va sola.

—¿Quién es? —pregunta Eugenio.

—No sé, no me lo dijo.

—¿Y no se lo preguntaste?

—No hablé con ella. Lo dejó todo grabado. Dijo que no apareció en el café porque tenía miedo que yo hiciera un escándalo. ¿Me ves a mí montando una escena?

—No te veo, ¿qué pensás hacer?

—Me pidió que no la buscara, que recordara los buenos momentos.

—No fue nada original, todas dicen lo mismo. ¿Tenías idea de que había un tercero?

—No, nunca me había pasado con Laura —miente Benavides.

—Bueno —dice Eugenio—, tendrás que recordar los buenos momentos.

Benavides comprende que debe aceptar las leyes del juego. Habrá que olvidar ese prostíbulo de Nueva Pompeya y olvidar todo lo que se hizo y dijo allí. Es tiempo de quitar la foto de Érika del quinto estante de la biblioteca y comenzar a organizar los recuerdos, como quien corrige un texto: este adjetivo que sobra, aquel gerundio innecesario, hasta dejarlo limpio de polvo y paja, a gusto del lector, aunque no sea cierto todo lo que allí se dice.

—Tendré que recordar los buenos momentos —dice.

Benavides comprende que ya está todo dicho y pide la cuenta. Aunque habituado a la soledad, hoy se siente más solo que nunca. En su casa lo espera la foto de Érika. Enciende el televisor y le quita el sonido. Miles de imágenes sin sentido le provocan algo parecido a esa borrachera que no se atreve a tener otra vez.

En los siguientes días, busca en vano alguna otra noticia acerca de la muerte de Érika. Todo indica que esa mujer ha sido olvidada para siempre, sirvió para un titular de la sección Policiales y basta. Seguramente, ya la caratularon como suicidio. ¿El cadáver aún permanece en la morgue a la espera de que alguien lo reclame? Benavides piensa que él podría reclamarlo, ¿pero con qué argumento? Puede decir que se trata de una tía de quien hace años no sabíamos nada. «Ahora por los diarios nos enteramos del triste final de nuestra pobre tía. Hay que saber perdonar, solo nos resta darle cristiana sepultura». Ni un solo funcionario de la morgue creería esa historia. Por otra parte, ¿qué puede hacer con ese cadáver? A él le interesa el cuaderno. Entonces se le ocurre que aún está en Nueva Pompeya. Los asesinos lo buscaron inútilmente: el cuaderno sigue ahí, esperando que Benavides vaya a buscarlo.

Llama a Eugenio, dice que tiene algo importante que comunicarle y le cuenta lo que se le acaba de ocurrir. Eugenio se asombra, pero no por el cuaderno sino por el propio Benavides.

—¿Volviste a beber? —pregunta.

—Estoy más sobrio que nunca —dice Benavides.

—Lo disimulás muy bien. ¿Cuándo vas a entender que ese cuaderno nunca existió? Se trata del delirio de una vieja loca, Dios la tenga en su gloria, que te está llevando a tu propio delirio.

Benavides no parece escucharlo. Dice que tienen que volver al prostíbulo, asegura que allí encontrarán el cuaderno. Eugenio le propone hacer un viaje.

—Podríamos ir al norte o al sur, a Salta o a Ushuaia o adonde diablos se te ocurra, pero lejos de Buenos Aires.

Benavides dice que no piensa moverse de la ciudad y menos ahora que sabe dónde está el cuaderno. Eugenio dice que a cada loco con su tema, que lo llame cuando deje de delirar. Es inútil que Benavides diga que no se trata de un delirio, Eugenio corta.

Tendrá que hacerlo solo. El riesgo es alto, pero está dispuesto a todo. Un rato después, anda por la calle en busca de un taxi. Le da la dirección. Baja una cuadra antes, espera a que el taxi se marche y camina hacia la casa. La puerta está cruzada por las cintas amarillas que indican la escena del crimen y prohíben el paso. Se detiene en la vereda de enfrente y ahí se queda, esperando que alguien entre o salga. Ha pasado media hora y en ese tiempo no ha salido ni ha entrado nadie. La casa parece estar tan muerta como Érika. No se atreve a cruzar la calle y tocar el timbre. Comienza a oscurecer y ese no es un buen barrio para andar de noche. Echa una última mirada a la casa. Sabe que el cuaderno se encuentra allí, pero a él le falta valor para entrar en la escena del crimen. «Acaso Eugenio tiene razón», se dice a modo de consuelo mientras sube al taxi que acaba de parar.

Media hora después está nuevamente en su departamento, seguro de que nadie lo ha seguido. Suena el teléfono. Es Eugenio, quiere saber si hay noticias.

—Fui allá —informa Benavides y antes de que su amigo puede decir algo, agrega—: Estuve todo el tiempo en la vereda de enfrente, para controlar quién entraba y quién salía.

—¿Y?

—No entró ni salió nadie.

Benavides cree oír un suspiro.

—¿Ahora estás más tranquilo? —pregunta Eugenio.

Benavides dice que no.

—Mañana comemos juntos —propone Eugenio.

—En el restaurante de la mala decoración —dice Benavides.

Eugenio aprueba con un gruñido, si alguien escuchó no sabrá dónde se encontrarán. Pero eso será mañana al mediodía, y para mañana al mediodía aún faltan muchísimas horas. Benavides busca las pastillas de Rivotril, luego enciende el televisor, recorre distintos programas y finalmente se detiene en una vieja serie de ciencia ficción. Se queda dormido jus-

to en el momento en que la nave interestelar desciende en un planeta inexplorado. Despierta a las once de la mañana. Lo aturde una voz chillona que está entonando una canción simple y pegadiza. Advierte que se trata de la voz de Charlie, el simpático osito del dibujo animado *Charlie y sus amigos*. Apaga el televisor y va hasta el cuarto de baño. Luego de la ducha, desayuna y dos horas más tarde llega al restaurante.

Esta vez, él tiene que esperar a Eugenio. Pero es una espera corta, porque en este momento lo ve en la puerta, buscándolo. Piden un mero a la parrilla, con papas naturales, y mientras comen intentan que ese sea un almuerzo más, como los muchos que han compartido. Pero ambos saben que no es así. En el momento de elegir los postres, Eugenio recuerda aquella magnífica producción que había realizado Laura para una revista francesa o alemana.

—No me acuerdo si era francesa o alemana —dice.

—Alemana —confirma Benavides.

Entonces Eugenio comienza a hablar de las virtudes de Laura como fotógrafa, pero Benavides lo interrumpe.

—Era buena, pero ahora es pasado —dice—. Seguramente, en este momento estará volando a Madrid, o tal vez ya hace varios días que llegó.

Eugenio aprueba en silencio y pregunta si va a tomar café. Pero Benavides no lo habrá escuchado, porque como si retomara una conversación trunca, dice:

—La mataron, de mala manera la mataron.

Eugenio pregunta de quién habla y Benavides dice que sabe muy bien de quién está hablando.

—Vos me la presentaste —dice.

—¡Érika! Maldito sea el día que te la presenté. ¿Cuándo vas a comprender que era una vieja loca? ¿Cuándo vas a comprender que todo lo que sabés del comisario Meneses te lo contaron dos mujeres, ambas rayadas?

—¿Dos mujeres? —pregunta Benavides.

—Bueno, a una no la escuchaste, la leíste.

—¿Yderla Anzoátegui?

—Esa, así se llama, ¿no? Por lo que vos me dijiste, todo lo que escribió en ese libro era un gran delirio. Y por lo que también vos me dijiste, todo lo que Érika te contó igualmente es un gran delirio. ¿Vas entendiendo? La historia que tenés de Meneses es una enorme farsa, contada por dos embusteras.

—Érika no mintió. Justamente, la mataron porque no mintió —dice Benavides.

—¿Y cuáles eran sus verdades? —pregunta Eugenio.

—No sé cuáles eran —se resigna Benavides—, estaban en el cuaderno y vaya a saberse dónde está ese cuaderno.

Eugenio acepta esa tregua, se dispone a pedir el café, pero Benavides propone tomarlo en su casa. Al entrar, ven la tarjeta que han tirado por debajo de la puerta. Es un aviso del correo, anuncia la existencia de un paquete que puede retirarse, de diez a diecisiete horas, con documento de identidad.

—¿Y esto? —pregunta.

Eugenio lee el aviso y le explica que no tiene de qué preocuparse.

—Alguien te ha mandado algo.

—Lo sé —dice Benavides—, pero yo no esperaba nada.

—Puede ser parte de una campaña publicitaria, en la agencia solemos hacerlo —dice Eugenio—. El correo queda a tres cuadras y todavía no son las cinco.

Luego de unos trámites formales —«Déjeme ver su documento», «Firme aquí»—, el empleado desaparece por el pasillo de la izquierda y unos minutos después aparece por el pasillo de la derecha. Benavides sospecha de ese empleado que se fue por un sitio y apareció por otro, pero no dice palabra. El empleado trae un paquete en la mano; cuando se lo entrega, Benavides experimenta algo parecido al vértigo. Está

seguro de que se trata de un cuaderno, que en el interior de ese paquete hay un cuaderno. Busca el remitente, no lo encuentra. Ve la fecha de envío y comprueba que fue mandado un día antes de la muerte de Érika.

—¡Aquí está! —dice.

—¿Está qué? —pregunta Eugenio.

—El cuaderno, el cuaderno de Meneses —dice Benavides—. Érika me lo envió un día antes de que la mataran. Habrá intuido que la querían liquidar y cumplió con lo que le había prometido a Meneses.

Eugenio le pide que se calme. Dice que solo son presunciones, que ni siquiera ha abierto el paquete. Benavides mira hacia atrás y hacia su izquierda; el empleado está a su derecha. Siente que ese hombre no le ha quitado la vista de encima.

—Acá no —dice—, vamos a casa.

Hacen las tres cuerdas en silencio, nadie los sigue. No bien entran al departamento, Eugenio pide una tijera. Benavides busca algo en uno de los cajones de su mesa de trabajo. Eugenio cree que se trata de la tijera, pero Benavides está buscando la foto de Érika, ahí la guardó luego de bajarla del quinto estante de la biblioteca. Ahora vuelve con la foto en la mano.

—¿Y eso? —pregunta Eugenio.

—Érika —dice Benavides—. Es una de las fotos que nos mostró la primera vez que estuvimos allí. Quiero que ella participe de la ceremonia.

Eugenio aprueba con un movimiento de cabeza y repite que necesita una tijera. Benavides dice que no tiene ninguna a mano.

—Esto es mejor —dice y le ofrece un cúter.

Eugenio corta el hilo, luego quita el papel, capa por capa, hasta que se encuentra con un sólido cuaderno, con tapas de cartón grueso, forrado en papel araña azul. Ahora es el turno de Benavides. Eugenio ha cumplido con la tarea de abrir

el paquete, a Benavides le corresponde la misión de abrir el cuaderno. La primera página está en blanco. No se inquieta, por lo general la primera página suele dejarse en blanco, a modo de portadilla. Pero la segunda página también está en blanco, y la tercera página también está en blanco y la cuarta página también está en blanco y así, hasta la última página: todas en blanco. Por un instante, Benavides piensa que se trata de un texto escrito con esa tinta invisible que se vuelve visible con el calor, una manera de preservar lo escrito. Sin embargo, le basta con fijar su atención en cada una de las páginas para comprobar que sobre ellas jamás trazaron una sola línea; allí nadie escribió nada. Entonces repara en el forro, ¿por qué lo forraron? Piensa que fue puesto para ocultar algo y de inmediato rompe el papel araña azul. Algunas manchas de tinta y una mancha algo más grande, que parece de grasa, es todo lo que ve en la tapa. «HECHO EN ARGENTINA», se lee en el pie de la contratapa.

Benavides ha cerrado el cuaderno y lo sigue teniendo entre sus manos. Piensa en un chiste ridículo, Eugenio es de hacer ese tipo de cosas. Mira a su amigo con la esperanza de que ahora le diga: «¡Qué susto te pegaste, eh!» o «¡Te la creíste!», pero Eugenio no dice nada, ni siquiera se ríe, parece tan sorprendido como él. ¿Acaso se trata de una amarga broma de Érika? A lo largo de varias semanas le contó una historia falsa y el día antes de matarse le manda un cuaderno en blanco. Los suicidas suelen dejar una carta en la que explican las razones de ese acto definitivo. Este cuaderno podría ser la carta que Érika le dejó exclusivamente a Benavides, para que no le quedasen dudas de que estuvo burlándose de él todo el tiempo. Se resiste a creerlo. De pronto piensa en Laura, ella sería capaz de hacer algo así. Apoya el cuaderno sobre la mesa y mira a Eugenio.

—¿Le contaste algo? —pregunta.

—¿A quién?

—A Laura, ¿le contaste a Laura lo del cuaderno?

Eugenio no disimula un suspiro, que puede ser de resignación.

—Hace meses que no la veo, tampoco hablé con ella. Supe que se había ido porque vos me lo dijiste.

¿Quién entonces? Benavides recoge el cuaderno y lo acaricia, como si allí estuviera la respuesta. Vuelve a recorrer sus páginas, aunque sabe que nada podrá sacar de esas hojas en blanco. Solo Érika podría responderle, pero Érika ha muerto.

—¿Y ahora qué? —pregunta Benavides.

Eugenio le quita el cuaderno y lo levanta como quien alza un trofeo.

—Ahora escribí la novela —dice—, es una buena historia.

Índice

I	9
II	25
III	33
IV	41
V	49
VI	61
VII	69
VIII	81
IX	97

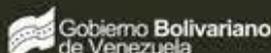
X	111
XI	119
XII	125
XIII	137
XIV	145
XV	151
XVI	155
XVII	161
XVIII	169
XIX	177

Cuaderno del ausente

Se imprimió en el mes de octubre de 2023
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 1.000 ejemplares

Raúl Benavides es contratado para escribir un artículo sobre el comisario Evaristo Meneses, personaje real, convertido en una leyenda en la Argentina de mediados del siglo pasado. Su investigación lo llevará hasta Érika —una anciana, dueña de un prostíbulo—, quien asegura haber vivido una intensa relación amorosa con el célebre policía. A partir de este encuentro, el periodista será presa de una obsesión por el Comisario y todo lo relacionado con su vida. Mezcla de novela negra, policiaca y testimonial, *Cuaderno del ausente* plantea un sutil juego de intriga, donde el lector y el narrador son arrastrados por el mismo misterio —a ratos más imaginario que real—: desentrañar la verdad acerca del mítico comisario Meneses.

VICENTE BATTISTA (Buenos Aires, 1940). Formó parte de la redacción de la revista *El Escarabajo de Oro* y codirigió la revista *Nuevos Aires*. Tiene en su haber una extensa obra literaria, repartida entre el cuento, la novela y el ensayo, en la que sobresalen: *El libro de todos los engaños*, *Sirocco*, *Sucesos argentinos*, *Los muertos*, *Gutiérrez a secas* —traducida al italiano y al alemán—, *Como tanta gente que anda por ahí*, *Acerca de la operación Masacre*, entre otros. Su trayectoria ha sido reconocida con el Premio Casa de las Américas, Premio Municipal de Literatura y Premio Planeta (Argentina)..



Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

